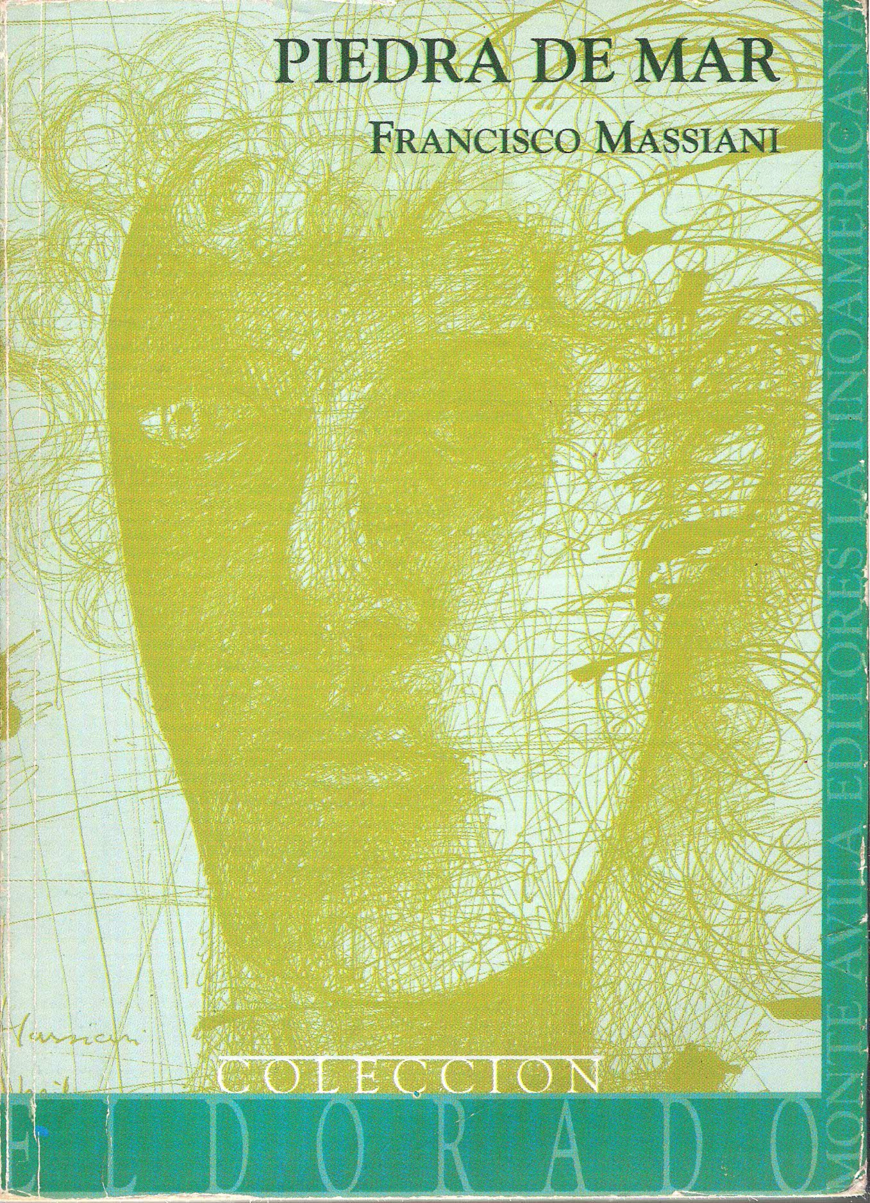

PIEDRA DE MAR
FRANCISCO MASSIANI
COLECCION
EL DORADO
MONTE AVILA EDITORES LATINOAMERICANA

ELDORADO

Piedra de mar

Francisco Massiani

Piedra de mar

Prólogo
José Balza

Bibliografía y cronología
Santos Himiob



Monte Ávila Editores Latinoamericana

1ª EDICIÓN
1968
14ª EDICIÓN
2003
1ª REIMPRESIÓN
2004

ILUSTRACIÓN DE PORTADA
Muchacha con rostro bonito (fragmento), 1970
FRANCISCO MASSIANI
Tinta sobre papel, 27 x 35 cm
Colección del autor

Apartado Postal 70712, Caracas, Venezuela
Telefax (58-212) 2638508
maelca@telcel.net.ve

Hecho el Depósito de Ley
Depósito Legal Nº lf50020048002651
ISBN 980-01-1181-6

DISEÑO DE COLECCIÓN
César Russian, Henry Mendoza, Olga Molina, Leandro Bordalejo, Wilfredo Cabrera.

PRÓLOGO

I only know she will be terrible
under the wild palms.

CANCIÓN DE HARRY BELAFONTE

*FRANCISCO MASSIANI tiene ahora más de cuarenta años; vive en una calle arbolada de La Florida y suele aparecer por los bares como buscando algo difícil de reconocer. Autor de dos libros de cuentos (*Las primeras horas de la noche*;* El llanero solitario tiene la cabeza pelada como un cepillo de dientes*) y de dos novelas (*Piedra de Mar*;* Los tres mandamientos de Misterdoc Fonegal*), es también un dibujante reconocido. Nació el 2 de abril de 1944 en La Campiña; pasó su infancia en Chile y ha vivido en Nueva York, París y Madrid. Su pasión por el* foot-ball *fue tan grande que lo practicó hasta los treinta y cinco años; como dibujante no tuvo formación académica; y es padre de una niña. Guarda una extensa novela,* El amor nuestro, *que concluyó hacia 1980 y que, según él, está condenada a permanecer inédita. Tiene, ya listos, otros dos volúmenes de relatos:* Con agua en la piel *y* Sueños compartidos.

Sólo en tres ocasiones he conversado con Francisco Massiani; no soy capaz de decidir qué parece buscar cuando asoma por algún sitio de Sabana Grande; pero fácilmente puedo imaginar que, durante esas horas, vuelve a toparse con Corcho, el joven protagonista de su libro; o con esa parte adolescente de su personalidad que aún lo acompaña.

Aunque retiene un apreciable conjunto de material inédito, las obsesiones anecdóticas (el foot-ball, *un muchacho que se enamora, la vida familiar, etc.) y temáticas (la adolescencia, la ternura, el desengaño, lo humorístico y lo banal) de Massiani parecen estar ya expuestas en los libros publicados hasta ahora. Notemos así que mientras* Piedra de Mar *deslumbra con su intranquilo protagonista juvenil y* Los tres mandamientos de Misterdoc Fonegal *expone el deteriorado mundillo de una familia acomodada; mientras ambos textos hacen reír con sus* gags *chaplinescos, también coinciden en su amargo humor, en su incisiva oscilación sobre la miseria espiritual. El trazo goyesco cautiva con eficacia en las dos novelas.*

Sus libros de relatos reiteran, además de tales conexiones, el desenfado para el flash, *para hacer madurar una situación en pocos párrafos. Massiani es autor de impecables cuentos, y dentro de ellos de joyas memorables como* Un regalo para Julia *(cuyo germen, curiosamente, reposa en* Piedra de Mar*) y* Había una vez un tigre.

Sobre la génesis de Piedra de mar, *Massiani ha contado: «Debo confesar que mi primera novela nació de una mentira. El que entonces era director del* INCIBA, *Simón Alberto Consalvi, me preguntó si yo tenía alguna novela. Se acababa de crear la Editorial Monte Ávila. Y mientras se la contaba, la sentí tan verídica y posible de escribir que la inicié ese mismo día. Tardé año y medio en terminarla. Supongo que el resto de los trabajos que he escrito han partido de mentiras similares y siguen siéndolo (digo mentiras)» (Ángel Flores,* Narrativa hispanoamericana).

Piedra de mar, *publicada cuando su autor contaba 24 años, es una novela afortunada. Un gran éxito de público y de crítica la acompañó desde el primer momento. No deja de ser un tanto extraño tal fenómeno, si recordamos que para entonces la inteligencia venezolana parecía reconocerse sólo en obras que reflejaran la violencia, el ascenso y el descalabro de las guerrillas. ¿O era que un espíritu distinto ya asomaba solapadamente y encontró en* Piedra de mar *un tono al cual acogerse?*

Aparte de esto, hay varias razones para concentrarnos en aquel éxito inmediato (y duradero). Una de ellas viene señalada por el autor de la anónima presentación en la primera edición; refiriéndose a Massiani y al calibre dominante en la narrativa de las décadas precedentes, dice éste: «La suya es una prosa llana y vigorosa que no tiene ningún respeto por las palabras. Así nace este libro confesional y adolescente lleno de la frescura y la vitalidad de la inconsciencia». En efecto, la poderosa magia del texto sigue descansando en su desenfado, en los innumerables clivajes del diálogo; en las rápidas descripciones que arrancan desde la percepción, tan típica, de su protagonista. Corcho está contando

sus desventuras al lector, pero también a José, oyente y cómplice, que parece recibir todo el peso de la trama.

Ese idioma, aparentemente hablado, esconde una rigurosa selección de los parlamentos («Hay una gran diferencia entre las palabras que salen por la boca y las que se escriben», acota Corcho). Aunque el dibujo de los personajes, los encuadres de las situaciones, la acción, nos impresionen como si estuvieran naciendo, mientras Corcho los anota, en verdad hay una cuidadosa dosificación de escenarios, evocaciones y personajes. La unidad del libro vive en los diálogos del héroe; su idioma caracteriza a los otros personajes (por lo que, en ocasiones, éstos corren el peligro de parecerse exageradamente entre sí).

A la vuelta de los años 70 esa vital, transparente inclinación de Massiani hacia ciertas inflexiones del lenguaje oral ya se había convertido en una moda de la poesía y la joven narrativa del momento. Orlando Araujo vio a tiempo ese deslizamiento y señaló la amenaza de una «retórica de la espontaneidad». En verdad, con la aplicación de aquella síntesis coloquial, poesía y ficción comenzaron a apoyarse tanto en la brevedad del habla que casi retornaron al costumbrismo.

Leer hoy Piedra de mar es dejarse seducir de nuevo por aquel lenguaje, pero especialmente por los registros soterrados del mismo. Nada impide que nos ganen de inmediato sus personajes: el mismo Corcho, Carolina, Marcos, Lagartija, Julia, José y Kika. Tanto el joven como el adulto que recorren estas páginas hallarán en la inmediatez de su vida, o escondidas como una dulce

serpiente, el malestar y la gloria de ser adolescente. Su protagonista sabe entregarnos o devolvernos aquellas latitudes del ánimo en que podríamos repetir con Corcho: «Quería saber qué diablos me ocurría. De pronto alegre. De pronto mal. ¿Qué me sucede? ¿Por qué tantas cosas al mismo tiempo?». Una alternancia del alma que interroga en nosotros, apenas se asoma la pubertad. Tal pudiera ser uno de los temas íntimos de este libro, su toque principal, si sus páginas no fueran arrebatadas por otra emoción, muy difícil de obtener en la escritura novelesca y casi imposible de hacer que perdure: el humor, la ironía. Cuanto más lo compadezcamos (y compartamos su soledad), más próximos estaremos a reírnos crudamente de Corcho, de su infortunio, de sus desacertadas ocurrencias. Al convertir Piedra de mar en un texto extraordinario (por risueño y por cómico), Massiani lo reúne con su familia literaria: las Memorias de Mamá Blanca en el pasado y Un mundo para Julius en lo que debía ser el futuro.

Haber detenido ese fulgor de lo vivido, como lo hizo Massiani, constituye una rara manera de convertir «la escritura en hecho apasionado de vida y en gestualidad», apunta Juan Liscano (Panorama de la literatura venezolana actual). Vida y gestualidad: imanes incesantes en la prosa de Massiani, porque tanto el autor como sus criaturas rechazan las cumbres abstractas, las estructuras exigentes en la narrativa. «Un cuento de los que se escriben hoy en día, que no son más que larguísimos crucigramas, que sólo pueden ser entendidos por el infeliz que los parió», comenta, en tono de rechazo, Corcho,

*mientras enloquece por atarse el teléfono a la cabeza y transcribir así las palabras que escucha, recién nacidas y ululantes. La acción inmediata domina sobre lo reflexivo, arrojando un saldo que, para Orlando Araujo, estalla en la «composición orgánica del azar», como secreto de la forma (*Narrativa venezolana contemporánea*).*

Corcho detesta, definitivamente, las complejidades estructurales en una novela; también se dice a sí mismo que no tiene nada que escribir, aunque escriba obsesivamente y aturda a sus amigos con preguntas inoportunas acerca de sus actos. Necesita verificarse, para extraer de allí el jugo de su ficción. No tiene más remedio, entonces, que asomarse y entregarse a la vida de todos los días (¿al fastidio?) para escribir. Dice mientras avanza por la calle: «seguí por la misma acera en busca de alguna aventura para la novela». Tan reales como los molinos de Don Quijote, los diversos puntos de la ciudad pasan a ser fabulosos (y deplorables). Desde ellos, Corcho intenta siempre «un último telefonazo». La escritura es a Massiani lo que ese telefonazo a sus héroes. Un instante robado al azar, un código del ánimo: cierto desconsuelo de lo imaginario.

Mil maneras tendríamos para reconocer las intensidades de Piedra de mar*: hay en ella una novela de la adolescencia, del rapto hacia la escritura. También un inquietante libro de humor. Pero, sobre todo, constituye, a pesar de su título, un itinerario por Caracas: el Café Castellino, la Cervecería Alemana, los cines Radio City y Las Palmas: un reino entre Chacaíto y la Plaza Venezuela. Todo un mundo que casi ha desaparecido.*

Asimismo podemos sorprender en Corcho sus magnéticas preferencias literarias: Nietzsche, Vallejo, Hemingway, Lawrence, Henry Miller, Pavese, Salinger, Camus; y una curiosa insistencia musical: el sonido sinuoso y seductor de Harry Belafonte.

Destacada en el título, la piedra elegida por Corcho, cerca de Carolina, es un secreto talismán que atraviesa el libro. Centellea y desaparece, como esa parte de nuestra juventud que nunca conocemos bien. Propone Orlando Araujo: «La piedra guardada en el bolsillo es la esperanza frustrada, el amor sin respuesta, el dolor de ser joven, la vida sin sentido, la inocencia, la búsqueda y el llanto»; mientras en la contratapa de su primera edición se consigna: «Porque lo que el adolescente quiere desesperadamente es eso: un amor que se parezca a una piedra trabajada por el mar, pulido por el fluir astral de la sangre, un amor que nace del tremendo choque con lo desconocido, con la idea de la muerte y el vacío que provoca la visión de los espectros cotidianos». Todo ello podría representar Piedra de mar*: más la potencia imaginativa de un autor que crea su primera novela para no engañar a alguien, y retiene así un circuito de pasiones, ocurrencias y pequeñas maldades, tan terso y amargo como la adolescencia.*

Finalmente, ¿no será ese hálito perdido lo que Francisco Massiani cree ver en las esquinas de Sabana Grande cuando asoma, cada tantos días, por allí?

Caracas, septiembre de 1985

JOSÉ BALZA

A la Guagua

CAROLINA, Marcos Y YO estábamos cogiendo sol. Teníamos un rato largo echados en la arena y yo me sentía muy bien. Creo que es muy fácil sentirse joven y feliz en la playa. Y junto a Carolina era más fácil todavía. Carolina me miraba sonreída, y cuando yo cerraba los ojos me echaba el bolso de plástico en la barriga y se ponía a reír. O si no, se te quedaba viendo, y tú no podías hacer otra cosa que mirarla y mirarla hasta que ella te daba la espalda y volvía a echarse en la arena a coger sol. Estaba muy contento y es eso lo que quiero decir, pero el imbécil de Marcos llegó y dijo que:

—Oye, Carol, ¿qué tal si vienes a ver el carro?

Y Carolina se levantó y se fue con él. Tú sabes, José, que este tipo está loquito con el carro, ¿no? Pero, bueno. Lo cuento porque comencé a sentirme muy mal. Cerré los ojos y traté de olvidarme de ella, pero no podía. Después, un rato largo después, me levanté y me eché al agua. Fui nadando hacia la balsa y, al llegar, le eché agua a la madera porque estaba hirviendo. La rocié con la mano y cuando se enfrió me acosté con la cara contra el cielo. Estuve ahí un buen rato mirando hacia arriba, y hasta

me medio dormí, pero no estoy muy seguro. Además no creo que me haya dormido: estaba pendiente de la playa, y a cada rato echaba una mirada hacia el lugar donde estaban nuestras sillas.

Carolina y Marcos no llegaban. Recuerdo que me quede mirando el mar, que estaba muy tranquilo. Las olitas eran pequeñas y la superficie estaba cargada de pequeñas llamaradas blancas. También vi un yate y una lancha que arrastraba a una esquiadora, y la mujer, hasta de eso me acuerdo, tenía un bikini amarillo y su piel estaba muy tostada. La lancha hacía círculos y pasaba muy cerca de la balsa, ladeándola cuando se deslizaba más cerca, al levantar un oleaje más grande. Cuando se alejaba, formaba rieles blancos en el mar. Debe ser muy sabroso esquiar en el mar. Creo que todo lo que se hace en el mar es bueno. En todo caso, yo estaba en la balsa y me sentí bastante bien, pero lo de Marcos comenzó a calentarme. Este imbécil siempre busca la ocasión para quedarse solo con Carolina. Minutos antes de invitar a Carolina para que viera el carro, me había negado el cortaúñas, y todo porque sabe perfectamente que soy timidísimo. Sabía que yo tenía las uñas larguísimas. Sabía que a mí me daba asco ponerme el traje de baño con esas uñas, y posiblemente me negó el cortaúñas para que yo no me bañara. Es decir: para quedarse solo con Carolina en el agua. Afortunadamente encontré el cortaúñas en la bolsa y pude salir de las uñas. Y ahora estaba en la balsa, con las piernas metidas, viendo hacia el fondo, y no sé en qué diablos pensaba. Cuando me aburrí de estar cogiendo sol, me persigné y

en un acto heroico me lancé de cabeza hacia el fondo. Apenas pinché el agua, abrí los ojos y me sumergí lo más abajo que pude. Toqué arena y me picaron los ojos. Apreté la arena helada y vi cómo los granos se me escapaban por entre los dedos. Después subí, nadé hacia la superficie, y salí tosiendo. El agua se me metió por la nariz y me picó la garganta. Es realmente desagradable. Cuando me sucede se me quitan las ganas de fumar. O mejor dicho: el cigarro no me sabe tan bien y es un asco. Pero, bueno. Estaba nadando de pecho y volví a sumergirme. Si hay algo bueno en este mundo es transformarse en un submarino y espiar el silencio del mar. En el segundo descenso vi piedras y algunas plantas. Creo haber visto un pequeño pez, pero no estoy muy seguro. Cuando salí a flote, vi unas piernas que se movían sobre mí. Bajo el agua parecían de gelatina. Creí que era Carolina y estuve a punto de halarle una pata, pero me contuve. Tomé aire, y en vez de Carolina hallé el cuerpo de una muchacha que pataleaba hacia la balsa. Yo seguí de espaldas y de pecho hacia la playa, y al fin toqué tierra.

Después me fui caminando entre los paraguas de sol, y al llegar cogí la toalla de Carolina. Estaba seca y tibia, y me gustó sentirla en la piel. Cuando terminé de secarme me senté y cogí un cigarro de Marcos. Era difícil encenderlo contra la brisa, pero insistí y al fin le vi la cabeza roja. Aspiré hondo, boté el humo y cerré los ojos. Entonces me medio dormí. Lo que pasa es que ayer estuve tomando en la noche y me acosté tardísimo, y en la silla estaba tratando de dormirme para recuperar fuerzas y hablar de una vez por todas con Carolina.

Yo no sé si tú lo has sentido alguna vez, José, pero cuando me eché en la arena, cuando me puse boca abajo con el sol en la espalda, sentí que el calor me dilataba y me transformaba en una gota de aceite. Algo así como si tú fueras un pedazo de cera al fuego, y el fuego te derritiera hasta transformarte en un líquido hirviendo que se expande poco a poco hasta ganar la playa toda. Sientes que no tienes recuerdos ni ideas. Sólo imágenes borrosas, imágenes que se vuelven gritos de niño, o el latigazo de repente de una ola sobre la roca. Y esos latigazos revientan la memoria. Te asesinan. Y tú resucitas entre las olas, convertido tan sólo en el hilito delgado que abandona el mar en la orilla. Es una sensación maravillosa. Los brazos y las piernas te crecen y se vuelven pájaros, piedra, sol, risa de mujer que está cerca. Y sobre ti, sobre la playa, pasan los paraguas, los pies, la gente. El cielo mismo parece una máscara de acero azul al rojo.

Pero, bueno, ustedes deben haberlo sentido alguna vez y es inútil que yo se los recuerde. Y si en todo caso no lo han sentido, entonces estoy perdiendo el tiempo, porque es algo que hay que vivirlo, así como el sabor de una pera, de una uva que hay que morder para masticar y conocer su jugo. El jugo del sol. El jugo del mar. El jugo del sol, sobre todo, porque a veces parece una naranja exprimida sobre el horizonte, y en la tarde provoca morder el sol, beberse el mar. Levantar la liga que separa el mar del cielo, y dejarla temblando en una vibración grave que despierte millones de peces y los arroje al cielo. O comerse las estrellas que a las nueve

parecen de fresa. O pasarle la lengua al cielo negroazul, que debe tener un sabor a limón dulce buenísimo. O cantar a toda garganta Cielito lindo hasta quedarse mudo. Y hablo del cielo y el mar y del placer de ver el mar, porque Carolina se me acercó a la silla y me dijo con una risita muy desagradable:

—¿Y tú no te bañas?

Y yo le dije:

—No. No me baño. Estoy bien así.

—Oye, vale. —Que si: —Oye, vale, hay que ver lo que es venir a la playa para quedarse como un tonto... con toda esa ropa.

Yo no podía decirle:

—Es que tengo las uñas larguísimas.

¿No? Así que tuve que tragármelo.

Por fin llegaron. Por fin oí las risas y las carcajadas de Marcos y Carolina. Entonces abrí los ojos. Y entonces me senté. Bueno. Y entonces le pedí un cigarro a Marcos, y me reduje, y volví a tener el tamaño de siempre a pesar del sol y de la playa.

Recuerdo las goticas de sudor que se resbalaban de su piel y manchaban la arena. Recuerdo que, acostado, la brisa nos envolvía en bolsas de calor y levantaba granitos que me mordían en la mejilla como hormigas dulces. Yo abría los ojos y Carolina me los cerraba con sus pupilas marrones, y escondía la cara en el cabello que le ondeaba, y me miraba con la cara apretada contra el codo, y sonreía, y el imbécil de Marcos que si bla-bla-bla, y hablaba y hablaba, y para colmo terminaba sus frases con un *beibi* que supongo que lo sacó de su último

viaje a Miami. Este idiota se cree algo especial cuando habla inglés. Sabe perfectamente que yo no puedo llegar más allá del buenos días, *Gud Morning, Jaguar Llu*. Tenías que hablar, Marcos. Tenías que estar de más, como siempre. Tenías que contarle que si el carro, que si la Universidad, y no nos dejabas solos. ¿Me oyes? Estabas estorbándome, Marcos. Estabas impidiendo que yo le hablara a Carolina, y Carolina se dio cuenta, porque llegó y le dijo:

—Por favor, Marcos, no hables tanto.

Y Marcos se perdió calientísimo. Estaba que comía tierra. Encontré el momento para entrar al ataque, respiré hondo, y cuando ya estaba a punto de echarme al agua, regresó el enano y se acostó entre los dos. Fue entonces cuando yo comencé a echarle arena a las piernas de Carolina. Sentía que en el jueguito me comunicaba con ella. Pero el idiota le dijo a Carolina:

—Oye, Carol. —Así mismo. Que si: —Oye, Carol, ponme aceite en la espalda.

—¿Aceite?... ¿Y no tienes lo suficiente?

—No. En serio. Ponme un poquito de aceite. Es que yo solo no puedo hacerlo.

Y viene Carolina y comienza a frotársela. El desgraciado hacía y que:

—Ajj..., ¡qué divino!

Sabiendo perfectamente que yo en mil años no me atrevería a pedírselo.

No soporté el espectáculo del cerdo y me largué. Me fui caminando hacia la orilla, y me senté cerca de un niñito que estaba trabajando un castillo de arena. Tenía

un balde y una pala, y con la pala metía la arena en el balde y se la llevaba al agua y ahí la mojaba. Supongo que mojaba la arena, porque así la arena se endurecía y resistía a los soplos del aire. El castillo estaba aún muy pequeño, y lo ayudé a construirle las torres. A veces el viento erosionaba un muro, y el niñito decía:

—Oye... mira... se cayó.

Y buscaba más agua para humedecer la arena.

Casi terminado el castillo, me di vuelta con cara de matón a ver si Carolina entendía y se venía a ver el castillo, pero Carolina estaba acostada y no se daba cuenta de nada. Creo que hasta canté una ópera y el primer movimiento de la *Quinta Sinfonía* de Beethoven, pero nada. Lo único que conseguí fue una mirada de espía alemana por parte de la vieja del carricito, y se lo llevó. El pobre nené se quedó jipiando entre las rodillas peludas del barrigón del papá, y yo me fui hacia las rocas.

Al llegar, cogí una piedra y la lancé contra una roca. La piedra estalló y quedó un punto claro. También recuerdo haber mirado a Carolina, pero te empeñabas tercamente en coger sol al lado del enano. Y el enano esta vez estaba sentado, echándose arena en sus propias rodillas. Eres un pobre tipo, Marcos. Eres un perfecto imbécil, y ésta es la última que te perdono. Más de una vez he estado tentado de aplastar tu cabezota. Un día de éstos, si sigues en ese plan, te vas a despertar degollado. Carolina no gusta de ti. Sabes que te dijo no tres veces seguidas.

Pero, bueno. Como dije, estaba entre las rocas, y como tenía ganas de hacer pipí, y no me provocaba regresar al departamento, me saqué el pajarito y oriné mirando

hacia el cielo. Cuando terminé me puse a buscar piedras. Fui recogiendo las pequeñas de colores blanco, rojo y negro. Al reunir más de diez me senté y realicé una selección severa. Pasaron el examen dos blancas y una negra, y como tenía dos blancas, me guardé la mejor y la otra la boté lejos. La negra, recuerdo que la negra me la llevé a una roca bien alta, y sentado en la roca la dejé caer sobre un pozo. Era un pocito que formaban algunas peñas musgosas. La piedra se hundió nerviosamente hasta que tocó fondo y se quedó muda. Me senté y limpié la blanca. Le quité la sal y la guardé en el bolsillo del traje de baño. Pensaba dársela a Carolina, pero Carolina y Marcos estaban sentados en la balsa.

El imbécil de Marcos me echó a perder esos minutos. Me acuerdo que sentía que el infeliz de Marcos estaba aprovechándose y le hablaba a Carolina. Y sentía que Carolina se dejaba atacar para joderme, y la miraba con toda la furia posible y ella nada. Creo que ni siquiera te diste cuenta que yo estaba perdido. Que yo me sentía asquerosamente ridículo. Me imaginaba que Marcos le decía:

—Oye, Carolina.

Yo te quiero muchísimo y tal y yo no sé qué y cómo está la cosa y fíjate ese loco está desesperado porque tú estás conmigo y bla-bla-bla. Y que si:

—¿Qué tal si vamos al cine esta noche?

Que si qué tal, que si lo otro, hasta que no soporté más esa vaina y me volví a esconder entre las rocas. Desde ahí, por lo menos, no me veían ni yo los veía, y podía ver los alcatraces. Algunos aleteaban muy cerca

de mí, casi a dos o tres metros, y otros se venían abajo como a mil kilómetros por ahora, y plunch, se clavaban de cabeza apareciendo luego con la bolsa de la boca llena. Primero volaban hacia arriba, ¿no?, y, justo al divisar a la víctima, se suspendían en un punto muerto, se sacudían, inclinaban la cabeza y, plegando las alas al cuerpo, se transformaban en un torpedo y se mandaban con toda el alma contra el agua. Otros alcatraces parecían disecados porque estaban secos y embrutecidos sobre un bote. Supongo que estaban dormidos. O a lo mejor miraban a sus amigos, o a lo mejor estaban muertos, porque palabra que yo inclusive les lancé una peña, y la pegué en la punta del bote y nada.

Bueno. Cuando me fastidié de estar tirándoles piedras a los cadáveres busqué unas guaratаras. Es algo que practico desde chiquito. Me busco seis o siete guararas y las vuelo sobre el mar. Recuerdo que cogía fuerzas, respiraba hondo, me echaba unos dos metros hacia atrás, y fuaj, las disparaba, y las guaratаras picaban al tocar agua, y volvían a saltar una y dos y hasta tres veces, hasta que en el cuarto golpe se hundían. Las que tenían la barriga más grande eran las que saltaban más. Pero era difícil encontrarlas. Así que también me fastidié de estar que si tirando piedras. Además creo que en el fondo tenía miedo a darle en el coco a un pez. ¿Quién sabe si esos salvajes están a dos o tres centímetros de la superficie? ¿Quién sabe si vienen y se les ocurre coger un poquito de aire?

Total que me cansé de echar piedras y me tendí de espalda en una roca. Sentía el calor húmedo en la piel. Y

me pareció que las piedras sudaban. Era bueno ver las nubes. Y era buenísimo ver los pájaros volando, pero Carolina no me dejaba en paz. Te confieso, José, que cada vez que pensaba en Carolina y Marcos, ni el cielo ni los pájaros me importaban. Es una lástima que sea así. Es una lástima que las cosas que nos gustan nos dejan de gustar por una ideíta, una mueca o un diente roto.

Como decía, estaba ahí en la roca, hasta que por fin vi que Carolina y Marcos regresaban a las sillas. Los vi caminar entre la gente, y muchos ancianos y tipitos la miraban. Supongo que Marcos se sentía feliz porque la gente podía pensar que eran novios, o muy amigos, porque caminaban casi pegados, y de vez en cuando la pierna de Carolina chocaba con la de Marcos. Me calenté, les nombré la madre a los dos y salté a la arena.

Cuando llegué, Marcos se me quedó mirando raro.

—Te estábamos buscando —dijo el imbécil, y para colmo Carolina lo miró y se puso a reír histéricamente.

—Oye, vale, ¿dónde te escondiste?

Fue lo único que se le ocurrió decir, ¿no?, y me aguanté las ganas de matarlos. Lo que más me molestó fue la miradita de Marcos. ¿Me entiendes? Cuando un niño te mira, tú sabes exactamente qué te pide con los ojos. Pero en la gente podrida, quiero decir, vieja, o de mi edad, miran, y el odio, la vergüenza, el miedo y la alegría están revueltos. No sabes qué propósito hay en la mirada. Y tienes que preguntarlo, y por supuesto no te dicen exactamente lo que sienten. Supongo que Marcos lo que sentía en ese momento era una arrechera espantosa por

mi presencia. Por interrumpirle su nuevo idilio, o en todo caso el momento que podía ayudarlo para conseguirlo. Pero la verdad, Marcos, es que estabas perdiendo el tiempo. Cuando te dijo que te callaras, y te perdiste, Carolina me dijo:

—Pobrecito. Está loco por su carro. Parece un monito.

—¿Me oyes, Marcos?

—Parece un monito.

Así mismo:

—Parece un monito.

Eso fue lo que dijo Carolina. ¿Me oyes? Así que perdiste el tiempo con toda la paja de la velocidad y los caballos de fuerza. Palabra que me reía con ganas. No tanto por lo del carro sino por lo de monito, porque desde lejos parecías un mono triste, Marcos. Un mono tití fracasado. Sin monas. Sin plátanos. ¿Me oyes? Tenías un aspecto verdaderamente ridículo.

Me acuerdo del día que fuimos a El Silencio a comprar unas camisetas de fútbol, y este idiota me llamó aparte y me dijo:

—¿Viste al enano?

¿Que si viste al enano? Y la verdad es que el tipo que atendía era un enano machacado, exactamente igual a Marcos. Yo por supuesto me hice el loco, ¿no?, y lo calmé, y le expliqué que era un parecido muy lejano, y bla-bla-bla, ¿no?, hasta que por fin se calmó, pero estuvo todo el día preocupado con lo del enano, y es que Marcos, así como Lagartija, se quiere parecer a los actores de moda. Confieso que a mí me ha sucedido algo parecido: me acuerdo que me dejé la barba para parecerme

a Hemingway, y todos los días contaba la pelusa que me nacía en la barbilla. Claro. No me salió una barba ni mucho menos, pero yo me sentía feliz con los ocho pelos más que me nacían. Tuve que cortármela porque estaba fastidiado de que me pidieran los documentos. Un día, un policía cogió el bulto donde cargaba los libros y me los echó a la calle creyendo que guardaba una bomba. Así mismo. Delante de todo el mundo, y la gente me miraba como a un asesino. Francamente. Aquí ni siquiera se permite el libre uso de los pelos en el lugar donde a uno le plazca dejárselos. Por supuesto que los bigotes son inofensivos, ¿no?, y es por eso que Lagartija no ha tenido problemas hasta ahora: se dejó unos bigotes tipo Pancho Villa cuando vio aparecer en la pantalla a ese actor francés que se llama que si Belmondo. Está convencido de que el francés es él. Y ahora voy a contarte, Carolina, porque tú no lo sabes, ni tú tampoco, José, el día que Marcos me invitó que si a ver los monos del Zoológico. Esto es ciertísimo. En serio. Parece exagerado pero no lo es. Este tipo está convencido de que es un mono resucitado. El asunto es que me pidió que lo acompañara al Zoológico y, cuando llegamos, me arrastró a patadas hasta la jaula donde tenían a los pobres monitos achicharrándose. Yo quería irme, ¿no?, estaba cansadísimo y además me dolía la cabeza porque había demasiado sol. Ustedes conocen el Parque del Este, y saben que el sol pega como diablo, pero me convenció, y al fin nos acercamos hasta la jaula de monos. Los salvajes chillaban y saltaban, y parecían muy contentos con nuestra visita, ¿no?, y viene un monito chiquito y se

le queda mirando fijamente a Marcos. Palabra que parecían hermanos. Estuve a punto de creer en la historia de Darwin, y creo que lo comenté, y entonces Marcos me miró asustadísimo y me dijo así mismo: «Somos iguales. Fíjate en las manos. En la frente». Y eran igualitos, y lo que es peor: a tu padre, Marcos, porque no sé si sabes que tu papá también parece un mono tití. Claro; un tití viejo. Un monote cansado. Más bien un tití acabado, y puedes estar seguro que llegará el día en que te parecerás a él, porque son idénticos. Y perdona que te lo diga: yo sé que tú no soportas a tu viejo. Pero es así. Palabra. No estoy mintiendo.

Ahora me acuerdo que el mismo día del Zoológico lo acompañé a su casa y en su cuarto estuvimos hojeando unas revistas gringas. Marcos se la pasa comprando porquerías parecidas. Vimos un *Playboy* que tenía guardado en la gaveta de noche y buscamos parecidos entre las mujeres desnudas del *Playboy* y las muchachas. Hasta que Marcos me preguntó serísimo si yo creía que él era muy feo. O sea que volvió a caer en el asunto de los monos. Yo, hastiado de tantos monos, le pedí que lo olvidara y le recordé el parecido que existía entre Nancy, la novia de Lagartija, y el papá. Porque resulta que el papá de Nancy es un gorila. En cambio la pobre Nancy está más o menos aceptable, y a pesar de la diferencia son iguales. Claro que en el papá los rasgos son muchísimo, pero muchísimo más toscos; pero es lo mismo.

Recuerdo que se calmó y me dijo:

—Es verdad: lo peor que puede haber es tener cara de niñito. De estúpido.

Yo aplaudí, y por fin dejamos el asunto de los monos y no sé de qué otra cosa hablamos.

Bueno. Por fin me quedé solo con Carolina, pero no pude sacarle en diez minutos una sola palabra. Buscaba la forma de hacer una declaración seria, sin cursilerías. Eso es dificilísimo, y sé que ustedes consideran pasado de moda eso de que si te quiero mucho y lo que sigue, pero entonces cómo diablos, ¿qué invento para saber si quiere o no ser mi novia? ¿La beso? ¿La abrazo? Palabra que no es nada fácil. Sobre todo si se es un tipo como yo. Porque José ni se hable. Ese tipo levanta un dedo y listo. Lo he visto atacar a una muchacha en diez minutos y a los quince ya eran novios.

Una vez caminábamos por Sabana Grande y se encontró con una prima. Bueno. La amiga de la prima estaba buenísima, y nos fuimos al cine. A mí me tocó la prima, que ni hablaba ni era bonita, y a él le tocó la amiga. A los dos minutos le tenía el brazo en la espalda. A los quince le puso la mano sobre la rodilla y la amiga no se movió. A los veinte le agarró la mano, y nada. Y a los cuarenta y cinco minutos, ya eran novios. En serio. Y por mientras estuve sudando como un desgraciado. José me decía en la oreja:

—Échale pichón, pues... ¿Qué estás esperando?

Pero no podía. Sinceramente no podía mover el brazo. No sé que diablos me sucedió. El caso es que me dio parálisis momentánea en todo el cuerpo. Al salir, la prima arrugó la cara y le rogó a la amiga que la dejaran en su casa. Tuve que pasar toda la noche como un cabrón.

Recuerdo que yo le miraba los pies, y las manos, y las piernas, y ella me miraba de vez en cuando y yo seguía buscando una manera de entrarle a la cosa, y nada. No podía. No podía hablar. Lo único que hacía era mirarle los dedos de los pies, que por cierto se los pinta con cinco gorras rojas. Quiero decir que sólo se pinta el pie derecho y no sé por qué diablos es así, ni se lo pregunté por miedo a meter la pata.

Por fin, desesperado, y con pánico a que el loco del enano apareciera en escena, le dije:

—¿Te gustaría ser un pez?

Ella no me respondió. Me aguanté dos minutos más, y con una serenidad tan exagerada que ni se oía le dije:

—El mar es una maravilla, ¿verdad?

Y ella se sonrió. Eso me dio fuerza, pero estaba seguro que no lo había escuchado y que se había reído por puro reírse. Y hasta sentí que la condenada se estaba riendo de mí. Siempre que voy a la playa me dejo la bragueta abierta, y muy, pero muy disimuladamente bajé los ojos, pero todo marchaba bien.

—¿Cómo te fue en España?

Y ella me respondió con otra cosa. Me acuerdo que me respondió:

—¿Y la novela?

Que no tiene nada que ver con mi pregunta, pero así fue. Yo le pregunte por España, a ver si me hablaba de sus amigos españoles, del viaje. De algo que pudiera estar relacionado conmigo o con mis cartas, ¿no? Pero imagínense. Que si la novela.:. Inmediatamente comencé a temblar. Creo que temblaba porque sentía que había

llegado el momento de hablarle. No sé si me explico. En clase, cuando por ejemplo estaba en clase, y el profesor preguntaba algo, apenas terminaba la pregunta, se me nublaba de tal forma el coco, que olvidaba mi nombre y apellido.

Comencé a temblar y Carolina se me quedó mirando:

—Oye, vale, ¿pero qué te pasa a ti?

Era demasiado. Para colmo, vengo y le digo:

—Mira, Carolina —temblando, sacudiéndome como un perro—. Mira, Carolina lo que quiero decirte es que tú sabes que yo...

Y no pude más. De la tembladera se me cayeron los dientes, la lengua, los ojos, las orejas. Me convertí en un monstruo. Recuerdo que le grité:

—Esta playa. Este asco.

Porque está medio afónico, y Carolina soltó una carcajada. Todavía me duele esa risa en el centro del estómago. Aún me duele, y no sigo escribiendo porque me siento malísimo. En serio. Lo malo es que no sólo se recuerdan las cosas buenas sino las malas, y se vuelven a vivir, y se vuelve a sufrir estúpidamente por segunda vez.

Ya desesperado, y con miedo a que el día terminara tan mal, cogí fuerzas y, casi llorando, le dije:

—Carolina, por favor. Óyeme. Te lo ruego.

Y Carolina asustada.

—Te lo ruego, Carolina.

Temblando como un epiléptico:

—No te rías. Escúchame...

Con las piernas cansadas. Con la maldita tembladera:

—Carolina, te lo ruego. Óyeme bien una sola vez. En serio. —Pero Carolina pasaba de la risa al miedo, y no aguanté, y le grité:

—Idiota... No entiendes nada.

Salí corriendo y como a cincuenta metros caí en la arena.

Fue Marcos quien me levantó. Como si no tuviera lo suficiente, me gritó:

—Levántate, pues, que nos vamos.

Estaba tan débil que se me cayó la toalla. Carolina se fue con lo del grito, y Marcos decidió regresar a Caracas.

Supongo que debe creer que fui yo quien le impidió enredarse con Carolina. Yo por mi lado estaba enfermo. Ni siquiera podía llorar. Me fui hacia el mar y le dije que necesitaba bañarme de nuevo. Marcos siguió protestando, pero por mí que se acabara el mundo. Ya todo me importaba un bledo. Me acuerdo que entré en el agua sin sentir frío, y me eché a nadar hacia la balsa. Quería ahogarme. No estoy hablando paja. Quería ahogarme y salir de Carolina y de todo el mundo. A propósito de ahogarse, José, ¿te acuerdas del día que tú te metiste en el mar?, ¿te acuerdas que era de noche?... José se metió y que a nadar, y como una hora después regresó agotado y nos confesó que no había tenido suficiente coraje para morir. A mí me parecía eso rarísimo. Sucedió hace ya como dos años, y entonces el deseo de morir lo hallaba cómicamente falso. Pero ahora lo entiendo, José. Ahora comprendo por qué querías morir. En serio. Y entiendo lo del coraje. Y tus

lágrimas extrañas esa noche en la playa. A veces pienso que si la gente sufriera al mismo tiempo esas cosas no se sentiría tan sola. Lo digo, José, porque muchas veces, hace ya como cuatro años, me sentía yo el tipo más raro del mundo. Todo porque no comprendía por qué la gente gozaba al ver un cielo hermoso. ¿Te acuerdas, Lagartija? Fue en la calle de Los Jabillos, y Lagartija me dijo:

—Oye... Fíjate qué bueno está el cielo.

Y lo bueno del cielo era simplemente el color rojo y plateado que tenía. A mí me importaba un bledo, porque estaba arruinado, de ese domingo fatalmente triste. Fue en Los Jabillos, en esa calle, José, donde nos escondíamos para fumar tranquilos cuando teníamos catorce años. Siempre que camino por ahí paso a ver el lugar donde dejábamos los cigarros. ¿Te acuerdas? Era en un pote de Toddy, y el pote lo escondíamos entre las hojas de una mata chiquitica.

Recuerdo que Lagartija repetía:

—Pero velo bien. Ve bien ese cielo, vale. Es una maravilla.

No comprendía cómo diablos podía sentir Lagartija alegría o placer al ver el cielo. Claro que era azul, y rojo y amarillo, y plateado, pero a mí me daba lo mismo.

Recuerdo que Lagartija me dijo:

—Oye, vale... Contigo no se puede hablar, vale... —Yo lo llamé imbécil, idiota, y Lagartija se calentó, y como era él el que tenía los reales, me tuve que empujar las veinte cuadras a pata, hasta la casa.

Lo cuento, Carolina, porque durante mucho tiempo me molestó no sentir la misma alegría al ver los cielos rojos, azules o amarillos. Sucedía que tú de pronto te sentías como rechazado por la especie humana. Como apartado por tu propia raza, sin saber exactamente cuándo y cómo habías comenzado a sentirte solo.

Durante esos días fuimos al Museo de Bellas Artes y al Museo de Ciencias. Estuvimos paseando y hablando, y mirando los árboles del parque. Recuerdo que Carolina se detuvo en varias ocasiones a observar con placer las hojas de los caobos. Los árboles inmensos se sacuden cuando hay brisa, y millones de hojas tiemblan y parecen taladradas por el viento. Entonces me pareció muy agradable el cielo y era tan bueno como los árboles y Carolina.

Aún conservo el papel donde está escrito. Es un cuaderno de matemáticas, y en el mismo cuaderno hay dibujos de Jania. A propósito de Jania: esa tarde de la que estoy hablando, nos sentamos en el banco donde Jania y yo acostumbrábamos sentarnos todas las tardes después de salir del liceo. Es un banco que está en el jardín del Museo de Ciencias, y desde ese jardín se ve el parque Los Caobos y se ven los aparatos mecánicos que usan los niñitos. Se podía hablar, o ver cómo los carricitos se columpiaban, corrían y todo. Es muy bueno y hay suficiente tranquilidad y soledad como para hablar y besarse sin miedo. Creo que es el único lugar en Caracas donde es posible estar con una muchacha tranquilamente. Porque en la Universidad, a pesar de que hay grandes parques, siempre te tropiezas con un cuidador o cuatro imbéciles de los que estudian con sillitas.

Volvimos como a los tres días, y esa vez me pareció que debíamos sentarnos en otro banco. Sentía que si me sentaba en el banco de Jania perdía la gracia. Además, siempre que me siento en ese banco recuerdo todo lo que nos ocurrió a Jania y a mí, como si el banco hubiera robado todos nuestros secretos. Así que busqué otro lugar y nos sentamos en otro banco, no ya en el Museo sino en el parque mismo. También esa tarde era feliz y había colores alegres en el cielo. También había brisa. Y hojas que se desprendían de las ramas y volaban, hasta que por fin caían muy suavemente en el suelo. Carolina las miraba sonreída y dijo:

—Qué bonito, ¿verdad?

Recuerdo que le dije:

—¿Realmente te parece bonito?

Y ella se sonrió y no sé qué respondió. Ya se me olvidó. Eso fue antes de que Carolina se fuera para España. Han pasado ya varios meses. Pero lo que quería decir con esto es que al regresar a casa escribí en el mismo cuaderno: «La distancia de su mano a la mía era donde el cielo nacía perdido de alegría». Que ustedes pueden considerar cursi, pero que yo no. Yo bailaba completamente feliz, y besé a mamá como ochenta veces. Hoy me sigue pareciendo ese cielo muy hermoso. Aquel del parque Los Caobos, y creo que no sólo en la distancia de su mano a la mía era donde el cielo crecía bueno y sabroso, sino también en mis ganas de descifrarlo y de verterlo en ella. En tus ojos, Carolina. A ti te parecerá una tontería, pero para mí fue todo un descubrimiento. Desde ese día volví a sentirme tan humano

como cualquier otro. Y por eso hablé de José y la noche que quería suicidarse. Supongo, José, que esa vez fuiste tú el que se sintió rechazado, solo y muy lejos de todos, pero ahora te entiendo.

En la autopista no abrimos la boca. Marcos cerró el pico y yo lo imité como si no hubiera ya nada que contarse. La verdad es que me sentía mal. Muy mal. Con lo de Carolina se vino algo abajo. Y cuando me siento muy mal, no puedo decir ni pío. Se me sube algo amargo a la garganta. La garganta se me cierra y quedo mudo. Marcos me miraba, y yo notaba que quería decirme algo. De repente viene y me dice:

—¿Vas a ir a la fiesta?

No le respondí. Me sentía demasiado mal para pensar en fiesta, pero agregó:

—Carolina también va.

Y volví a darle vueltas al asunto. Que si Carolina va. Que si la playa. No joda. Pero en todo caso había una posibilidad para establecer contacto y hacer que nuestras relaciones volvieran a la normalidad; así que lo pensé varias veces y por fin le pregunté:

—¿Estás seguro?

Marcos me dijo:

—Sí. Seguro. Creo que va con Nancy. Creo que están invitadas.

—¿Pero no estás seguro, idiota?

Se calló de nuevo. Eso me tumbó. Marcos se siente importantísimo cuando lo interrogan porque es un tipo que no es tomado en cuenta para nada. Si vieran la carita

de sabelotodo que tenía. Pasando por el túnel de El Silencio, me acuerdo que justamente cuando nos metimos en el túnel de El Silencio, con las cornetas, y el calor, y todo ese asco, estuve a punto de preguntarle de nuevo por Carolina. Este desgraciado está enamorado de Carolina y es capaz de aprovechar cualquier cosa para anotarse un punto a su favor. Fíjense lo que hizo con el aceite del sol. Y lo que hizo con el cortaúñas. Es realmente un tipo mezquino. Y está convencido que, si deja de ser el mezquinito que es, perderá dos o más centímetros de estatura. No sé si dije que Marcos es un enano. O casi un enano. Y los enanos se sienten más chiquitos cuando hacen un favor. No sé exactamente cuál es la razón —¿se dice razón?— o la causa, pero el caso es que todos los asquerosos enanos que he conocido en mi vida son así. Palabra. No les miento. Lo cuento porque, si en todo caso ustedes conocen a Marcos, hay una persona que se llama Jania que no lo conoce. Carolina, como chiste, es prima de ella. ¿Hablé del cortaúñas? ¿Y del aceite? Ahora ni sé de lo que hablé ni de lo que no hablé. Supongo que conté lo del cortaúñas. También conté lo de la playa. Exacto. Por fin llegamos a la Plaza Venezuela y Marcos me dijo:

—¿Qué tal te parece ahora?

—¿Quién?

—Carolina.

—Me parece que está igual. ¿Por qué lo dices?

—¿No te parece como más vieja que antes? ¿No te parece? —Que si no te parece... Pero, bueno. Lo que me preguntó es que si yo notaba alguna diferencia entre

la Carolina que se fue para España y la Carolina recién llegada. Claro que está cambiada. Y te lo digo a ti, Carolina: cambiaste, pero no mucho. Todavía gozas burlándote cruelmente de mi timidez. Todavía te ríes de mi miedo. Y haces lo posible por ponerme en ridículo. Pero deja que pase el tiempo. Un día de éstos te vas a enamorar de mí. Cuando esto suceda, palabra que te voy hacer pasar las de Caín. Te lo digo desde ahora para que lo sepas. Para que te armes. Para que te consigas un alicate o un martillo. Porque la pelea va a ser buenísima. Primero te voy a arrastrar por toda Sabana Grande como una carreta vieja. Después te voy a cortar los pelos. Después te voy a meter un triquitraqui por la ventana. Después te voy a espichar los cauchos del asqueroso carro de tu casa. Te voy a volar la puerta con un tumbarrancho, y, de postre, una noche de éstas voy a meter un gato incendiado sobre tu cama.

—¿Me oyes?

Bueno. El caso es que pasamos por la Plaza Venezuela, Marcos metió los frenos de repente y le pegué la frente al vidrio. No lo maté porque Dios es muy grande. Me acuerdo que, antes de que llegáramos, Marcos pone carita de buena gente y me dice así mismo:

—Oye, ¿qué tal si te vienes al cine...?

No le respondí. Después le tiré la puerta y me reí. Se bajó del carro y me gritó:

—Paga tu arrechera con otro. ¡Imbécil!

Entonces me devolví:

—¿Qué pasa, chico? ¿Quieres peo?

—Aquí mismo si te da la gana.

—Vámonos, pues. Sácate el paltó —le grité dándomelas de matón.

—No es fundamental.

Que si no es fundamental. ¿Se dan cuenta? El pobre tipo estaba tan chorreado que se le enredó la lengua. Bueno. A mí también me sucede. Confieso que siempre que me caliento, si hablo, como ya dije, digo disparates y todo se me enreda. Marcos terminó por sonreírse y me dijo suavecito:

—Como que estamos locos, ¿no?

Le di la espalda y salté los tres peldaños de la entrada.

Apenas llegué, puse la oreja a ver si oía a José y sentí que había más de dos personas. Eso me alegró. Pero por otro lado me molestó. Sabía perfectamente que José me iba a preguntar por Carolina, así que me senté en la escalera y saqué un cigarro. Quería calmarme y me fumé como mil cigarrillos, pero seguía enfermo, triste, angustiado, desesperado.

La verdad es que los cigarros me hicieron daño.

Como a los diez minutos, volví a la puerta, toqué de nuevo tres veces y nadie me respondió. Fíjate cómo me sentía, José. No eran ganas de fastidiarte ni muchísimo menos. ¿Pero a dónde iba en ese instante? ¿Para dónde cogía? ¿A la casa? José me abrió, me puso cara de «estás ladillando demasiado» y pasé por la sala sin mirar hacia el sillón. No quería saludar a Julia. Después puse la toalla y el traje de baño en la mesa de noche y abrí la gaveta. Ahí estaba el revólver del papá de José. Lo cogí, lo tomé y sentí la cacha helada. Yo no sé usarlo. No sé cómo se dispara. José lo cargó anteayer por si acaso.

Uno no sabe nunca si se va a meter un ladrón o un asesino a las doce, y si en todo caso entra estamos de acuerdo en que hay que dispararle.

Pero, bueno. Yo no quería hablar de los ladrones. Quería decir que busqué el revólver porque quería matarme, y esto no es paja. Me sentía tan mal, quería abrirme un agujero en esa vaina para salir de todo. No es la primera vez que me sucede. Ni mucho menos. Pero no creo que pueda llegar a hacerlo. Siempre lo cojo. Lo veo. Lo toco. Lo acaricio. Me lo pongo en el pecho y me da un miedo horroroso. ¡Dígame si se escapa una bala! Cuando lo pienso me chorreo. El imbécil de José se la pasa apuntándome con el revólver. Por eso lo cuento. Esa es otra de las cosas que me tienen enfermo. José no quiere abandonar el revólver un segundo. Se va a la cocina y se lleva la pistola. Se mete en el baño y se va con la pistola. Y claro. Ustedes saben que hay un poco de teatro en todo esto, ¿no?; pero no, de todos modos es desesperante. Que si un tipo con el bendito revólver en la mano. Y lo peor es que sobran momentos en que uno se siente perdido y todo eso, ¿no?, así que es muy fácil pegarse un tiro y listo. Ayer, por ejemplo, me iba dando un infarto. Me estaba durmiendo, y de repente sonó una bomba en la cocina. Este imbécil siempre se levanta a las tres de la mañana para comerse un sándwich. Recuerdo que me fui caminando, con el corazón paf-paf-paf, hasta que llegué a la cocina, y cuando lo vi de espaldas pensé que el tiro lo tenía en la barriga porque estaba un poco inclinado, y estuve a punto de desmayarme. José se estuvo riendo toda la noche. Lo que sonó fue la tapa del basurero.

Después me fui a ver en el espejo que está en el cuarto de José. Uno se ve de cuerpo entero. Ahí me quedé ensayando poses, hasta que se me salieron las lágrimas. Estaba completamente arruinado. Esa es la verdad. Me sentía demasiado mal.

Bueno, terminé de verme en el espejo y se me ocurrió que Carolina había llegado a su casa. Ni siquiera le pregunté esta mañana en la playa a qué hora piensa regresar. La llamé desde el teléfono del cuarto, porque hay dos teléfonos, y no me atendió nadie. Ya demasiado cansado, con ese peso incómodo, con ese peso como muerto, me eché de nuevo en la cama hasta que entró José. No sé qué diablos buscaba en el cuarto. Pero entró, se me quedó mirando, estuvo unos segundos y volvió a salir. Oí algo así como una discusión, y ya desesperado, harto de estar en la cama, me senté a escribir lo que me sucedió en la playa, que ya está escrito.

Julia se fue hace dos horas, y ahora José está botado en la cama. Me ha interrumpido en varias oportunidades para pedirme un fósforo, un cigarro, y para hacer un comentario sin importancia. Ahora deben ser las cuatro de la tarde. Quizá sean las tres. No tengo hora y no me interesa para nada. Lo único que deseo es encontrarme con Carolina.

José me pregunta:

—¿Qué estás escribiendo?

Y no le respondo. Es difícil escribir y hablar al mismo tiempo. Cuando escribí la pregunta ya José estaba abriendo la puerta. Ahora lo oigo caminar por la sala.

Debo estar sentado en el único sillón que dejamos en ese sitio. Los otros están escondidos en un cuarto que está al lado de la cocina. Es para evitar que algún infeliz vomite en ellos, o deje olvidado un cigarro y se queme.

El viejo y la vieja de José están en Nueva York. Regresarán dentro de quince días. Lo dejaron solo, y se ha dedicado a emborracharse todos los días. José salió muy bien en sus exámenes. Los aprobó con buenas notas y los viejos le mandaron un cheque como regalo. El cheque de José es el que nos hemos comido y es el que nos permite seguir tomando. Yo aproveché para venirme con mi diario y un montón de papeles viejos a ver si escribo la novela. Pero esta gente no me ayuda. Por ejemplo, pienso en una escena maravillosa: Julia borracha corriendo por Sabana Grande y José completamente borracho detrás de ella. Julia se detiene. José la abraza. Julia se da vuelta y lo besa. José se une a ella, y desde lejos yo los observo y escribo que son un árbol. Un árbol de carne que se mueve. De pronto, un policía aparece en escena y les pide que dejen el relajo: se me acabó el capítulo. Es decir, por más que quiera mentir y hablar de cosas que no suceden, la misma imaginación se ve acorralada y burlada por personajes imprevistos que acaban con la novela. También pienso en otro capítulo: José en el auto, y Julia en el auto. Esto no es mentira: José tiene un auto y Julia se lo roba a su mamá cuando puede. Bueno. Hasta aquí todo va bien. De repente el auto patina. Se sale de la autopista y se vuelve añicos. Julia con la cabeza rota y José con una pierna enyesada. Lo visito en el hospital. Le digo:

—Qué hubo, viejo.
Y José me responde:
—Ahí...
Y le pregunto:
—Oye, ¿y Julia?
—No sé. ¿Qué crees tú?
Y así una cantidad de pendejadas parecidas, hasta que no aguanto, arranco el papel, lo arrugo, lo vuelvo pelota y lo lanzo por la ventana. Escenas. Diálogos. Cosas. En fin, cosas que pueden hacer despertar la curiosidad de un ocioso, para que pueda el ocioso entretenerse. Y siempre termino cansado. Fatigado. Asqueado de mentir y de imaginar todo aquello que deseo hacer y no puedo. Por ejemplo, un capítulo donde un hombre se cita con una mujer en un café. José es el tipo y Julia la mujer. Se encuentran y hablan hasta quedarse mirando las moscas.
De repente Julia dice:
—Me tengo que ir.
Y José desesperado:
—Julia, por favor.
Y Julia:
—Lo siento. Palabra que lo siento.
Y entonces no puedo escribir más. Me echo en la cama o me quedo mirando fijamente algún punto invisible del espacio, y pienso, hasta que no sé de mí: las ideas son como papagayos. Como papagayos que están sujetos a nosotros por hilos invisibles, y a veces hay demasiado viento y el viento los arrastra y se los lleva lejos. Tan lejos, que es difícil regresar y saber de mí. De este

cuerpo y este nombre. De mis necesidades y costumbres. Hay días que esas ideas se vuelven trenes, o caballos, o ciudades, o montañas nevadas, y es tan fácil imaginarlo, tan fácil vivir esas montañas y esas ciudades, que al volver a este cuarto, la mesa, la máquina, todo es insoportable.
Entonces temo que un día el hilo invisible se rompa y quede convertido en papagayo, volando en el aire, sin saber nunca más de mí ni de nadie. Es horrible.
Pero en todo caso, como decía, no pude escribir más y me eché en la cama a pensar y pasé un rato sin moverme. Después me levanté y traje la máquina de escribir para la sala.
Estoy sentado en el suelo y la máquina está sobre la mesa de vidrio.

José, con los brazos colgando, me mira y vuelve a poner los ojos en el techo. Me siento en el suelo y le pregunto:
—¿Qué vas a hacer esta tarde?
—No sé. ¿Y tú?
Responde sin mirarme. Es una pregunta que se repite todos los días. Yo sé perfectamente bien que José saldrá con Julia, a menos que hoy tenga deseos de bailar y buscar a otras muchachas. También se lo pregunto:
—¿Vas a llamar al pelotón?
Pero no responde inmediatamente. Posiblemente piensa en otra cosa. Aquí se habla por señas. Levanta un dedo, luego me mira y dice:
—Leí ese libro que me prestaste. Es bueno. La verdad es que no lo leí hasta el final... pero es bueno.

Se refiere a *Hijos y amantes* de Lawrence. Quizá pensaba en Clara o en Myriam. Estoy seguro que prefiere a Clara. Aunque Julia debe estar más cerca de Myriam que de Clara.

—¿Prefieres a Myriam? ¿Te gustó Myriam?

—Me gustó más Clara. Lo malo es que es una bandida.

Ríe. Después lo veo entrar en el baño. Yo me levanto del suelo con la máquina y me instalo en el cuarto. La verdad es que todo lo que sucedió hace segundos y minutos, no pertenece al pasado. Ni siquiera la playa. Ni tampoco ese viaje estúpido y lleno de sol por la autopista. Es el recorrido de siempre. Son las mismas palabras. Lo único que pertenece al pasado es el instante en que Carolina y yo estábamos en la arena y yo quise hablar y no pude. Digo que es pasado, pero también es presente. La verdad es que no entiendo una papa de todo esto. Lo único que quería decir es que he permanecido junto a Carolina, y cada vez que meto el dedo en las teclas, o voy al baño, regreso a la playa. Veo nuevamente a Carolina. Y Carolina no me deja caminar. Sonreír. Carolina, no me dejas hacer nada. Carolina, estoy loco de remate por ti. Carolina, me gustas muchísimo. Palabra. Es una tontería lo que hiciste. No has debido reírte de mí. No lo vuelvas a hacer nunca. Es lo peor que has podido hacer conmigo.

José vuelve del baño con otro vaso de ron. Este tipo se levanta y se acuesta borracho. Le vuelvo a preguntar:

—Por fin, José. ¿Qué vas a hacer esta tarde?

—No lo sé. Creo que voy a ir al cine con Julia.

—¿Con Julia?

—Sí. Con Julia.

—¿Cómo está?

—Muy bien.

Son preguntas estúpidas. Pero necesito preguntar algo. La verdad es que me siento un chiflado. Le preguntaré, por ejemplo, algo que haya hecho con Julia para introducirlo en la novela. Es posible que sea interesante:

—¿José?

—¿Qué pasa?

—No hables tan rápido. Necesito preguntarte algo: ¿Qué hiciste en la mañana?

—Dormí. ¿Por qué?

—¿Y después?

—No sé. Supongo que nada, ¿por qué?

—Y ayer, ¿qué hiciste?

—¿No estuve contigo, idiota?

—¿Pero qué sentías ayer cuando hablábamos de literatura? ¡Dime!

—Qué sé yo, ¿por qué lo preguntas?

—Para escribirlo.

—No seas imbécil. No me digas que todavía tienes la idea de escribir esa vaina.

—Exactamente.

—...¿Te divierte?

—¿Qué cosa?

—¿Escribir?

—No.

—Entonces, ¿por qué escribes?

—Porque no tengo nada que hacer.

(A veces no sé si es verdad o es mentira.)

—¿Seguro?

—Sí.

Se calla. Pasan segundos. Un ruido de moto. Después alguien habla. Después la moto. José habló. Dijo. Ya lo dijo:

—Bueno. Ya son como las tres de la tarde. Yo como que me voy.

—Sí.

—...Qué fastidio...

—¿Vas a ir al cine con...?

—La misma cosa, que si Julia...

—¿Julia?

—Sí, ¿por qué?

—Por nada. ¿Y después?

—No sé. Si quieres le dices al pelotón que se venga. Pero que no vomiten. Por favor, trata de que no vomite nadie en la sala. ¿Me oyes?

—Seguro.

—Bueno. Chao. Te dejo. Estoy fastidiado. A lo mejor me voy al cine. Si quieres te rascas. ¿Me oyes?... Preocupado. Palabra que estoy preocupado. Eso no va nada bien. No sé qué voy a hacer... y lo peor. ¿Dónde?... Lo peor... ¿Dónde estará esa corbata?... Lo peor es que... Qué broma... la maldita corbata. El bendito pantalón... Lo peor es que..., ¿qué te decía?

—Me hablabas de Julia.

—No te oigo bien.

(Regresé a la sala. Es el único lugar fresco que hay en el departamento.)

—Yo a ti tampoco. Habla más alto.

—Nada. Que estoy preocupado...

No respondo, tengo que escribir rapidísimo para seguirlo:

—Si ves a Lagartija le dices que necesito hablar con él.

—Okey.

—¿Cómo? —no me oye.

—Que está bien.

—Y si ves al idiota de Marcos le dices que se robe una botellita. Vamos a ver si hacemos otro bonchecito mañana.

—Okey.

—¿Oíste?

Ahora canta. Esta cantando: Mañana, bonita mañana... Y ahora silba. Después lo imagino sentado y poniéndose un zapato. Supongo que ya está vestido. Esperaré a que salga del dormitorio, y por mientras fumaré un cigarro. O mejor te llamo. Exactamente, Carolina. Trataré de llamarte, de hablar contigo. Ya vengo.

Fui hasta el cuarto y marqué el número. José me preguntó:

—¿A quién llamas?

Y no le respondí. Inmediatamente tranqué. No quería que José me oyera. Bueno. Ahora nuevamente sentado. José me grita:

—¿Qué tal está Carolina?

—Bien.

—¿Cómo te fue esta mañana?

—Ahí... El imbécil de Marcos no me dejaba hacer nada.

—Sabes que Lagartija tiene un lío con su mujer, ¿no?

—¿Quién?

—Lagartija.

Me habla desde la cocina. Fue a la cocina a llenar el vaso de ron. Pasa por la sala. Llegó al cuarto. Desde ahí me habla. A veces habla demasiado rápido. A veces habla demasiado alto. Por estar contando cómo habla no pude oír bien lo que decía. Lo seguiré lo más rápido posible. Le grito:

—No te oí nada.

—Que Lagartija, vale...

—¿Qué pasa?

—Tiene un lío con esa mujer. No tiene dinero. Empeñó la sortija y vendió un reloj. No tiene dónde meterla. Se va a volver loco si sigue así... ¿Me oyes?

—Sí. Dale. Sigue.

—Bueno. Nada. Eso es todo. Cuando tú no estabas me preguntó si podía...

—¿Cómo?

—Si podía traerla para acá... ¿Dónde está?

—¿Cómo?

—Nada. El dinero... ¿dónde lo puse... dónde lo puse? Qué vaina...

—¿Qué se te perdió?

—El dinero. Y no grites tanto, por favor... Qué broma. ¿No sabes dónde dejé la plata?

—No.

—Aquí está.

Parece que al fin la encontró. Le pregunto:

—¿Qué pasó con Lagartija? —y me responde:

—¿Lo estás anotando? ¿Lo estás escribiendo?

—Sí —le digo.

—Qué imbécil eres. Ahora no te diré lo que pasó. Te

vas a volver loco. No sé cómo aguantas. —Me imagino que termina de peinarse o algo así. Y ahora posiblemente se sonríe solo frente al espejo.

—José.

—¿Qué te pasa?

—¿Te estabas peinando?

—No.

—¿Qué estás haciendo?

—Deja el fastidio.

—Por favor, vale.

—Le estoy echando talco a las bolas.

Me río y él también se ríe. Ya ves, Julia, lo que hace José cuando no está contigo. Ya está aquí a mi lado y leyó lo que está escrito arriba.

—¿Por qué escribes de mí?

Se aleja y da un portazo. Ahora abre nuevamente la puerta y me dice:

—Chao, cariño.

Vuelve a cerrar la puerta. Pero la vuelve a abrir.

—Si alguien me llama, que estoy en casa de Julia. Y otra cosa: si por fin decides irte de aquí, que sería lo mejor para todos, deja la llave en el lugar de siempre. ¿De acuerdo?

—Seguro.

—Bueno, chao —me dice con la puerta en el cuello.

—Chao —le digo.

—Que te diviertas, imbécil.

—Gracias.

Da otro portazo. ¿Qué diablos haré yo? ¿Te das cuenta, Carolina? Es posible que no estés. Quizás estés aún

en la playa. O ya llegaste. O ves televisión. Aunque es muy temprano. Lo más probable es que estés aburriéndote como una ostra, sobre tu cama, leyendo a Corín Tellado. O estás caminando por Sabana Grande. O estás leyendo a Camus. O estás leyendo a Kierkegaard, ese libro de *Amor y religión* que te presté. Y seguramente me dirás que es muy bueno, sin haberlo entendido, sin haber llegado a la segunda página. ¿Me oyes, Carolina? Pero, de todos modos, me dirás:

—Es buenísimo.

Y yo diré:

—Maravilloso. Es un libro oscuro. Extraño.

Y eso que nos contamos de los libros cuando no entendemos, o cuando entendemos, o qué sé yo, y ya basta. Estoy cansado. Para colmo, me duele la cabeza. No tengo nada que decir. Nada que contar que no haya sido contado hace millones de años.

Es posible que escriba ahora sobre ti, José. Me imaginaré tu tarde y diré, y digo: José llegó al auto y subió. Luego encendió el motor. Luego se vio en el espejito. Y arrancó. Al llegar a casa de Julia, se dijo:

—Qué tardecita me espera.

Porque tú lo has dicho millones de veces en mi presencia, José. Te bajarás del auto y llegarás a la puerta de su casa. Luego mirarás por el vidrio de la ventana que da al recibo, y ella te saludará triste y un poco molesta por tu tardanza. O quizá no te reciba Julia. Quizá te reciba la vieja, y la vieja te saludará:

—¿Cómo está? ¿Cómo le va?

Tú te sentarás a esperar a Julia, y Julia llegará, y tomarás una revista y esperarás como un imbécil a que la vieja los deje solos y ahora saltas sobre el cuerpo debilucho y amarillento de Julia y terminan aturdidos de tanto beso, aterrados de que la vieja los haya encontrado en plena guerra. ¿No es así?

Y ahora dejo a José con Julia, y Jania se ríe porque yo imito cruelmente a su padre. ¿Te acuerdas, Jania? Jania fue mi novia clandestina. La novia del liceo. De los años escondidos detrás de una puerta. En un *closet*, en las cocinas, en los baños. Jania era la lectura aterrada de Vallejo y de Nietzsche. Sin entender a Vallejo, sin entender a Nietzsche. Pero sintiéndose más acompañada por Vallejo y Nietzsche que por todos los inútiles compañeros del liceo. ¿Te acuerdas, Jania?

—Apúrate, que mamá llega dentro de media hora.

¿Te acuerdas? ¿O ya no puedes acordarte? Jania, tú no te llamas así. Lo sé. Pero no importa. Es un nombre como cualquier otro. Nadie sabrá nuestro secreto. Nadie sabrá quién eres. Sólo tú y yo, y esos lugares adonde acudíamos para refugiarnos y curarnos de todos. Jania. Cuando me mirabas, cuando abrías los ojos, el mundo era solamente tuyo. Yo te besaba. Quedaba derrotado por tu lengua. Jania, Jania. Escribiré tu nombre tres veces. Cuatro. Cinco. Porque esta tarde es tuya. Te la entregaré completamente. Hablaré de ti y de mí, y de esos días que navegábamos juntos. La primera foto. El papelito. ¿Realmente te acuerdas del papelito? Es una lástima que no me puedas oír ahora. Es una lástima que te hayas casado tan temprano. Pero de todos

modos recordaré por ejemplo tu sonrisa. Y escribiré: tu sonrisa sudaba en mis labios... el calor dulce de una canción de amor, en llamas de una fogata en la playa... ¿Te acuerdas? Fue para ti que escribí este pequeño poema. Pero ustedes no conocen a Jania. Pues bien, Jania fue mi compañera, algo así como una nueva y última novia de infancia. Y antes de contarles cómo era y las cosas que juntos hacíamos, me levantaré y tomaré café con leche y me comeré un pan con queso a la salud de todos. Por cierto: si no te hubieras casado, yo nunca hubiera podido hablar de ti, como lo haré ahora, Jania. ¿Comprendes? A menos que te hubieras casado conmigo. Pero ninguno de los dos había vivido más de dieciocho años. Y a esa edad no se puede tener dinero para mantener a una familia. Ni la familia de la novia deja que un jovencito la mantenga. Y un jovencito no puede mantener a una muchacha si no tiene trabajo y profesión. Pero un jovencito, en cambio, puede hacer cosas maravillosas que no pueden hacerse con el trabajo o con la profesión. Porque un jovencito que no tiene trabajo ni profesión, y tiene una muchacha, le dedica el tiempo que los otros le dedican al trabajo, a esa muchacha. Y esa muchacha es feliz, y el jovencito es feliz, hasta el día en que la muchacha y el jovencito se separan, y ella se casa, y él se enamora de otra muchacha que se llama Carolina...

Ahora llamaré a José para preguntarle qué está haciendo en casa de Julia. Así que me levanto de la silla y marco los números. Luego el rruuuuuu, y alguien responde:

—¿Aló?

Es Julia.

—¿Qué hubo, Julia? ¿Cómo estás?

—Ah. ¿Eres tú? Qué hubo... ¿Quieres hablar con José?

—Por favor.

—Un momentico.

(Necesito saber qué están haciendo.)

—¿Qué pasa?

—Te llamaba para preguntarte algo. Y no te calientes, por favor: ¿qué están haciendo ahora?

—Oyendo discos.

—¿Seguro?

—Mira, imbécil. Deja de fastidiar, ¿quieres?

Cierra. Así que vuelvo a sentarme frente a la máquina y escribo: José y Julia no me ayudan a escribir la maldita novela. ¿Te das cuenta, Carolina?

Esta gente, definitivamente, no quiere ser alegre. Si siguen siendo los idiotas de siempre, terminará siendo la novela la cosa más fastidiosa del mundo. ¿Qué puede contarse? ¿Qué puedo contar de mí, Carolina? ¿Será interesante esa fiesta? ¿Esa bendita fiesta de Marcos? ¿Iré? ¿Saldrá algo bueno?...

No lo creo. Por ahora sigo con José. O con Jania. O con quien me dé la gana. Hasta tengo unas postales de París y de Londres, y de las islas del Sur, por donde vivo imaginariamente maravillosas aventuras con japonesas y gringas enloquecidas. Es algo extraordinario. Pero termino asqueado. Asqueado de pensar y pensar, y de soñar, y de seguir horriblemente enjaulado en este cuarto. A propósito del cuarto: mamá cree que yo estoy en

casa de unos tíos de José. Cuando la recuerdo se me amarga la garganta, porque no estoy acostumbrado a mentirle. No sólo se me arruga la garganta. También me ocurre algo extraño: no me siento aquí. No me siento en ninguna parte. ¿Me oyen?... No he debido mentirle. No me gusta mentir. Uno termina por convertirse en un fantasma. Cuando pienso en esto seriamente, veo que la novela se ve amenazada con un final al doblar la página. Interrumpo el libro para llamar a Lagartija:

—¿Aló? ¿Está Lagar?

—Sí, sí está.

—¿Me lo puede llamar?

La empleada me dice que sí, y en segundos la voz de Lagar:

—¿Qué hay?

—Aquí —le digo, y un silencio. Luego yo:

—Mira. ¿Qué estás haciendo?

—Nada.

—¿Pero qué estabas haciendo?

—Leyendo muñequitos. *La pequeña Lulú* —se ríe—. ¿Por qué?

—Por nada. ¿Y qué hay para esta tarde?

—No sé, ni siquiera puedo sacar a Betty

—¿Aló?

—Que ni siquiera puedo sacar a Betty.

—Ya te oí —le digo y escribo «ya te oí». A veces he preguntado tres veces lo mismo para poder escribir la primera respuesta. Hay silencio, y le digo a Lagar:

—Oye, Lagar.

—¿Qué hay?

—¿Puedes esperarte unos minutos? Necesito escribir algo. Tengo que anotar algo que se me puede olvidar.

—¿Por qué no llamas...?

—¿Cómo?

—¿Que por qué no llamas más tarde?

—Bueno. Claro.

Cuelga y yo también cuelgo. Fui hasta el *closet* (¿guardarropa?) de José y me traje una corbata. Con la corbata sujeté el auricular a la oreja, formando un anillo alrededor de la cabeza. De este modo puedo hablar por teléfono y escribir cómodamente. Antes de llamarlo te diré, Carolina, que Lagartija tiene una novia que se llama Nancy y una mujer que se llama Betty.

Lagar y yo somos en cierto modo víctimas de esa raza divina. Él dejó los estudios. Yo también. Él está loco por Betty. Y yo por Carolina. En realidad con quien mejor me entiendo es con Lagar. Pero me resulta casi insoportable andar con él. Oigo a un profesor, a mi padre, a mi madre:

—Si sigues así...

Veo mi ruina en su ruina. Mi fracaso universitario en el suyo. Y lo que es peor: él por lo menos tiene a Betty. Y se acuesta con ella. ¿Me oyes, Carolina? Yo no te tengo a ti, y ni siquiera te he besado. Pero es casi lo mismo. Ayer, por ejemplo, antes de ir a la playa, estábamos caminando por Sabana Grande y le digo:

—Oye, Lagar, ¿vamos a seguir caminando?

Entonces Lagar me dice:

—Ya vas a ver. Espérate un momentico. En cinco minutos paramos algo.

Lagar está convencido de que sus anteojos negros para el sol son la trampa perfecta. Que las mujeres se le pegarán como cadillos. Que no resistirán, que llorarán por él en la noche y se arrancarán los pelos en la mañana y siempre, siempre, como siempre, terminamos arruinados de tanto sol, de tanta caminata, de tanto darle a la lengua hasta que se sentó al frente de mí, con la cara deshecha, y me dijo:

—Qué fastidio.

Recuerdo que le dije:

—Lagar. Oye, Lagar, dime una cosa. En serio: ¿qué piensas hacer en tu vida?

—¿Cómo?

—¿Qué piensas hacer en tu vida?

Siempre que se lo pregunto, me detesta. Él no sabe que, cuando le hago esta pregunta, en el fondo me la hago yo a mí mismo. Porque sencillamente no sé, aún no sé cómo respondérmela.

—¿No tienes otra cosa de que hablar, vale?

—Te veo muy mal, viejo —le dije hablando con un tonito de hombre casado con barriga y ocho hijos—. Te veo perdido. En serio. Te lo digo porque la verdad, Lagartija, es que no estás haciendo nada. Que si Betty, que si el *Hipopótamo*. Que si no sabes dónde meterte con ella. ¿Te das cuenta? Dime una cosa: cuando Betty te dé una patada en el culo, ¿te vas a suicidar? En serio. ¿Por qué no me respondes?

A todas estas, Lagartija le daba vueltas al cenicero, me miraba, se quitaba el mechón que se dejó para parecerse

a los *Beatles*, y después daba tres golpecitos con el dedo sobre la mesa:

—Qué fastidio.

—¿Sabes por qué te lo digo? Porque, en el fondo, siempre le huyes a ese diablito: la Universidad. Tu familia. El trabajo. La misma Nancy... Exactamente... Nancy. ¿Has pensado en ella alguna vez? ¿Has pensado en serio en ella?... ¿Ah?

Y Lagartija y que:

—Deja la musiquita, por favor.

Y lo cuento, Lagartija, porque era a mí a quien interrogaba y torturaba estúpidamente con estas preguntas. Porque sencillamente estoy aterrado, como lo estaba ayer, de pensar en el futuro. El maldito futuro. Porque no sabía, como no lo sé hoy, qué diablos hacer conmigo, ayer, hoy y mañana. ¿Me entiendes?

Recuerdo que pagamos y nos fuimos nuevamente a Sabana Grande. Ahora Lagar no hablaba. Creo que me dijo algo así como:

—¿Por fin mañana hay bonche?

Y algo así como:

—¿Cómo te va con Carolina?

Hasta que no aguanté más y le dije:

—¿Sabes lo que te va a suceder a ti, Lagartija? ¿Lo sabes? (Él, interrumpiéndome siempre con un: déjalo ya, por favor.) Te vas a convertir en un pobre oficinista. Un oficinista frustrado, con una mujer odiosa, porque ninguna mujer decente y elegante querrá casarse con un miserable oficinista como tú. Esta es la pura verdad.

De repente Lagartija me gritó:
—Déjame en paz.
Con un grito que paralizó a los cuatro imbéciles que caminaban delante de nosotros, se perdió y yo me quedé riéndome, hasta que regresé al departamento, y para colmo tuve que esperar como media hora en la puerta porque José estaba con Julia, y ni siquiera pude oír música como gente decente, porque José estaba con Julia en la sala y yo tenía miedo de fastidiarlo en algún beso, y me encerré en el cuarto, y me tomé media botella de ron, y escribí cinco poemas sobre la muerte, y me eché en la cama y pensé en Carolina, y llamé a Marcos y le dije:
—Por favor, Marcos. Vamos mañana a la playa.
Y Marcos pasó hoy a buscarme, en la mañana.

Dejo las teclas y hago girar el disco perforado. Me atiende Lagar:
—¿Qué te pasó, vale? —parece que está picado.
—Nada —le respondo, y me dice:
—Bueno. ¿Qué quieres?
—Primero que nada, habla poco a poco. ¿Me oyes? Poco a poco.
—¿Pero qué pasa, vale?
—Nada. Lo único que te pido es que hables lentamente. Habla como si estuvieras deletreándome un nombre sueco. ¿Me oyes?
—Sí. Te oigo. ¿Pero qué pasa?
—Después te lo digo. Ahora fíjate. Primero dime qué hiciste en la mañana de hoy.
—Nada.

—¿Cómo?
—Que nada.
—¿Y después?
—¿Después de qué, idiota?
—Supongo que hiciste algo, ¿no?
—No. No he hecho nada.
—Pero, imbécil, supongo que desayunaste, ¿no?
—Sí. Como a las once. ¿Pero por qué hablas tan lento?
—Después te lo digo.
—¿Por qué se oye la máquina? ¿Lo estás escribiendo?
—Sí
Se ríe.
—Qué loco, vale.
—Bueno. De acuerdo. Pero dime (risitas). Dime qué hiciste en la mañana.
—Nada. Ya te dije que nada.
—¿Y qué vas a hacer ahora en la tarde?
—¿Cómo?
—¿Que qué vas a hacer ahora en la tarde?
—No sé... No tengo plata. No tengo ganas de hacer nada. ¿Por fin hay fiesta mañana?
—Espérate. Tengo que escribir poco a poco. Ajá, ¿qué dijiste?
—Que hablé con Kika. Me dijo que iba a ir al cine.
—¿No te dijo con quién?
—No. No se lo pregunté. Supongo que es con Julia.
—No creo.
—¿Cómo?
—Que no creo.
—Imbécil. No grites tanto.

Silencio. Por fin habla.
—Oye, ¿tú?
—Creo que me voy a quedar en el departamento.
Silencio.
—Bueno. Chao. Voy a ver si consigo un fuerte para ir al cine. Te aviso en el caso de...
—Okey.
—Chao —me grita.
—Chao —le respondo, cuando ya ha cortado, y la línea hace puup, puup, puup, y yo también cuelgo. Creo que Lagar todavía está molesto conmigo. Lo digo por su silencio. Estoy seguro que lo hizo adrede. No quería contarme nada, y es de los que hablan. Ahora no sé qué voy a hacer. (Dije: «Qué voy a ser», y no «Qué voy a hacer». Hay una gran diferencia entre las palabras que salen por la boca y las que se escriben.)
Después que terminé de escribir llamé a Carolina. Pregunté:
—¿Está Carolina?
Pero me salió la vieja:
—¿Quién la llama?
—Es Marcos —le mentí.
—¿Quién?
—Marcos, señora.
—¿Cómo dice? —creo que la vieja es sorda. O quizá era yo que le hablaba demasiado lento, como quien no quiere darle importancia a la cosa:
—Marcos, señora. Es Marcos.
—Ella no está.
—¿Seguro? ¿Seguro que no está?

—¿Cómo dice?
—No. Nada. Le da las buenas noches —le respondí y me salió la risita nerviosa que siempre aparece cuando meto la pata. Me estoy riendo ahora. ¿Por qué tendré que meter la pata siempre que llamo a Carolina? ¿Por qué no podré hablar serenamente, Dios mío? Me río. Lo confieso. Me estoy riendo y tengo unas ganas de llorar enormes. De sólo pensar en el fastidio que me espera, me provoca echarme por la ventana. Qué vaina. Ni siquiera sé la hora. La llamada a casa de Carolina la hice hace como diez o quince minutos. Tendré que esperar veinte minutos más para repetir la llamada.
Ya llamé. Esta vez me atendió Juna. Juna es la sirvienta. Además es la gallega más bruta que hay en este mundo. Es sencillamente una bestia. Imagínense que llamo y pregunto:
—¿Está Carolina? —todo chorreado, ¿no?, y esta mula me dice y que:
—Ella no está pero si quiere hablar con la mamá, puedo darle el teléfono a ella.
Tranqué y me fumé cinco cigarrillos seguidos. Que si quiere hablar con la mamá. Francamente. A veces viene y te dice:
—Ella no está, pero ya regresó y no puede hablar con usted porque está en el baño.
Supongo que tendré que seguir escribiendo. ¿Pero de qué? A menos que escriba de Jania. Exacto. Escribiré de ti, Jania. Escribiré de ti hasta que me caiga en el suelo hastiado de todo. Antes me echaré un rato en la cama porque me duele horriblemente el cuello y la espalda.

A propósito de escribir, debe ser dificilísimo para esos pobres infelices hacer una novela. Ahora me doy cuenta. Lo digo a propósito de lo que debe contarse y lo que debe olvidar un escritor. Lo que quiero decir, a ver si alguna vez me explico como Dios manda, es que ignoro lo que debe darse lugar en las páginas y lo que hay que dejar a un lado. Supongo que debe ser lo más importante de la vida. Pero, entonces, ¿qué es lo más importante de la vida? Ya no lo digo por lo de la novela. Lo digo por mí. Lo digo porque me ocurre que no sé qué debo tomar de la vida. Lo digo porque no sé qué es más importante, en serio, si el árbol que está frente a mi casa o la calentera de la playa. Supongo que lo de la playa. Pero, bueno. Supongo que tampoco es importante. Y ya estoy cansado de escribir la palabra «importante». Cuando repito demasiado una palabra, termina por hastiarme de tal manera que todas las palabras me parecen un asco. Recuerdo que cuando escribía el diario, cuando me dio por y que escribir el diario, yo quería escribir de tal manera que necesitaba sentir el árbol. Necesitaba verlo en el papel, pero eso es dificilísimo y tenía que repetir y repetir una frase hasta que sentía que las palabras olían a rata podrida y todo me daba asco. Yo creo que se debe a que tú quieres meterte en la palabra. O sea que necesitas recordar el árbol tan bien, que pueda imprimirse el sabor de árbol, y para lograrlo debes meterte a ti dentro de la palabra, y si repites mucho la palabra, se machuca tanto que no queda de ella más que una cosa aplastada. Una cosa estropeada que no significa nada, y como tú estabas dentro de la palabra, te machacabas

y quedabas tan destrozado como el sentido que tenía. No sólo el contenido de la palabra se evapora, sino que te evaporas tú con ella, y todo lo que tú eres. Se los cuento porque ninguno de ustedes ha intentado estúpidamente, como yo, escribir un diario o una novela. Y ahora, en cierto modo, lo comprendo: nosotros no somos personajes extraordinarios. Entiendo que escribir de ustedes resulta tan fastidioso como conocerlos, pero les explicaré por qué necesito escribir esta novela. Carolina llegó hace unos quince días de España y lo primero que me hizo al verme fue preguntarme:

—Oye... ¿Y qué estás haciendo?

Y yo no supe qué responderle. Desgraciadamente, llegamos al tema de la Universidad y me vi obligado a confesar que me habían raspado. Si hay algo en esta vida que detesto es la compasión, y Carolina puso una cara de «Pobrecito, lo rasparon», que no la ahorqué porque Dios es muy grande.

Le dije:

—Es que dejé los estudios para escribir una novela.

—¿En serio?

—Sí. Palabra.

—¿Y podría verla?

Y comenzó todo. Que si:

—¿Puedo verla?

¿Comprenden ahora? Quizá esta noche, o mañana, Lagartija estrangule a Betty. O José se meta a bombero. O a Julia le dé por caminar en dos manos. En todo caso, una buena ocurrencia, pero lo dudo profundamente. Estoy tentado a llamarlos para informarles de mi novela.

Estoy tentado a gritarles: «Imbéciles, si no me ayudáis a realizar vuestra novela, os transfiguraré y seréis lo que yo quiero que seáis, malditos. La culpa de ese bostezo será vuestra. Y no sólo la novela será un fracaso, sino vuestras vidas, perros mantecudos, y el interés de cada uno de vosotros, en el uno y en el vosotros». (Y ni sé lo que dije. Pero salió lindo.) En serio. Fuera de bromas. Estoy a punto de escribir de lo que me dé la gana. Lo malo, como ya les dije, es que no me gusta mentir. Y tampoco me gusta estar escarbando en el pasado. Termino por espiar las moscas. Me quedo volando. Me quedo recordando y recordando episodios desorganizados que sólo servirían para un cuento de los que se escriben hoy en día, que no son más que larguísimos crucigramas, que sólo pueden ser entendidos por el infeliz que los parió. En serio. Palabra de hombre que me parece una canallada. Un acto mezquino, un egoísmo sin límites, eso de estar fabricando estilos o rompecabezas para dárselas de brillante o superoriginal. A veces (porque no es la primera vez que ociosamente pienso en estos asuntos) creo que se trata de no tener ya nada que contar.

Creo que hace millones de años la gente necesitaba contar algo. Quiero decir: el escritor, cuando se ponía a escribir, quería decir algo, contar algo. Y bueno, eso está muy bien. Posiblemente era un extraño fenómeno que había presenciado y necesitaba transmitirlo a sus semejantes; luego los semejantes (que por supuesto no lo eran tanto, ya que no habían sido capaces de sentir o pensar o presenciar lo mismo) lo leían y se quedaban muy contentos con la información del escritor, ¿no? Pero llegó

el día en que al escritor le importó más la forma de contarlo que lo que podía o no contar, y se puso con jeringas, y tijeras, y a cambiar una palabrita para acá, y otra más arriba, y bla-bla-bla, hasta que llegamos a nuestro siglo y todo lo que se escribe es un asco. Por supuesto que no todo. Además, yo no leo tanto; más bien me es difícil leer. Le tengo a ratos el miedo hereje, porque siento que voy a sufrir toda una metamorfosis capaz de convertirme en monje o asesino. O sea que me pegan mucho las cosas. Pero, bueno. Eso es más o menos lo que quería decirte ayer, José, pero tú no me dejabas. Tenías que hablar del cine y terminaste por deprimirme. Te lo confieso. José me dijo que la literatura no servía para nada, que el cine era el único arte o medio de comunicación útil. En fin. Tiene sus ideas el muchacho. Ji-ji... ¿Y qué decía? ¿Qué decía? ¿Hablaba de quién? Ajá. Ya sé. Exactamente. La literatura también, también, sí. Exacto. Y bueno, eso es lo que yo creo de toda esa historia. Supongo que a Flautín le sucede lo contrario, ¿no? Flautín es del tipo de personas que son capaces de matar a la mamá por comprar el último éxito francés. Además le encantan esos libros raros de los que hablaba antes. Nunca podemos entendernos. Supongo que no sólo en los libros.

Quizá escribiendo de estos días pueda hacer más tarde una novela. El argumento sería el siguiente: Yo —así le doy un tonito siglo veinte—, un personaje que quiere escribir una novela, y para conseguirlo se marcha a casa del amigo. (José sería el amigo. Y no te calientes. Te trataré lo más generosamente posible.) Y escribe, o escribo,

mejor dicho, todo cuanto ve, observa, siente, durante los días que permanece en el departamento del amigo (José). Sería la novela de las vacaciones de esa gente (de nosotros, y no es coba, porque estamos en vacaciones). Y sería la novela de estos idiotas. Lo malo es que posiblemente vendría resultando la novela una idiotez cuádruple. Pero no hay que deprimirse. Flautín tiene razón. «Si vas a escribir, tienes que comprender que escribir es sufrir sin reposo.» Bravo, viva Flautín. Viva yo... Qué asco. Jania, Jania... ¿Me perdonarían mentir por cuatro páginas? Sucede que me siento triste. Entiéndanme. Quiero ver a Jania. Pero Jania está casada. Eso es lo malo. Cuando yo conocí a Jania, estaba soltera. Era una muchacha alegre. Feliz. Era tan feliz que no tenía tiempo para leer poemas. La he visto. Se los confieso. La he visto en la calle y está arrugada. Sólo han pasado meses desde la última vez que nos encontramos. ¿Por qué diablos tenías que casarte? Es cierto, mi pequeña ardillita, que yo me enamoré de Carolina. Pero por eso no tenías que casarte. ¿O te casaste porque tenías muchas ganas? Un día, recuerdo que un día, Jania me dijo:

—Estoy tan cansada de estas costumbres que me provoca salir a la calle y hacerme pasar por puta.

Así mismo me lo dijo, y lloraba. Ese fue un día que no la dejaron ir al cine conmigo. ¿Habrán sido las ganas? Jania, tú sabes que yo soy bastante ingenuo. Aún hoy me es difícil comprender por qué te casaste.

¿Me permiten mentir un poco? Lo único que haré es escribir imaginariamente de un encuentro con Jania como

si fuera la muchacha de antes. Como si estuviera soltera y alegre.

Me imaginaré una llamada telefónica y digo:

—¿Está Jania? —y me dicen:

—Sí, sí está. Espérese un poquito.

—¿Aló? —es Jania. Conozco su voz. Me gusta su voz. La saludo:

—¿Qué hubo, Jania?

—¿Es Corcho?

—Sí. ¿Cómo estás?

—...No tan bien como tú. ¿Qué te has hecho?

—Por ahí... ¿Pero qué vas a hacer esta tarde?

—Nada. ¿Por qué?

—Qué tal si nos vemos.

—Bueno. ¿Por qué no vienes?

—Okey. Ya salgo. Espérame... ¿Hay mucha gente en tu casa?

—No. No están. Salieron.

—¿Los Atilas?

—Sí.

—Okey. Chao.

Digo, ella dice:

—Chao.

¿Sería así?

O bien:

—¿Aló? —es ella.

—¿Qué hubo? ¿Qué tal, Jania? Es Corcho.

—Sí. Ya sé.

—¿Hay gente?

—No.

—Bueno. Allá voy.

¿No es cierto, Jania? Me acuerdo que antes de llamarla ya estaba ardiendo y el macho se erizaba. Apenas oía su voz, salía corriendo para su casa. Lo haré imaginariamente. Conozco el recorrido. Lo he caminado ya trescientas veces o más. Hay una casa con techos rojos que tiene un balcón azul. Hay una pequeña plaza donde a las siete de la tarde se sienta un anciano con sombrero gris. El anciano siempre me veía pasar. Yo lo miraba un poco. No mucho. El anciano cabeceaba, y yo lo saludaba militarmente, con una mano en la sien. ¿Se habrá muerto? La plaza. La casa del balcón verde. El jardín de tu casa. El perro de la casa de enfrente lamiendo su sombra, o el cemento. El saludo:

—¿Qué hubo?

Luego un abrazo. Nos sentamos. Nos besamos. Te retiras un poco. Yo vuelvo a abrazarte mordiendo tus labios. ¿Te acuerdas? Jania fue la muchacha que primero besé en mi vida. Jamás olvidaré esa tarde. En mi vida había temblado tanto. Eran sacudidas de huesos y nervios como para matarte. Fue un día maravilloso. Pero, bueno. Estamos en casa de Jania. Le veo sus piernas. Sus senos, que aún conservan restos de talco. Está recién bañada y es feliz. Tan feliz que provoca meter un gol. Jugar *ping-pong*. Saltar y guindarse de la lámpara. Pero me contengo. Jania se ha levantado a prepararme un café. Yo dejo el sofá y camino hasta el tocadiscos. Allí busco un disco de Vivaldi o de Harry Belafonte y hundo el botón donde dice *on*. El plato gira y la aguja entra en la ranura. Se oye *gruuuuuuuu* y al fin se oye

Deee Oooooo is e de eeee ooooooo. Regreso al sofá y el calipso me ayuda a esperar a Jania. ¿Qué hubiéramos hecho nosotros sin música?... Un minuto. Dos. Tres. Jania aparece y domina la sala. Mientras, yo le observo los dedos que se asoman sobre la suela de sus sandalias. Tiene las sandalias puestas. La camisa de hombre amarrada salvajemente sobre el ombligo. Está preparada. Apenas deja el café sobre la mesa del centro, regresa a mí y se sienta sobre mis rodillas. Le beso el cuello, los hombros.

—Por favor, Corchito...

La frente. Los labios. Las mejillas. Su lengua entra en mi boca y se enreda entre mis muelas. Ya no sé de mí. Pertenezco a un tibio cosquilleo que culebrea en mi vientre. Jania se separa y se acomoda el cabello:

—Oye, vale...

Reída. Feliz. Pero, Jania. ¿Por qué tenías que casarte? ¿Qué importancia tenía que yo amara o no a Carolina? ¿O es que esos ratotes no eran sabrosísimos? Lo malo, Jania, es que yo terminaba siempre con un dolor humillante en las que cuelgan y tenía que sacudirlo por mi cuenta. ¿Me oyes? Ni siquiera sé si a las mujeres les sucede igual. Interrumpiré mi imaginaria visita a casa de Jania para llamar a Julia.

—Julia...

¿No? A ver qué les ocurría a las mujeres cuando besaban demasiado y como única respuesta me dijo:

—Nos sentimos felices. ¿Por qué lo preguntas? Tú como que estás loco...

Después le pasó el teléfono a José y José me rogó que dejara el fastidio.

Recuerdo esa tarde, la primera que salí con ese extraño dolor. No sabía qué me ocurría. Pensé que se trataba de ganas de orinar reprimidas. Hice pipí, pero me dolieron igual. Mejor dicho: me dolieron muchísimo más. Llegué a casa desesperado y pensé que se trataba de una enfermedad grave. Palabra que no estoy hablando en bromas. Llegué a casa asustadísimo y estuve registrándome toda la noche. Al día siguiente ya no me dolían. Pero el dolor volvió, y convencido de que no tenía más de tres semanas de vida llamé a Marcos y se lo conté. Marcos se estuvo riendo cuatro horas seguidas. Hasta que me explicó que se llamaba «cojonera».

—Siempre pasa. Olvídalo.

Desde ese día yo trataba de evitar los besos demasiado largos. Y siempre terminaba con el maldito dolor.

Era horrible. Tenía que caminar como veinte cuadras con las patas abiertas y descansar cada tres segundos. ¿Te acuerdas, Jania? ¿Te acuerdas del día que me acosté en tu cama? Una tarde que habían salido los Atilas a comer a yo no sé dónde, Jania me pidió permiso para ir al baño y se encerró. Apenas entró en el baño me metí en su cuarto y me arropé bajo las sábanas. Cuando entró, se rió y le expliqué que tenía fiebre. Quería una aspirina y una pila de cosas más. Ella salió volando a conseguirme las asquerosas píldoras.

Cuando volvió a dejarme solo, me desnudé y volví a arroparme con la camisa y el pantalón bajo la cobija. Ella creyó que aún estaba vestido. Se sentó en la cama, me hizo beber un bendito té y se acostó al lado mío. Entonces, palabra que comencé a sentir fiebre de verdad

verdad. En serio. Estaba temblando, y goticas resbalaban de mi frente, y las piernas y las manos sudadas y todo el cuerpo sudando, y yo temblando, y era horrible. Recuerdo que le pregunté:

—¿Por qué no te arropas como yo?

Entonces viene y se acuesta y apenas me ve desnudo: Aiiiii. Pega tremendo salto, y se escapa. Me quedé riendo, pero Jania se negó a besarme durante tres semanas seguidas. Una noche le dije que si no me daba un beso me mataba. Ella se rió y yo le tiré la puerta. Inmediatamente corrió y se guindó de mi espalda. Entonces volvimos a ser felices hasta que apareció Carolina.

¿Te acuerdas, Jania, del papelito? ¿Lo cuento? Jania está unida a mí por las primeras noticias de la piel. Por placeres que antes soñaba solamente. En todo caso, por un montón de días felices por los que siento una profunda gratitud. Si lees algun día lo que ahora escribo, quiero que lo sepas, Jania: siento por ti, por tus manos y tus dedos (los dedos de salchicha, ¿te acuerdas?), una inmensa gratitud. Jania estudiaba conmigo y yo miraba su perfil en el inmenso ventanal que se abría sobre el Ávila. Fue el último año y el más soportable, por estar sentado junto a Jania y frente al ventanal. Yo miraba las nubes y los cerros, y de vez en cuando miraba la cara de Jania que me escribía alguna nota: «Idiota», y yo respondía: «Gracias», riéndonos aguantados, a fin de no levantar sospechas en aquel asqueroso salón. Después, los parques y los besos apurados. Después, siempre de prisa, los cigarros escondidos y las miradas sedientas

de labios. ¿Te acuerdas? Tan sabroso que era por ejemplo irse al parque Los Caobos y sentarse en el banco a hablar de la vida o de la muerte, o hablábamos por ejemplo del sexo y ella me contaba que cuando estaba chiquita se la pasaba soñando con el mar.

O tantas cosas... Como el papelito, por ejemplo. Exactamente. Y es que una vez le pasé un papelito que decía: «Quiero tocarte los senos». Y ella me respondió: «Grosero». Y a pesar de mi timidez, una tarde, cuando oscurecía, nos escondimos detrás de unas matas, en el Museo de Bellas Artes, y allí sentí, por primera vez, esos senitos cómodos y tibios. ¿Te acuerdas?... Qué bueno era. En serio. Qué días tan sabrosos. No es bueno recordarlo, Jania. En serio. No vale la pena porque estoy demasiado solo y me hace daño. Saldré. Estoy cansado. Estoy harto. Estoy cansado de todo.

No quiero hablar más de mí. Ni de ti. ¿Qué importancia puede tener para ustedes el hecho de que yo haya sido feliz?

Marco un número cualquiera y alguien chilla estúpidamente:

—¿Aló?... ¿Aló?... ¿Aló?

Le pego un grito y me quito el teléfono de la cabeza. Estoy realmente hastiado. Veré si me voy a Sabana Grande. A lo mejor me encuentro con Carolina. ¡Quién sabe!

Salí a la calle y me fui caminando hacia el *Café Castellino*. Cuando llegué, encontré ocupada mi mesa preferida. No sé si sabes cuál es, José. Me refiero a la que da

a la entrada del edificio. La que está arrinconada. ¿Sabes cuál es? Bueno, estaba ocupada y cuando me siento en otras mesas estoy incómodo, como pisando un terreno falso. Así que seguí hacia Sabana Grande.

Recuerdo que antes de llegar a La Gran Avenida vi a una mujer, una señora muy elegante paseando con un perrito. Parecía italiana o francesa y el cabello lo tenía muy rubio. Era una catirita bellísima. La seguí, y me metí con ella en una librería que queda por ahí. La mujer, la catira, se puso a hablar en italiano con la señora de la librería, y yo me quedé y que buscando una revista. Trataba de llamar la atención, y pensé que comprando una revista en francés el éxito sería cosa de segundos. La catirita italiana se largó y la señora que me ve con la revista:

—¿La quiere?

Me pregunta, ¿no?, y con una cara de infeliz que no podía con ella, se la compré.

—Muchas gracias, señora.

Le decía, y trataba de pronunciar *señora* con un acento extraño, de lo más cursi, y me fui desesperado, con la revista y sin la catira, y para colmo, ni siquiera pude aprovecharla porque la revista era francesa. Después de ver las fotos la eché en la calle y un limpiabotas la recogió asustado.

Lo divertido es que por diez minutos más seguí hablando y cantando para mí y que en francés. Tú sabes. Que si:

—*Le mondé, eté si yoliii e tua tu se si belé e le petit nubé que volé per le cielé...* ¿no?, y me sonaba lindo.

Tan bonito que se me quitó el mal gusto de mi fracaso con la catira. Caminaba y miraba a la gente como un turista recién llegado al país. Llegué a preguntarle a un pobre señor por la «Centrrrrro» de la ciudad mirando hacia todas partes y el pobre hombre como que no me creyó la cosa, porque ni siquiera me respondió. Bueno. Magnífico. No era francés. *Okey*. ¿Y qué?... ... ... ¿no?, y seguí mi marcha un poco tristón.

Bueno. Siempre que llego a Sabana Grande, camino como un desgraciado desde Chacaíto hasta el cine *Radio City*. Esta tarde hice lo mismo. Me fui silbando y silbando y viendo las vitrinas y fumando y silbando y silbando... Ajá. Me metí en la librería Suma. Recuerdo que entré y pregunté por una novela de un tal Godikenz, que ni yo sé dónde diablos nació, es decir: es un novelista inventado por mí, que me permite permanecer minutos en cualquier librería más o menos seria, sin necesidad de dar una puya. Esta tarde, me dije, entré y pregunté por Godikenz. El señor, muy amablemente, se quitó el cigarro de la boca, y me respondió:

—No... Creo que no lo tenemos...

—De todos modos, muchas gracias.

Le dije y seguí olfateando las cubiertas de los libros recién llegados. Había por montones. Provocaba tumbar el estante y nadar entre millones y millones de páginas. Por cierto, a propósito de la librería, siempre que entro, confieso, José, que me veo retratado en millones de periódicos, y las muchachas corriendo alocadas por las calles con mi novela, mi monstruosa novela de mil páginas bajo el brazo. Siempre que lo pienso me siento después

más solo que antes de pensarlo. Lo que quiero decir es que después que soy famoso, que viajo, que me reciben en puertos y avenidas, que me invitan escritores como Miller, Hemingway, Pavese, Lawrence, Salinger, Camus y un montón de escritores más, la gente en la calle ni siquiera se detiene a mirarme. Lo que quiero decir es que lo imagino tan bien que en segundos estoy en playas con una larguísima pipa, por ejemplo, conversando con Henry. Hasta lo llamo Henry, como si fuera hijo mío. Conversamos tranquilamente y bebe cerveza, con overol y un parche marrón en la rodilla. No sé por qué me imagino que Miller debe andar con overol. Me sentiría enormemente decepcionado en caso contrario. Palabra. Y pueden pensar lo que quieran. También hablo con Ernest, al lado de un río, y su esposa, una rubia barnizada de sol, se sonríe cuando pincha un trocito de carne junto al fuego. Yo sé que Hemingway murió. Pero de todos modos me imagino muy bien el río. Su barba. Su escopeta. Nuestros excelentes disparos en el ojo izquierdo de un león. Y soy feliz. Pero después salgo de la librería, y camino ridículamente solo al lado de cientos de infelices que me ignoran.

He llegado a soñar cosas horribles, pero horrendas, sobre asuntos parecidos. Hace unos días, después que hablé con Carolina, soñé que entraba en la librería Suma, y apenas me paraba frente al estante reconocía mi diario. Lo tomaba aterrado y leía la primera fase: «Estoy en el cuarto. Me volví tren». Que así comienza, y le pregunto al señor que atiende ahí:

—Dígame, por favor. ¿Quién es el autor de este libro?

Y el señor me responde:

—Fulano de tal, muerto hace siglos.

Imagínense. Y no es mentira. Sinceramente lo soñé. Y cuando me levanté estaba sudando de pies a cabeza. Y me sentí tristísimo, hasta que por fin me acordé del sueño, y me sentí un poco mejor.

Después que entré en la librería, seguí por la misma acera en busca de alguna aventura para la novela. Miraba a las muchachas que estaban lindas, y recordaba a Carolina. Cuando era más bonita que Carolina, me olvidaba de ella y me sentía mejor. Pero es muy difícil encontrar una muchacha más bonita. Creo que la muchacha más bonita que hay en este país es ella. Cuando la conoces te parecen el resto unas cucarachas podridas. Lo mejor de todo es que antes de conocer a Carolina, las muchachas bonitas me hacían daño. Yo salía como hoy a la calle y si tropezaba con una muchacha muy, pero muy bonita, regresaba aplastado a casa. Esta tarde me sucedía lo contrario; quería ver a alguna mujer despampanante para salir del desagradable recuerdo de la playa. Pero es difícil. Dificilísimo. Me acuerdo que me encontré una que estaba muy bien. La seguí y estaba dispuesto a hablarle. Una vez lo hice y la mujer ni siquiera, pero ni siquiera me oyó. Fue horrible. Bueno. Y como dije, me encontré con una que estaba muy agradable, y la seguí. De repente la mujer se dio vuelta y caminó en dirección contraria. La cara era espantosa.

Después pasé entre unos tipos que estaban en frente del *Piccolo* y me molesté, porque los tipos se reían, y sentí que se reían de mí. Son unos malditos degenerados

que están todo el día en la calle. Siempre que voy a Sabana Grande los veo en el mismo lugar. Supongo que son chulos. Lo peor es que si tú vas con una muchacha, te la miran como si quisieran arrancarle las nalgas. Palabra que es realmente desagradable. Una tarde tuve que caminar en zig-zag de una acera a otra y todo para evitarlos. Recuerdo que Jania me decía:

—Pero, vale, ¿qué te pasa?

Riéndose, ¿no?, y yo por supuesto no le expliqué lo que ocurría. Tal vez tenía miedo a que me considerara cobarde. Seguí silbandito, y de vez en cuando me detenía estúpidamente a mirar una vitrina. Veía trajes y chaquetas, y me vestía con maravillosas combinaciones para caminar con Carolina a la orilla del mar. Eso también termina por hundirte más. Apenas te ves en un espejo, encuentras tus pantalones arrugados, los zapatos gastados, la camisa quebrada en el cuello. Te sientes el tipo más asqueroso del mundo.

¡Qué diablos! Caminé. Vi las vitrinas... ¡Ah!... Y por fin la vi. Quiero decir que vi una negra bellísima. Es la negra más bella que hay en este mundo. Es una negra sencillamente insuperable. Un día te hablé de ella toda una tarde, José. Es la que yo llamaba: «Parapara». Porque tiene los ojos como dos paraparas. Es impresionante. Imagínatela: primero, como dos metros de altura; segundo, unas piernas firmes, sólidas; después, una carita dulce, dulcísima, y ¡qué diablos! Es buenísima.

Bueno. La negra caminaba delante de mí, y yo la seguí. No es la primera vez que veo a esta mujer. Siempre que la veo termino tristísimo. ¿Por qué no podré yo

tener una amiga, una novia como ella? Bueno. La seguí. Recuerdo que la gente se detenía al verla pasar. Y es que es algo realmente maravilloso. Por fin llegó a una esquina, que está frente a no sé qué banco, y cruzó a la otra acera. Los carros estaban parados porque el semáforo estaba en rojo, pero cuando yo fui a cruzar la calle, se me vinieron encima y de casualidad no me mataron. La negra tomó ventaja, y yo apuré el paso hasta que volví a guardar distancia de tres o dos metros cuando mucho. A veces se inclinaba a ver una vitrina con ropa de mujer, o se sonreía por un buen piropo.

Un tipo le dijo y que:

—Negra bella. Mi amor.

Y ella se rió. Yo nunca podré soltar nada simpático a una mujer. No me atrevo. Confieso que soy demasiado tímido para estas cosas. Cuando el tipo le echó el piropo, y ella se rió, me sentí más pequeño y más débil de lo que estaba. Pero de todos modos la seguí. Ella se paraba, sonreía. Miraba hacia la gente. Y hasta me miró. Supongo que me miró porque la seguía o a lo mejor por coincidencia. O quién sabe. Pero me miró y se me hundió la barriga. Bueno. Total que siguió andando y por fin se metió en un café que está muy cerca de la *Cervecería Alemana*. Es un café que tiene las mesas adentro, José. Un día que estábamos ahí, nos encontramos con Nancy, ¿te acuerdas? Bueno. Yo también me metí en el café y me le senté al frente. La negra abrió la cartera y se miró la cara en un espejito. Después sacó la pintura de labios y se retocó un color rosado pálido que le quedaba muy bien. Y después llamó al mozo y le pidió una *Coca-*

cola. El mozo se me acercó a mí, ella me miró, y pedí un chocolate. Si hubiera estado solo, no se me hubiera ocurrido jamás pedir una cosa así. Que si chocolate. Pero es que estaba nervioso. En serio. Bueno (supongo que en el caso de que esto fuera una novela habría que hacer punto y aparte, ¿no?).

La negra esperó su *Coca-cola* y creo que se fumó un cigarro, pero no estoy muy seguro. Lo que quiero, José, es que te imagines bien esos ojos. Palabra que es algo sencillamente maravilloso. Son como dos lagunas de miel negra. Y no son ganas de hacer frases bonitas. Es verdad. Son como dos profundos lagos de miel negra, donde tú te sumerges y te sientes feliz.

Lagunas de aguas tranquilas. Buena gente. Dos lagunas amigas que te lavan el cuerpo y las manos y los ojos. Y ves pichones que se elevan del agua. Pichones que vuelan y parpadean en tu piel. Y sientes en tu piel las alas tibias. Y cuando los pichones te han mojado, regresan a las lagunas profundas y allí se quedan dormidos.

Es difícil. Es muy difícil hablar de estos ojos. Pero yo quiero hablar de ellos, porque esta tarde, heroicamente, me sentía feliz de sólo mirarlos. Y puedes compararlo con lo que más gustes, José, pero en todo caso piensa, trata de sentir esa temperatura mansa. Piensa que no todo el mundo está cargado de ternura en los ojos. Y que es muy difícil hallar ojos parecidos. Tú al verlos te sientes como nuevo. Como si te limpiaran por dentro al mirarlos. Como si te cubrieran de brisas y paños empapados de quietud. Es algo sencillamente maravilloso. Justo cuando salió, pagué volando, y salí disparado, a ver si le hablaba

de una vez por todas. Corrí un poco, y después seguí normalmente, paso a paso, un poco aprisa hasta que le llegué al lado. La negra me miró y siguió de perfil a mí. Tenía pánico. Confieso que estaba aterrado, pero cogí aire, lo solté y le dije:

—Señorita —desentonado; aterrado—: Señorita, por favor.

Ella me miró y siguió caminando. Ya no aguantaba el temblor. Es algo horrible.

—Señorita, perdón. Un segundo...

Hasta que al fin disminuyó la velocidad, metió cambio a segunda y se frenó:

—¿Qué quiere? —me dijo fríamente.

—No. Nada. La hora.

—¿Cómo?

—La hora. Quiero saber la hora. —Imagínense.

—Son las cinco.

Me respondió, ¿no? Por estar cuidando mucho el paso, tropecé con un parquímetro y me maté. La gente riéndose, una loquita a carcajadas, yo a punto de soltar el llanto... Bueno. Me levanté y me fui al cine *Las Palmas*. Es algo sumamente desagradable que ocurran estas cosas. Pero también es estúpido que uno tenga que esperar las fiestas o la ayuda de un amigo o amiga para poder conocer a una muchacha. Y eso que ella no es una muchacha, ¿no? Sino una mujer. Y así y todo, fíjate, Lagartija, cómo se portó. Debe estar convencida de que se escapó algún loco por ahí. Lo peor de todo es que cuando se pela una vez, te convences de que la segunda tentativa será irremediablemente un fracaso.

Ahora, José, imagínate que te sientas en tu butaca, y delante de ti ves cabezas y al frente una tela blanca. Miras la tela blanca unos minutos hasta que la sala se oscurece. Te sientes mal. Te sientes mal todavía, pero, cuando comienza el noticiero, comienzan a pasar escenas de las películas que vendrán. Y te dices:

—A ésta vengo.

O te dices:

—Ésta debe ser malísima.

Y al fin aparece el título de la película que has venido a ver. Luego ves los nombres de los actores y te alegras de reconocer a dos que ya consideras de tu familia. Pero, bueno. Después que pasan los nombres, ves cabezas que pueden taparte, te acomodas y respiras hondo.

Entonces ves una ciudad con edificios viejos y calles por donde caminan hombres, mujeres y niños. Un tipito se encuentra con una mujer y después de hablar cuatro palabras, pagan y de ahí van directo a la cama. Cuando terminan, la invita a una fiesta y ella acepta. Mientras recorren la ciudad encantada, le dice algo así como:

—Te amo, Pierre. Tú lo sabes. Estoy enamorada de ti. Tú lo sabes. Oh, Pierre, no me destruyas.

Para colmo, llora. Le salen lágrimas. Mira hacia el cielo, y te mira. En ese momento te pasas los dedos por tu mostacho, que no sabes en qué momento te ha crecido, y le dices:

—Mi pequeño animalito. Mi pequeño amor. Sonríe, por favor. —Y de casualidad no te matas, por estar hablando con Paula, porque así se llama tu amiga. Continúan en el deportivo, y oyes que Paula te dice:

—Por favor. No me destruyas.

Así mismo:

—No me destruyas, Pierre.

Y al fin llegamos a la fiesta. En realidad no sé si es mi casa o la suya. Pero no tiene importancia. Es una casa grande. Con ventanas. Cuadrada. Pesada. Frente a la casa está la calle. Y en la calle está el deportivo por donde me bajo. Bajándome del deportivo veo el río, un río que he visto en otras oportunidades. Un río tranquilo. Dulce. Le digo a Paula:

—Ven. Límpiate los ojos.

Y como siempre, saco un pañuelo muy blanco de mi traje gris, y se lo entrego. Ella se pasa el pañuelo por los ojos, sonríe y cierra la puerta de mi deportivo blanco. Al llegar a la puerta aprovecho y le doy una nalgada. Después de la nalgada, sin saber cómo ni cuándo, pego un brinco, y de pronto me encuentro pasándome los dedos por mi mostacho. Hay dos viejos y otra mujer que no sé quién es, ni cómo apareció a mi lado. La mujer me mira. Yo sigo pasándome los dedos por mi mostacho. Y paf, desaparezco. Frente a un espejo llora mi pequeña Paula. Como un fantasma, me veo retratado en el espejo, con la cabeza muy pequeña, y al lado de mi cabeza la cara de Paula, triste, muy triste, que me mira.

Yo estoy con una mujer llamada Judith, y Judith se sonríe y la acompaño a un sillón que, a pesar de que es gris, como yo y todo el mundo, lo veo amarillo. No sé por qué lo veo amarillo. Pero no importa, Judith se sienta en el sillón y cruza las piernas. Resulta que Judith es amiga mía desde que estábamos chiquiticos. Me paso

el dedo por el mostacho, me quito el mechón, y así mismo, sin tanto escándalo, la beso en los labios:

—Ladrona.

Le digo, y Judith vuelve a sonreírse con su vaso.

Ahora desaparezco. Sé que Paula está frente al espejo. No sé de dónde diablos la estoy viendo. Pero la veo. Y tiene la cara triste.

Y los ojos tristes, y mi pequeña Paula dice:

—Estás vieja, mi pequeña vagabunda. Los años te han envejecido. Trata de sonreír ahora. Inténtalo. Aún no tienes la piel podrida. —¿Se dan cuenta? Como tengo diez mil ojos y diez mil pies, termino de oír sus palabras, que salen de su boca en letras blancas y, para colmo, terminan por plancharse mágicamente sobre su falda.

En el espejito nuevamente yo. Yo que camino. Yo que me paso el dedo por el mostacho. Y que vuelvo a darle otra nalgada:

Ella. Mi pequeña Paula.

—Pierre.

Y yo:

—Ven.

Paula obedece, y paf, ya estoy desnudo. Es algo maravilloso. Paula fuma, y yo miro el techo. Paula bota el humito muy cerca de mi brazo, y yo entonces la beso y le cubro su seno blando con mi mano peluda. A pesar de que estoy de espaldas, me veo mi espalda y le beso las piernas, y además, como si fuera poco, logro ver la lámpara. Es algo sencillamente increíble. Cuando termino de besarle el cuello, Paula me dice:

—¿Por qué? ¿Por qué, Pierre?

Y yo que soy brillante, inteligentísimo, le digo:
—Enero.
Así mismo.
Y paf, estoy en la sala rodeado de gente con un vaso en la mano. Mientras lo veo, un noble calvo me llama hijo y me da una palmadita en el hombro. Yo lo beso, y paf, en el carrito.
—Es tarde —le digo a Paula.
—Lo ha sido siempre, Pierre.
Me dice Paula. Y ahora estoy viajando por una carretera y es de noche. De repente veo las hojas de un árbol. Y entre las hojas un pequeño pájaro que salta. Le veo las patas. Y las alas. Y estoy tan cerca que puedo romperle sus desnutridos tobillos. El pájaro salta y yo caigo sobre un césped. Sin embargo, no me mato. En realidad no me lancé del árbol, porque estoy en un campo abierto. Los árboles se ven lejísimos. Tampoco es de noche. Paula está acostada como un tronco y millones de mariposas azules vuelan sobre su nariz. Me río y ella ríe.
Me dice:
—Pierre.
Yo sonrío. Pero cuando voy a abrazarla, justo al pasar mi brazo sobre su cuerpo, casi oliéndola, sintiendo su piel, su maravillosa piel, me resbalo de la pantalla, caigo del campo al vacío oscuro de la sala, vuelo por encima de cabezas negras y doy conmigo. No entiendes nada: Carolina en la playa. No entiendes nada. Mi rodilla. La butaca de enfrente. Permiso. No entiendes nada. Y al tocarme el labio inferior, ya en la calle, camino a *Castellino*, siento que ya no soy el mismo, que esa

voz, la mía, la playa, han conseguido que vuelva a tener noción de mí mismo, y una gran tristeza se apodera de mí, y me acompaña entre los gritos, las cornetas y los horribles edificios del *Café Castellino*.
Media hora o quince minutos después de morir en la mesa llamé a Marcos, pero Marcos no estaba. Después llamé a Lagartija y tampoco estaba. También llamé a José, pero José no se molestó en tomar el teléfono. Creo que de la desesperación me llamé a mí mismo a casa, y antes de que me respondieran tranqué y me senté de nuevo en la mesa. Estaba completamente desesperado. Estaba tan loco, tan perdido, tan qué porquería es todo, que lo único que se me ocurrió fue escupirme los zapatos. Pasé no sé cuánto tiempo en ese plan. Entonces me dije: si la pelotica de saliva toca el cuero, Carolina te desprecia. Si no toca, llega al suelo, te ama, y en este momento acaba de llegar a su casa. Junté los pies, abrí las puntas, dejando unidos los talones, y escupí. Llegó limpia, y pinch, justamente entre las suelas. Pero sentí que había hecho trampa. Así que junté los tacones, y con un ángulo dificilísimo, respiré hondo, solté la segunda bomba, y pinch, tampoco toqué cuero. Así que cogí el teléfono y llamé.
—¿Aló?
—Soy yo —le dije a la señora.
—¿Quién?
—Marcos, señora. ¿Está Carolina?
—Ella no está.
—Gracias, señora. Muy amable.
—¿Quiere dejarle dicho algo?

—No, señora, muchas gracias.

Y justo cuando cuelgo, le doy un codazo a la niñita. No sé en qué momento apareció bajo mi brazo, pero le metí el codo en la frente y ahí mismo se largó a llorar, guaaaauaaaa. Imagínate. El papá estaba en la mesa y corrió a salvar a la hija, y yo y que:

—Perdona. ¿Qué te hice? Oye... Perdona...

Y la niñita guaaaaa. Y el viejo mirándome que si:

—¿Qué te pasó, hija mía? ¿Qué te ha ocurrido?

—Guaaaaa.

—Pero, hija, ¿qué te pasa?

—Guaaaaa.

Por fin se la llevó y la sentó a su lado. A mí me daba como vergüenza salir y sentarme en mi mesa, y te llamé, José, pero no sé por qué me equivoqué de número y salió la mamá de Carolina. En realidad estaba nerviosísima y no sabía qué hacer.

—¿Aló, aló?

Era la misma voz de la mamá, ¿no? Pero pensé que era José imitando a la vieja, le grité:

—Deja el fastidio, carenalga.

Y la vieja:

—¿Cómo? ¿Cómo?

Me di cuenta y corté. Me salía humo. Me salía humito por las orejas. Estaba tan chorreado que regresé a la mesa, y conté hasta cien para calmarme. Me temblaba la mano. Me temblaban los dedos. Me temblaban los dientes... El cuello me sonaba y sentía que se me partían millones de huesos. Bueno. Tenía como un bolívar, más o menos, y pedí un café. Todavía estaban el español y la

hijita. La pobre criatura quedaba colgada en la silla, como una muñeca. Lo divertido es que cuando se tragaba la cucharada de chocolate, el moco le colgaba de la nariz y se comía el chocolate y el moco al mismo tiempo. El papá leía el periódico, y de vez en cuando le limpiaba la nariz. Yo le sacaba la lengua a ver si se alegraba, pero no quería nada conmigo. Hacía toda clase de morisquetas para distraerla, y nada. Lo malo es que el viejo podía encontrarme en ese plan. En eso la niñita se rió tanto que tumbó la copa de chocolate y el viejo no le sacó la cabeza porque Dios es muy grande. Dijo:

—¿Pero qué haces?

Le gritaba y la niñita de nuevo:

—Guaaaaa.

Me sentía un asesino: a la pobre se la llevaron colgando de un brazo y la zamparon en una camioneta. El papá era un español. Un español desesperado, y pocas veces en mi vida vi bofetón mejor colocado. Se lo metió justo en el cachete. En serio. Y me sentí culpable del bofetón, del codazo y hasta de la desesperación del viejo. Me lo imaginaba llegando a casa, y quejándose a su mujer. Me lo imaginaba tan bien que todo el mundo me dio lástima en ese momento. Un pobre viejo que sale con la hijita a brindarle un helado. La niñita feliz porque sale de paseo con el papá. Después el papá abre su periódico. Está pasando un buen rato y le dan un codazo a la hija. Después la hija rompe la copa. Le da un bofetón. Se la lleva a la casa y se le echa a perder su sábado. Era tan estúpido todo que estuve a punto de llamar a Carolina para decirle que se fuera al diablo. Pero lo único que hice fue llamar a Flautín.

Por cierto. Es extraño que haya llamado a Flautín. Es el miserable más aburrido que hay en este miserable mundo. De lo único que habla es de filosofía. Imagínense. Supongo que él no entiende una papa, pero está convencido de ser el cerebro número uno de su generación. Confieso que siento envidia por la calma que tiene para tragar libros. Pero lo malo es que aburre y te deja deprimido para el resto del día. Hay como un gasecito, ¿me explico? Como un gas que sale de sus poros, y el gas te asfixia hasta acabarte. O como si en la noche te amarraran la cabeza a los pies y al levantarte te dieras cuenta de que no puedes moverte, con la única diferencia de que no es en la noche sino en el día cuando suelo hablar con Flautín. Y no te amarra a nada sino te ata a un fastidio insoportable. Es de la clase de gente que debería estar encerrada, o qué sé yo... Pero aburren. Cansan. Todas las páginas que se ha leído no le sirven de nada. Pero en todo caso lo llamé.

—¿Aló, aló?

—¿Flautín?

—Sí, ¿qué pasa?

Me atendió él. Creo que se la pasa al lado del teléfono esperando que a alguien generosamente se le ocurra llamarlo.

—Mira, Flautín. ¿Qué tal si te vienes a *Castellino*?

—¿A qué?

—Bueno. A nada. Hablamos...

—¿De qué? —¿se dan cuenta qué tipo es?

—De cualquier cosa, vale...

—Bueno. ¿A qué hora?

—Ya. Si puedes, te vienes ya.

—Bueno. Estoy en quince minutos. No me embarques.

Y cuando voy y regreso a mi mesa, está instalada una pareja de cachorritos lamiéndose y mimándose como recién nacidos... Francamente. Lo único que se me ocurrió fue llamar a Flautín para que se quedara en su casa, ¿no? Pero el teléfono ocupado... Hay días que todo sale choreto. Esperé y esperé hasta que el imbécil que estaba hablando por teléfono lo dejó y llamé como un tiro. Me salió la hermana y me dice que Flautín salió.

—Salió hace un minuto —me explica la gordita.

Tranco. Ni siquiera la saludé: me sentía tan hastiado que le tiré el teléfono. Después me fui y que a esperar a Flautín. Caminaba y caminaba y nada que llegaba. De tanto caminar de un lado a otro, sentí que crucé la calle y esperé a que llegara desde la otra acera.

Pero diez minutos después me dieron unas ganas de orinar horrendas. Además me sentía algo así como perseguido. Todo el mundo que pasaba se me quedaba mirando y yo le nombraba la madre a Flautín, injustamente, porque no tiene nada que ver con el fastidio que parió, pero así son las cosas. Como tenía ganas de orinar, pensé en volver al café y hacer pipí allí, pero pensé que, si entraba, Flautín llegaba justo con mi entrada al baño y se iba para su casa. Así que no me quedó más remedio que aguantarme. Recuerdo que caminaba de un árbol a otro, hasta que al fin, cuando ya estaba rascado de tanto ir y venir por la acera, lo vi llegando con sus anteojitos y su chaquetica gris, que no se la quita ni para dormir.

—Hola, ¿qué tal?

—¿Qué hubo, cómo estás?

¿No? Y por dentro lo único que me provocaba era matarlo.

—No pude llegar antes —me dijo.

—¿Por qué?

—No pude. ¿Tienes mucho tiempo?

—No. Casi nada.

No quería hablar con Flautín. La espera me hizo detestarlo y apenas se sentó en la silla, le dije así mismo:

—Yo me voy. No tengo ganas de estar contigo.

Te confieso, José, que a veces me pasaba la mano por la boca. Por los labios. Sobre el labio superior. Y sentía una profunda nostalgia por los mostachos, Paula, y la música deliciosamente triste que desgraciadamente no se escuchaba en ninguna parte. Me sentía muy mal. Muy solo. Esa es la verdad.

Regresé y llegué sudando al departamento. Las llaves no estaban bajo la alfombrita para limpiarse los zapatos y toqué el timbre. José me abrió y se sonrió. El infeliz cada vez que me ve desesperado se sonríe.

—¿Qué te pasó, vale?

Que si qué te pasó. Ni siquiera saludé a Julia. No quería ver a nadie. Me eché en la cama y me quedé ahí un buen rato. Después me puse a jugar con la piedra que conseguí esta mañana en la playa, y decidí jugarme la vida en un último telefonazo. Me persigné, les rogué a todos los santos para que me ayudaran, y llamé. Pero me asusté tanto que colgué. Una última llamada necesitaba un palo

de ron. Me lo tomé y me bebí varios tragos más del pico de la botella. José y Julia se separaron, porque estaban en pleno jaleo y supongo que continuaron besándose. Con los tragos de ron y la piedra me animé un poco, y por fin llamé. Llamé pero con un pañuelo para que no reconocieran la voz, y me atendió Juna:

—Llámeme a Carolina inmediatamente. Es algo urgente. No me interrumpa, es cosa de vida o muerte.

Oí pasos, voces y palabras de mujer. De repente oigo la voz de vieja que me dice:

—Hágame el favor de dejar de llamar a esta casa. Carolina no quiere hablar con usted. Y en esta familia...

Y siguió gritándome, pero dejé el teléfono sobre la mesa y me fui a la cama. Al principio me reí. Me reí y me metí bajo las sábanas. Pero después me sentí peor que nunca.

Como quince minutos después entró Julia y se sentó en la cama.

—¿Te sientes mal?

Me preguntó, y no le respondí. Creo que me hizo la pregunta porque me halló rascándome la cabeza, y todos ustedes me conocen y saben que cuando me rasco la cabeza es que algo está funcionando mal. Quizá me lo preguntó por preguntármelo. En todo caso, Julia, no tiene importancia. Me lo preguntaste. Eso es todo.

Y yo te respondí:

—No. No es nada. Me duele un poco la cabeza. —Y tú me dijiste:

—¿Te busco una aspirina? ¿No quieres que te busque una aspirina?

Julia se quedó viendo la piedra y se la pasó por la mejilla. No sé por qué, se me arrugó la garganta cuando la vi con la piedra en la mejilla, se me arrugó y tuve que aguantar las lágrimas. He llorado demasiado en estos días. Debo estar enfermo, lo sé. Pero es algo que viene de golpe y no puedo aguantarlo. He llorado con placer en algunas ocasiones y es muy agradable. Éstas son distintas. Es una amargura espesa en la garganta y por más que quieras evitarlo no puedes y lloras.

Julia continuó hablando:

—Me encantan las piedras de mar. Son lindas. ¿La conseguiste en la playa? José me dijo que habías ido con Marcos a la playa.

Yo lo único que quería era estar solo para poder llorar en paz. Tragaba saliva y cerraba los ojos y los puños; y Julia continuaba hablando del mar, hasta que se levantó de la cama y se fue cerrando la puerta lo más cuidadosamente posible. Las lágrimas me salían por montones. Te confieso, Carolina, que tenía tiempo sin llorar. Sé que te parecerá cursi y tonto que lo cuente, pero es verdad. Quiero confesar que lloraba. Quiero decir que he llorado, así ni a mí mismo me importe, o me alivie, al convertirlo ahora en palabras. Supongo que debería mentir y decir que tengo mil mujeres, y que todos los días me acuesto con una diferente. Pero no es así. Lloré, y puedes pensar lo que quieras, Carolina. Posiblemente te sorprenderá, y te parecerá tan estúpido como a mí. Pero no puedo evitarlo. Es como cuando mamá me ve en la cama, sin hacer nada, y me pregunta qué me ocurre, al

observar en mi cara algún asomo de dolor. Cuando ella me lo pregunta, no puedo responderle. No puedo hablarle. Y le digo por ejemplo:

—Nada.

Secamente, sin mirarla, y ella cierra la puerta y sé que sufre. Que se sienta en su cama y sufre. Y se dice: «¿Qué le pasará a este muchacho...? Si yo pudiera ayudarlo», y entonces llegan las lágrimas por no poder ayudarme. Por no poder ayudarla. Evitar mi estúpida queja y su tristeza. Al terminar de llorar me sentí vacío. Un saco de cal vacío. Es una sensación realmente asesina. Entonces me senté en esta silla, y escribí lo que he escrito hasta ahora. Había momentos en que las palabras aturdían al fastidio. Había momentos en que me sentía mejor. Y confieso que al escribir y recordar los ojotes de Parapara me olvidé completamente dónde estaba.

Ahora estoy obligado a permanecer en el cuarto. Ya ves, Carolina; no puedo salir para oír música. José y Julia están en la sala, y desde la habitación donde estoy se oyen ruidos, gritos contenidos, zapatos que se deslizan por el suelo descuidadamente, besos y silencios largos donde imagino que se funden en un abrazo frenético. Podría asomarme y aprovecharlos para la novela. Pero no es necesario. Hay un solo sillón, y la alegría que inunda todo el departamento. La alegría desbocada de una luna de miel sin matrimonio. Carcajadas que ridiculizan la intervención de todo juicio pesimista. Una carcajada brutal, desesperada. Gritos de dicha que destruyen el valor de toda tristeza. Una felicidad sencilla que me impide creer que mi soledad es inevitable.

Lo más extraño es que duelen los brazos y las manos, y las veo alejadas de mí, separadas del cuerpo. Es como si los brazos, y las piernas, y las manos, temieran contagiarse con la sangre enferma. Con las ideas justas de un suicidio imaginario. Como si quisieran entrar en la sala. Tocar el amor de José y Julia. Emborracharme con esa felicidad ajena, y salvarse.

Bueno. Cuando eran como las diez más o menos se me acabaron los cigarros y salí a la calle. Siempre que se me terminan salgo y los compro en la esquina, donde hay un bar abierto hasta la madrugada. Es un bar típico, con cuatro borrachos y una mesonera que se deja pellizcar las nalgas. Se llama Lucy y es muy simpática. A veces, cuando me aburro, voy y hablo con ella. Me cuenta cosas de su pueblo, y me entretengo más con ella que con todas esas muchachitas que se visten y se peinan y te dicen:

—Qué genial.

O te dicen:

—Muérete que el otro día...

Lo malo es que no tiene buena piel. Es horrible una mujer salpicada de barros, y de labios pintados como con brocha gorda. Y es una lástima que sea así. Pero, bueno. Llegué, y justo cuando voy a pagar veo que he dejado la plata en el departamento. De sólo pensar que tenía que regresar quedé agotado. Llamé a José a ver si podía bajarme dos bolívares, pero el teléfono se quedó repicando y nadie lo cogió. Si hubieras atendido, José, quizá no hubieran sucedido muchas cosas esa misma noche. José no se dignó levantarse del sillón. Entonces,

no sé por qué, recordé la fiesta de Marcos y lo llamé. Es posible que haya sido por lo del teléfono. Quizá preferí esperar a Marcos en el bar que regresar estúpidamente al departamento. Marcos me atendió y me gritó:

—De casualidad no me maté por la escalera.

—¿Qué pasa?

—No. Nada. Que aquí en casa están durmiendo y tuve que coger el teléfono de abajo. Mamá se puede despertar.

—Oye, Marcos, ¿tú no sabes si Carolina va a ir a la fiesta?

—Creo que sí. Pero es con *smoking*. Te llamé esta tarde para decírtelo. ¿No te dijeron nada?

—No.

—Hablé con Julia. Se lo dije a Julia.

—No. No me dijo nada.

—Bueno. Ya lo sabes... ¿Vas a ir?

—Bueno. Pero pásame a buscar por *El ranchito*.

—¿Por dónde?

—Por *El ranchito*.

—¿Y qué estás haciendo ahí?

Que si qué estás haciendo ahí. ¿Acaso te importaba mucho, animal?

—Nada. ¿Puedes pasar por acá?

—*Okey*. Pero después te vistes rápido.

—Sí. Seguro.

Entonces compré los cigarros y pedí una cerveza. Lucy me acompañó, y Marcos llegó como a los treinta minutos. Cuando le pedí el dinero se calentó.

—Fue por eso que me llamaste, ¿no?

Y no nos hablamos hasta que llegamos al ascensor. Creo que le dije algo así como:

—Estás muy elegante, vale.

Para que se alegrara, ¿no?, pero sólo se sonrió.

Al entrar, Marcos se quedó hablando con Julia, y José se vino conmigo hasta el cuarto.

—¿Cómo se te ocurre?

Me decía caminando con las manos en la espalda.

—Ahora va a hablar estupideces a todo el mundo; que si vi a José y a Julia y estaban solos y toda esa paja.

Por mientras me eché en la cama.

—No te preocupes. No va a decir ni pío. Y ahora óyeme: hay una fiesta y parece que Carolina va. ¿Me oyes? ¿Qué tal si dejas a Julia y te vienes con nosotros?

—No tengo ganas.

—¿Por qué?

—No sé. No me siento bien. La próxima vez, antes de entrar, tocas la puerta. ¿Me oyes?

—Bueno.

Marcos hablaba de la guerra de Vietnam con Julia. Este imbécil, si no habla de la guerra, habla de amor libre. Son sus temas preferidos. Dejé a Marcos y me fui a la cocina. Ahí me eché un palo y regresé al cuarto. José todavía estaba caminando de un lado a otro con las manos en la espalda.

—¿Qué te pasa, vale?

Pero no me respondía. Por fin salió y entró Marcos. Marcos estaba sonreído y me dijo que si:

—Oye... Como que estamos molestando a esta gente, ¿no?

¿Me oyes, José? ¿Te das cuenta lo que es ese tipo? Pero, bueno. Recuerdo que le pedí el *smoking* a José y me lo puse como pude. Me quedaba más largo y más ancho. Porque José es más largo y ancho que yo, pero recortando los tirantes podía meter la coba. Antes de irnos, me guardé la piedrita y me despedí de José. Recuerdo que se me acercó y me dijo:

—¿Dónde es la fiesta?

Creí que se había entusiasmado.

—Bueno. Si quieres, vas tú. Después de todo, el *smoking* es tuyo.

—No, hombre.

—Que sí.

—No, hombre.

Me dijo tristísimo, y cerró la puerta. No sé qué le sucedía, pero estaba muy mal. Realmente tenía cara de condenado. Cuando entramos en el ascensor, Marcos se puso a reír como un imbécil y me dijo así mismo:

—Esa gente estaba en plena acción cuando llegamos. ¿Le viste el pelo a Julia? Yo creo que esa gente je-je le echa pichón a la cosa. Estoy seguro que el desgraciado de José ya la graduó... ¿La viste? —No le respondí, y siguió hablando solo.

—...Bueno, yo haría lo mismo. Julia no está nada mal. Yo creo que está mejor que Carolina...

—Deja de hablar de Carolina. —Me estaba calentando la cosa.

—¿Te vas a poner con esas cosas?

—Deja la bromita, Marcos, en serio.

Siguió riéndose y se calló con la entrada de un tipo. Al llegar al carro me preguntó:

—Oye, ¿viste a Carolina esta tarde?

—No, ¿por qué?

—Por nada. Creo que llegó tarde de la playa. Yo estuve con Kika. —Y cerró la puerta. Siempre está hablando de Carolina, de Julia y de Kika. Por cierto, Kika, me dijo algo de ti. Ahora recuerdo que me dijo que en la tarde había estado en tu casa y tú le habías enseñado una revista y no sé qué pasó con la revista que, por fin, él creyó que tú y que estabas enamorada de él. Me dijo más o menos esto: «Fíjate que Kika me enseñó una revista. Y en la revista había un tipo como yo. Bajo como yo, y estaba muy bien vestido. Y me dijo que me vistiera como el tipo, y ella se vestía como la mujer de la fotografía y así salíamos a Sabana Grande juntos. ¿Te das cuenta? Esa mujer me está atacando...».

¿Me oyes, Kika? Pero, bueno. Por fin llegamos. Creo que habló algo de los estudios, o sea de la Universidad, y después me dijo que no le dijera a nadie lo de Kika.

Este imbécil está convencido de que Kika gusta de él. Eso no es cierto. Kika en su vida lo ha mirado. Además, es muchísimo más bajo que Kika, que mide como tres metros más o menos. Esa es la verdad, Marcos. Así que olvídate de Kika y búscate una enana como tú. Una monita tití para que te dé tus platanitos en la cama y te cante *Los pollitos dicen.*

Había millones de carros en la acera. Tuvimos que dejar el *Renault* como a mil metros. Recuerdo que mientras subíamos me dolieron espantosamente. No podía dar un

paso sin sentir que se me estrangulaban. Además, sentí que en cualquier momento el tirante arrancaría el botón del pantalón y me dejaría en calzoncillos. Porque no sé si dije que los tirantes estaban demasiado recortados, porque el pantalón de José es demasiado largo. Y más ancho. De todos modos me dolían, y era dificilísimo caminar. Por fin llegamos y entramos. Era una casota inmensa, con muchachitas lindas que te miran con la nariz en el techo y te dicen:

—Hola.

Con una voz muy, pero muy suave, casi sin abrir la boca. Así como si estuvieran cuidando todas las cochinas pinturas y porquerías que se ponen en la cara. Por fin entramos, y bajamos una gran escalera que daba a un jardín. En el jardín había mesas blancas, y desde arriba se veían infestadas de cabezas y telas. Por cierto, ahora recuerdo que mientras descendía hacia el paraíso, se me amontonaba la gente en mi espalda, y yo tenía que aguantarlas porque la muchacha que bajaba delante de mí tenía un vestido larguísimo, con una cola de ochenta metros de largo, y si la pisaba me caía en picada y me mataba. En serio. Además, no quería ensuciársela. Y la gente que si fastidiando, pidiendo permiso, y así...

Por fin Marcos encontró una mesa y me llamó para que me sentara con unos amigos y amigas. Al imbécil éste no se le ocurrió una idea mejor que la de presentarme a una abuela, y sentarme al lado de la abuela. La pobre vieja moqueaba con gripe y metía la lengua en una copa. Después sonreía con la boca aplastada y era horrible. La nariz le llegaba a las rodillas. Después los

ojitos metidos como dos avispas podridas. Después el pelo azul. Así mismo: un pelo azul y una pila de ganchos inmundos en la calva, porque cuando la luz le daba en el coco se le veía el cráneo y era asqueroso. Apenas me senté a su lado me dio asco todo. Quería gritar. Pero el buen Marcos me hablaba, y se reía con sus amiguitas, y les decía a sus amiguitas:

—Este tipo está escribiendo una novela. Es muy inteligente. Lo que pasa es que es muy tímido.

Que si está escribiendo una novela. Que si es muy tímido. O sea que me hacía la típica recomendación que le hacen a un infeliz cuando no sirve para nada. Quería matarlo. Palabra. Y si no, que si la vieja chocha que me miraba y, plosch, metía la trompa babosa en la copa de champaña y me decía:

—¿Verdad que está muy linda la noche?

No tenía dónde mirar, eso era lo más triste, no tenía dónde poner los ojos. Comenzó de golpe la orquesta y todo el mundo fue a la pista. Quedamos la vieja, una muchacha y yo. La muchacha era flaquísima. Tenía cuatro mil huesos en el pecho y ponía en los ojitos un letrero que decía: «No seas gafo. Ven. Sácame. Vamos a bailar. No seas tímido». Y yo, inmediatamente, otro letrero que decía: «Estás equivocadísima. No pienso perder la noche contigo. Lo siento. Y trata de entenderme: por nada del mundo te voy a sacar a bailar, loquita».

Y evitaba mirarla porque sabía que, si la miraba, la muy loca me iba a decir:

—¿No quieres bailar?

Esos momentos me hacen dudar de la vida. A veces, cuando me encuentro en esas situaciones, me pregunto sinceramente si algo en esta puta vida tiene sentido.

Pero, bueno, como si no tuviera lo suficiente, la vieja le dijo a la muchachita:

—Oye, mija, ven acá. Siéntate conmigo.

Y la niña, dándole tres golpecitos a la mesa con un dedo torcido por cuarenta sortijas:

—Abuelita, por favor...

Y me doy cuenta entonces que es la nieta. No. Era demasiado.

—Ven, mijita. Ven... No seas tonta. Y deja esas preocupaciones para la casa... Ven.

Y la muchachita:

—Abuelita, por favor.

Palabra que era una situación realmente incómoda: la muchacha sufriendo, la pobre anciana temblando del frío:

—Después que tu mamá te compra ese vestido... estás con ese ánimo...

Estaba harto. Comenzaba a representarme toda la tragedia de la familia: que si la pobre mamá partiéndose el alma por el vestido de la flaca. Que si por fin gastan el mes completo en el vestido. Que si la flaca entusiasmadísima porque va a lucir su gran traje en la gran fiesta, y después termina en una mesa, al lado de un loco que ni habla, ni la mira, ni la saca a bailar, y de su abuela, que lo único que dice es:

—Oye, mijita...

Pobre flaca. Me imaginaba a la mamá preguntándole cómo le había ido en la fiesta, y a la flaquita llorando. Qué asco. En serio. Son cosas que me tumban.

Subí la escalera y antes de llegar al primer piso me encontré con Marcos. Nos quedamos que si:

—¿Y cómo te ha ido?

—¿Y cómo está la cosa?

—¿Y qué tal las mujeres?

—¿Y qué tal te parece la fiesta?

Y mientras hablábamos, baja una muchacha pero bellísima. Pocas veces he visto algo parecido. Claro que la negra de Sabana Grande es muy bella, ¿no?, pero esta muchacha también lo era. O lo es, mejor dicho. Es realmente bonita. Marcos, con la boca abierta, me dice:

—¿Qué te parece? ¿No está de humo?

—¿Cómo se llama?

—Conchita. ¿No la conoces?

—No. Nunca la he visto.

—Pero si es Conchita, vale.

—Bueno, idiota. No la conozco. ¿Qué pasa?

Parece que se molestó porque se puso serio y siguió escalones abajo. Yo subí los que me faltaban y entré en el cuarto. Al lado de la puerta del baño estaba un viejo, y en la cama un millón de abrigos. El pobre viejo me miraba y se quejaba de la rasca que tenía. A cada rato soltaba un:

—Abran la puerta, pues.

Y después se sonaba la barriga con dos pasitos hacia adelante y uno quebradito hacia atrás. Estaba a punto de derrumbarse. Yo me senté en la cama y saqué un cigarro.

Realmente estaba cansado. Supongo que la caminata de la tarde me gastó, porque estaba cansadísimo. Bueno. Me quedé fumando y fumando y aguantándome las ganas, hasta que el viejo se sentó al lado mío, y ahí mismo:

—Guaaa...

Se vomitó los zapatos. Lo dejé y me puse al lado de la puerta. Pero el señor que abrió era amigo del viejo y juntos se metieron en el baño. Así que todo el que llegaba se me quedaba mirando con lástima. No aguanté más, dejé el cuarto, y al ver que no llegaba nadie, abrí una puerta y me encontré en una oficina. Era una oficina muy elegante, con dos retratos de ancianos barbudos. Me saqué el pajarito y muerto de risa oriné en la alfombra. Cuando terminé, abrí la puerta muy disimuladamente y la volví a cerrar. Pero cuando bajaba, subía una señora que tenía toda la pinta de ser la dueña de la casa.

La orquesta se lanzó un pasodoble y aproveché para confundirme entre la gente. Cuando encontré a Conchita, me le acerqué y le dije:

—Buenas noches. —¿No? Con toda la elegancia posible.

—¿Podrías bailar conmigo?

—¿Cómo?

—Que si podrías bailar conmigo.

—No te oigo —me dijo, y palabra que de casualidad no le pegué un grito. Estaba desesperado:

—Te estoy preguntando que si quieres bailar conmigo.

—Ah... Es que no te oigo.

—Bueno. ¿Puedes? ¿Quieres bailar?

—Bueno. El próximo set.

—Gracias.
—De nada.
Que si gracias. Lo peor es que mientras estuve hablándole, pensé, no sé por qué, pensé que Conchita se burlaba de mí con un flaco empolvado. Estoy casi seguro que el flaco le hacía señas y se reía de mí. Tenía ganas de volver a la mesa y decirle:
—Mira, chica, a mí me importa un bledo bailar o no bailar contigo.
O algo parecido. Pero lo único que hice fue regresar a mi mesa y sentarme como un perfecto idiota. Lo peor es que aún me imaginaba a la dueña de la casa, o sea la vieja de la escalera, preguntando por el que había orinado en la alfombra. O si no, la vieja chochísima que estaba al lado mío me decía:
—Oiga, jovencito. ¿Por qué no saca a bailar a esa muchacha tan bonita?
Siempre lo hacen. Se hacen las chistosas con la cosa y te obligan a bailar con una muchacha muy inteligente y con frenillos. O con la cara comida por barros, y una cara de pobrecita que te deshace en la primera mirada.
Y claro que te dicen:
—Es muy inteligente. Muy simpática.
Porque los monstruos son muy inteligentes y tú vienes y sacas a bailar al monstruo. Y si más tarde te provoca sacar a otra muchacha, la muchacha te dice:
—Perdona. Lo siento. Es que me duele un pie...
Supongo que piensan: «Éste bailó con esa mona, y si bailó con la mona, no puede bailar conmigo», ¿no?, y en cierto modo tienen razón. En todo caso, te enganchan

con el cadáver toda la noche, y el cadáver enloquecido de alegría no te suelta hasta el *Alma llanera*. Es asqueroso.
Siempre que me sucede termino caminando con mi vasito, mirando con desprecio a todo el mundo. Sintiéndome muy importante. Importantísimo. Muy inteligente. Brillante. Sin saber exactamente por qué soy tan importante, pero en todo caso necesitado de serlo, para justificar mi fracaso con la muchacha.
Por cierto que estaba imaginándome todo lo que iba a decir. Me imaginaba todo lo que pensaba preguntarle, y tenía miles de respuestas preparadas. Una de ellas, que me pareció maravillosa, era la siguiente:
—Te llamas Conchita, ¿verdad?
Ella decía:
—Sí, ¿por qué?
Y yo respondía, sin mirarla, por supuesto:
—Por nada. Sólo que es muy hermoso tu nombre. Es muy bello.
—¿Te gusta? —decía ella.
Y yo respondía:
—No tanto como tú.
Pero terminó por fastidiarme. No me gustaba eso de «no tanto como tú» y me puse a buscar otra salida. Tenía que haber otra. Tenía que encontrarla.
Como después de unos veinte minutos, llegué a la conclusión de que lo mejor que podía hacer era hablar sin preguntarle nada. Porque si le preguntaba algo, quizá nos desviábamos del tema que a mí me interesaba.
Pensaba poner al flaco en ridículo, muy disimuladamente. Al fin se me ocurrió algo bueno:

—Oye, ¿qué tal la noche? —decía yo. Y antes de que respondiera algo, continuaba:

—¿Verdad que es bonita?

Ella me decía:

—Muy bonita.

O decía:

—Más o menos, porque puede llover.

Tenía esas dos cartas. Si decía:

—Muy bonita.

Yo respondía:

—Bellísima. Lástima que tengo que irme tan temprano.

Ella preguntaba:

—¿Por qué tan temprano?

Y yo respondía:

—Sólo bailaré esta pieza. Quería bailarla contigo. Después me voy. Es muy triste pero es así: comprendo que sólo tú puedes hacerme feliz esta noche. Y lamentablemente entiendo que te agrada otro. Que hay un muchacho delgado que te gusta. Sé que no tengo derecho a hablar contigo de este modo, a meterme en tu vida, sin ser yo nada tuyo.

Ella ponía la cara triste. Yo la llevaba a la mesa y me despedía. Cuando llegaba a la puerta oía un grito. Me daba vuelta y ella se me acercaba muy tímidamente. Entonces la besaba, entrábamos juntos de manos unidas y la gente se incendiaba de envidia.

Ahora bien. Si ella decía por ejemplo: «No tan bonita». O bien: «Más o menos». O: «Muy fría» o algo por el estilo, yo le decía:

—Pensé que te sentías feliz.

Y ella decía:

—Me siento bien. ¿Por qué lo dices?

Y yo decía:

—No sé, eres tan distinta a esta gente, que me parece difícil que puedas divertirte con ellos. Eres mucho más dulce. Eres algo completamente distinto. Y perdóname. Pero es verdad. Estos animales no pueden hacerte feliz.

—¿Por qué? —preguntaba ella—, ¿por qué lo dices?

—Por nada —respondía yo, con cara de tumba. Y segundos después agregaba:

—Lamento haberme equivocado.

Y ella, ni idiota:

—No, no te has equivocado. Tienes razón.

Y de sólo pensarlo, recuerdo que me sentí feliz. Entonces comencé a descender poco a poco, como si hubiera estado en el cielo, y vi la cara de Marcos. Los ojos de Marcos. Marcos movía los labios. Los abría. Los cerraba. La lengua se estiraba. Chocaba con los dientes. Las mejillas se inflaban y lanzaban palabras, pero no podía escucharlo. Las palabras explotaban en el aire, como globitos de aire comprimido. Recuerdo que le dije:

—Sí... Ajá.

Por decir cualquier cosa, y en eso comenzó la orquesta. Me dijo. Me repitió varias veces:

—Bueno, ¿y entonces?

Pero no le entendía. No sabía qué quería decir con ese «entonces».

Así que le dije:

—Voy a bailar. Me están esperando.

Para darme cierta importancia, ¿no?, y salté de la silla. Afortunadamente, Conchita no me miraba en el momento en que llegué. Si me hubiera mirado raro, o como con pena, no me hubiera atrevido a sacarla. Y quizá hubiera sido mejor. Pero ¡qué diablos! Lo que pasó es que después me metí en un lío, pero eso fue más adelante. Así que, como decía, llegué a la mesa, que si permiso, que si sonrisitas, y por fin llegamos a la pista.

Cuando le tomé su derecha con mi izquierda, sentí que el tirante podía rompérseme si me agitaba mucho. Así que bailé como un anciano toda la pieza. Supongo que Conchita pensó que estaba rascado. A cada rato espiaba por encima del hombro al flaco empolvado. Le pregunté:

—Oye. ¿Cómo te parece la fiesta?

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Te preguntaba cómo te sentías —le dije, y ella mirando por encima del hombro.

—No te oigo. Hay demasiado ruido.

—Te preguntaba cómo te sentías —casi le grité en la oreja.

Creo que no le gustó.

—Bien. ¿Y tú?

—Bastante.

Antes de que terminara el pasodoble, lo único que se me ocurrió decirle fue y que:

—Hace calor, ¿verdad?

—No mucho —respondió, siempre mirando sobre mi hombro—. Yo siento fresco.

Me di por vencido y, en el silencio, le dije a toda carrera:

—Me parece que te aburres. —Y ella, ya mirándome, pero extrañada, me dijo:

—¿Yo? ¿Aburrirme? Pero si está buenísima la fiesta. ¿A ti no te gusta?

—No tanto —le respondí.

—¿En serio? ¿Por qué no te gusta?

—La gente —le respondí mirando a un gordito que estaba quitándose el sudor de la frente—, no me gusta la gente.

—Entonces, ¿por qué vas a las fiestas? —preguntó ella.

—Porque me gustan las muchachas como tú —le respondí, sintiéndome un perfecto imbécil, y para remediarlo añadí:

—Tú sabes. Como tú. Lo malo es que las muchachas como tú no hablan.

Ni siquiera ella lo entendió: comencé a sudar. Estaba seguro de que el tirante volaría en la segunda tanda. Miré a la orquesta y un negrote sopló una nota altísima y después entraron otros instrumentos. Todo el mundo comenzó a saltar un *twist*. Conchita también saltaba. Era horrible. Me sentía un muñequito de cuerda. Ni siquiera movía las piernas sino los brazos, y como dirigiendo el tráfico. Era ridiculísimo, pero le tenía el miedo en bruto a que el tirante me dejara en calzoncillos. Conchita, entusiasmadísima, me chilló:

—Oye, ¿por qué no bailas como es?

Yo no aguantaba más.

—¿Por qué no esperamos a la otra canción?

—¿Cómo?

—¿Que por qué no esperamos a la otra?

—Como quieras —dijo más seria que una tumba. Me sentí malísimo. Ella me siguió y nos salimos de la pista. Ya en un rincón del jardín, mientras me limpiaba temiendo que el pañuelo estuviera con mocos, le dije:

—No sé cómo te puedes sentir bien con una gente así. Es espantoso. Fíjate cómo saltan.

No me respondió. Yo seguí hablando. Pero algo en su cara me decía que estaba metiendo la pata.

—Es horrible. Fíjate ese gordito inmundo cómo se menea —le grité señalando con un dedo al gordo que antes se había secado la cara.

—Fíjate bien. Parece un cerdo.

Pero tampoco habló. Se limitaba a ver a la gente, y a verme a mí como aguantando un grito.

—¿Qué tal si me acompañas a beber algo? —le pregunté.

—No tengo sed —me respondió y miró al flaco empolvado.

—Prefieres quedarte mirando a ese flaco, ¿no?

—¿Qué flaco? —estaba molesta, no cabe duda, pero yo me sentía ya acabado.

—Ese flaco. Ese que está ahí.

—¿Qué pasa con él?

—Es un payaso —le dije.

—¿Por qué le dices payaso a mi primo? —me gritó como un tomate—. ¡Y si no te gusta la fiesta, puedes irte! ¡La casa es mía! ¡Y la fiesta es mía! ¡Y tú ni siquiera estás invitado! ¡Puedes irte si quieres!

Todo el mundo comenzó a mirarme como si fuera un asesino. Conchita, casi llorando, se agarró el vestido y se echó a correr hacia su mesa. Tragué saliva y sentí enseguida el humito en la cabeza. Subí saltando los escalones y busqué a Marcos. Había desaparecido por completo.

Ya cansado de dar vueltas, y pensando que en cualquier momento me largaba de la casa, bajé y me senté en la sala. Comencé a pensar en alguna forma de excusa y no encontraba ninguna. Entonces llegaron el flaco y Conchita y se me quedaron mirando desde la escalera. El flaco le hablaba y ella afirmaba con la cabeza. Por fin el tipo se me acercó y me preguntó:

—Fuiste tú ¿no?

—Sí —le respondí levantándome. Una vez de pie lo miré y después lo único que sentí fue un ojo sellado. Al levantarme, un botón de los dos tirantes saltó del pantalón. Aprovechó para hundirme un golpe en el pecho, que me dejó tambaleando, y otro en la boca que me disparó contra el suelo. Volví a levantarme. Tuve que meterme una mano en el bolsillo y abrir las piernas para no quedarme en calzoncillos, y recibí el tercer golpe. El tipo sabía boxear muy bien. La gente nos rodeó y algunas mujeres gritaban. Conchita habló con una señora y dos tipos me sujetaron por el brazo: «Dejen de pelear, dejen de pelear». Y el flaco gritaba: «Déjenme darle». En eso la señora que había hablado con Conchita me dijo:

—Váyase de la casa, por favor.

En la calle tragué saliva, pero a pesar de todo se me salieron las lágrimas.

Bueno. Me fui caminando por Altamira y seguí hacia Chacaíto. La ciudad por esas calles es horrenda: borrachos y de vez en cuando un tipo mandado a dos mil kilómetros por hora. Es algo espantoso. Uno cree que en cualquier momento estalla una bomba o recibe un balazo en la cabeza. No es que se vean fusiles, sino que se siente un airecito de estallido mudo. De dinamita muda. De disparo invisible que chorrea. Me senté en un murito a ver qué diablos hacía. No tenía ganas de llegar al departamento. De seguro el imbécil de José me decía:

—Oye, ¿cómo te fue con Carolina?

Me puse a recordar la casa, y después se me aguaron los ojos al pensar en mamá.

Por eso te dije el otro día, Kika, que no podía salir; tenía miedo a que alguien de la casa me encontrara. Después mamá lo sabía y se armaba el relajo.

Caminé por la calle y vi una caminadora. Creo que la he visto antes, pero no estoy muy seguro. La caminadora estaba mirando hacia la calle y me senté con ella. Me acuerdo que le dije:

—Oye, ¿cómo estás?

Acercándome para verla mejor y ella me dio la espalda.

—Oye, por favor. No seas mala...

—Ah vaina, mijito. Déjame en paz.

—Pero, bueno, chica, por favor.

—...Ah pues... Deja el fastidio...

—Mira... Oye... Mira...

No quería hablar conmigo. De todos modos me quedé a su lado.

En eso se vino abajo el cielo. Ese bendito cielo es así: tú sales con sol y a los diez minutos cae un chaparrón horrendo. No se puede confiar en él. Ni siquiera vale la pena que uses impermeable porque sudas como un cretino. Me acuerdo que me senté con ella en un murito y le dije:

—¿Me das la mano?

Ella sonreída, ¿no?

—¿Me das la mano, por favor?

Y me la dio. En serio. Así mismo. Claro que no es nada. Te aseguro, José, que para ti eso tampoco es extraordinario, pero para mí lo fue. No te imaginas lo bien que me sentía con esa mano negra conmigo. Además me dijo:

—¿Tienes cigarros?

Y cuando descubrí sus ojos me sentí mucho mejor. Nos quedamos mudos un ratote, y durante esos minutos no me atrevía a apretarle la mano. Siempre el maldito miedo... Pero, bueno. Creo que no se la apreté por miedo a que la negra se ofendiera, o se molestara, y me sentía muy bien para echarme a perder ese ratico, que terminó, por cierto, cuando frenó un carrote negro y un tipo desde el volante la llamó. La negra me dijo:

—Ya vengo.

Y corrió hacia el carro. Era un carro negro. Brillante. Inmenso. El tipo era un calvo, con anteojos, muy parecido al papá de Marcos. Vi que Sonia hablaba con él, y él la miraba y se llevaba un cigarro a la boca. Después Sonia le dijo:

—¡Que va, viejito!

Y el carro arrancó y se perdió. Sonia caminó hacia mí, evitando el agua de la calle, y se volvió a sentar en

el muro. Pero esta vez se sentó a dos metros de distancia. Recuerdo que le pregunté:

—Oye, ¿qué te pasa?

Y ella me respondió:

—Nada, mi amor. Nada... Sólo que estos pendejos...

Se puso de pie y me pidió otro cigarro. Yo se lo di y lo prendí.

—¿Y cómo te llamas? —le pregunté.

—Sonia... ¿Y tú?

—Me llamo... José —le mentí, y palabra que no sé por qué dije el nombre de José. Supongo, José, que fue porque tenía tu *smoking*, y si en todo caso estaba con tu ropa, tu camisa, tu corbata, mejor era ponerme tu nombre y disfrazarme por completo. Pero esto lo digo en broma. En realidad creo que mentí porque José siempre me decía que con esas mujeres había que dejar nombres falsos. Aún, sinceramente, no lo entiendo; ¿qué malo tiene decir el nombre verdadero?

Como quince minutos más tarde se paró otro carro y Sonia se echó a correr. Justo cuando iba llegando, se resbaló sobre un charco. El chofer esperó a que Sonia se levantara y se perdió como el primero. La pobre Sonia se vino cojeando y trataba de verse el trasero.

—Ve si está muy sucio...

Fue lo que me dijo y se puso a llorar. Eso me hizo sentirme muy mal.

—Tienes un poco de barro y agua —le dije, y seguía llorando.

Me sentía como un idiota e inútil. Le di dos cigarros y me despedí de ella:

—Toma —poniéndole los cigarros entre las rodillas—. No te doy más porque no tengo muchos. Chao... y gracias.

Ella me respondió:

—Chao, José... Gracias.

Me pareció una cretinada mentirle y darle un nombre falso. Se había portado tan bien conmigo que cuando me dijo José me sentí un asqueroso farsante. Así que regresé y le dije:

—Yo no me llamo José. Me llamo Corcho.

Aún tenía bastantes cigarros y aproveché un arbolito para encenderlo. Es sabrosísimo fumar en la lluvia. Y también era agradable caminar y meter los pies en los charcos. Los buscaba adrede y, ¡plaf!, me salpicaba. También levantaba la cara, y la lluvia me refrescaba los labios, y me cerraba los ojos, o me quedaba viendo las luces de neón, que parecían flores caídas por el peso del agua.

Desde chiquito me ha gustado ver las calles con lluvia. Yo creo que es porque parecen nuevas, como lavadas. Da la impresión de ser otra ciudad la que tú caminas. Por ejemplo, tú ves un camión que se desliza suavemente hacia una esquina, y cuando se detiene los focos del camión iluminan una vitrina. Entonces sólo existe una vitrina y la lluvia iluminada por la luz. Pero cuando el camión vuelve a ponerse en marcha, la vitrina iluminada se oscurece y surge un poste, o sólo una silueta borrosa que se tarda en precisar. ¿Comprenden lo que quiero decir? La lluvia te acompaña. Tú te sientes menos solo. La ciudad se empequeñece. No sé. Desaparece un poco ese olorcito de peligro. De muerte invisible que se siente.

Como diez minutos después oí mi nombre y vi a Sonia agitando la mano desde la ventanita de un carro. Bajó el vidrio y me gritó:

—Ven, apúrate. ¡Te damos la cola!

—¿Cómo? —yo la había oído. Pero quería caminar.

—Que te damos la cola. Apúrate.

—No te preocupes —le grité—. Yo quiero caminar.

—No seas tonto, mijito. Ven, que te estás mojando.

Y como el carro seguía al lado mío, me metí.

Lo malo es que me sentía incómodo. Apenas entré, el tipo le puso una mano en la rodilla, y los dos se quedaron mirándome.

—¿Dónde estabas? —me preguntó el tipo.

—En una fiesta...

—¿Y qué tal?

¿Se dan cuenta? Que si en una fiesta. Pero me aguanté por Sonia. Me pareció un gesto muy generoso y sentí que debía permanecer en el carro, o ¡qué diablos! Ya ni sé de lo que estoy hablando. En todo caso seguí metido en el auto, y después que pasamos Chacaíto vi a Marcos, o mejor dicho, a un tipo muy parecido a Marcos. Inmediatamente les dije que me dejaran y me dejaron. Me acuerdo que Sonia me gritó:

—¡Buenas noches, mi amor!

Y la cosa me cayó bien. Pero, bueno. El tipo que se me parecía a Marcos entró en un edificio donde queda un burdel, y corrí y subí la escalera como un tiro a ver si lo alcanzaba, pero cuando llegué, ya habían cerrado la puerta.

Toqué y una mujer me abrió. Al verme me preguntó:

—¿Qué edad tienes?

—Veinte —le mentí.

—¿Seguro?

—Sí.

—Déjame ver la cédula.

—En este momento no la tengo.

Tenía que tragar mucho aire para poder hablar, pero de todos modos la voz me salía en falsete.

—Lo siento muchísimo. Pero no puedo dejarte entrar.

—Es que yo...

—No puedo. Lo siento...

Y cerró. Yo lo que quería decirle es que adentro estaba Marcos, pero no me dejó. Volví a tocar la puerta y no abrieron. Entonces me calenté y le di cuatro puñetazos. Me abrió una vieja que parecía la cabrona.

—Oiga, señora. Yo tocaba porque adentro está Marcos.

—¿Cómo?

—Marcos, un amigo mío. ¿Me lo puede llamar?

—Hay mucha gente adentro —me dijo la vieja—. Mejor es que lo espere.

—Mire, señora. Es el último. ¿Podría llamármelo, por favor? Se lo agradecería.

—¿El último? —detrás de la vieja me miraba la que me había abierto en la primera oportunidad. Creo que hasta es la misma que yo, como dos meses antes, elegí. Pero no estoy seguro. De todos modos, si es ella, me parece el colmo que una mujer después de ir contigo a una cama no te reconozca. La vieja cerró la puerta, y al minuto apareció un tipito muy parecido a Marcos. Pero no era. Me reí. Después me puse más serio que una tumba y le pedí perdón.

Seguí caminando por Sabana Grande y prendí otro cigarro. Cuando me sucede algo malo, boto el cigarro que estoy fumando y enciendo otro. No había mucha gente en la calle, y de vez en cuando pasaban dos o cuatro carros. ¡Ah! Bueno. Me acuerdo que vi un bar abierto y entré. Claro que no tenía dinero, ¿no?, pero de todos modos entré.

Imagínate que, apenas llego, veo una mujer buenísima y me pongo al lado de ella. Después saqué mi tremendo cigarro y lo prendo y la miro a los ojos. Lo malo es que me temblaba la mano. La maldita tembladera, como siempre. Un día voy a tener que preguntarle a Kika, que se la pasa leyendo libros de psicología, por esa tembladera. De seguro algo va mal. Estoy segurísimo que fue el tremendo golpe que me metieron cuando tenía como siete años. Fue un carro, y me voló como a cien metros. Cuando me recuperé, me chorreé todo: había millones de caras y alguien gritaba:

—¡Está muerto! ¡Está muerto!

Durante un mes lo estuve creyendo.

Pero, bueno. El caso es que siempre me tiembla la mano, y en ese momento en que intentaba poner cara de tipo interesante, la mujer se fue y me quedé solo. El mozo entonces se me acercó y me preguntó:

—Oiga... ¿Qué quiere?

Como siempre preguntan estos idiotas, y le digo que por ahora nada. Después me le acerqué de nuevo a la que estaba buenísima, y viene y me dice:

—¿Cómo te llamas?

—Julio.

—Yo, Isabel.

—Gracias —le digo. Después me dice:

—¿Me pides algo?

—Antes me gustaría echar —¿no?, le digo— una bailadita.

Y la mujer me dice:

—No se puede.

Me quedé mirando el techo. No sabía qué hacer. Por fin le dije:

—Una sola bailadita.

—Lo siento. No puedo. No puedo bailar si no me invitas primero con algo.

—Es que no tengo plata.

—Oye, Juan —llamó al mozo. Los mozos siempre me han parecido tipos que tienen jujú con todas las ficheras y que están obligados a ser novios de las gordas grasientas que atienden el negocio. Que si:

—Oye, Juan... Éste no tiene plata.

—Es que yo...

—No tienes dinero, ¿no? Entonces nada, mijo. Ándate.

Me calenté todo, pero cuando vi a Juan, que era un desgraciado de mil metros de altura, salí como un tiro. Estaba tristísimo. Me volvió el asunto de mamá y papá a la cabeza, y no sabía qué diablos hacer. Por fin encontré otro bar y me metí. Éste era más ordinario. Tenía un tango a todo volumen. Creo que era *Volver*, que a mí me gusta mucho pero me pone enfermo. Inmediatamente me da algo en la barriga. Así que salí inmediatamente. Pero, bueno. Con la lluvia, y la caminata y todo, estaba menos rascado, y me fui patitas a patitas hacia la Plaza Venezuela.

No sé si fue después del bar que estuve pensando en Conchita y en Carolina. Tampoco recuerdo exactamente lo que pensé. Pero sé, en cambio, que las sometí a una prueba de admisión y salió ganando Carolina por varios cuerpos de ventaja. Pero lo que no recuerdo muy bien fue exactamente cuándo, en qué momento establecí diferencias y semejanzas entre ellas. Eso sí. Lo que sí está claro es lo que me ocurrió con la piedra. ¿Recuerdan que les dije que se me había olvidado la cartera? Bueno, lo supe justamente cuando vi a un policía, con su impermeable negro, y entonces, asustadísimo, me metí la mano en el bolsillo y sólo encontré la piedra. Entonces se me ocurrió que si el poli no me pedía la cédula significaba que estaba obligado a darle una serenata a Carolina. Supongo que tenía pánico a pasar un domingo en el mismo estado de ruina.

Comencé a silbar, y el policía inmediatamente me detuvo:

—Oiga...

Yo me di la vuelta y le sonreí.

—Oiga, joven..., ¿me da un fósforo?

Es raro, ¿no?, que un policía te pida un fósforo, pero me lo pidió. Aún seguía silbando para darme aire de tipo que está feliz y es un noble caminante de la noche. Metí la mano en todos los bolsillos y encontré la cartería de fósforos.

—Como que va a dejar de llover —dijo el poli.

—Así parece.

Que si así parece. Lo que tenía era miedo. Pánico.

Comencé a sudar la gota gorda, y tomé un buche de aire que me fulminó el pecho...

—Bueno, gracias...

Y se fue caminando. Yo, como si nada, seguí silbando, y a medida que avanzaba, silbaba más y más alto para que tuviera buenas noticias del noble muchacho que caminaba tranquilamente bajo la lluvia, pero volví a tocar la piedra en el bolsillo y recordé la serenata. Francamente. Es una estupidez estar embarcándose a sí mismo en ese plan. Que si una serenata si no te piden la cédula... y todo porque se me quedó la cartera en el departamento...

Más adelante sentí que era inútil una serenata a Carolina. Estaba solo y lo que podía conseguir con chillar en la noche era un balde de agua o el grito de una vieja histérica. Pero soy el tipo más idiota del mundo. Recuerdo clarito que estuve discutiendo conmigo mismo sobre el compromiso que había adquirido con Carolina.

Sucedió que me dije:

—Si no se la das, Carolina se va para España.

Que si a España. Que si a España. ¿Pero comprenden qué imbécil soy? No. Un tipo como yo no se dejaba engañar por algo tan tonto como lo de la piedra. Mejor será salir de la piedra y mandar al diablo a Carolina. Lo único que puedes sacar es que llame a una amiguita para contarle que el loquito de Corcho le dio una piedrita, y que si qué tierno es, imagínate que llegó como a las dos de la mañana. Pobrecito. Está loco de remate...

La arrechera que cogí fue tan grande, que no sólo rechacé la idea de darle la serenata, sino que solté la piedra y la dejé en la calle.

No. Nunca jamás. Eso es para José, o Marcos, que son unos pobres gatos. Que si una serenata que te voy a dar... No. Jamás. Nunca. Y así caminé como cincuenta metros, pero, de pronto, sentí algo rarísimo y no pude avanzar más. Es algo así como llegar a tu casa y notar la falta de algo en todo. Parece que tu cama y tu cuarto están reducidos de tamaño. Se ven más desnudos. Como si les hubieran arrancado una pata a todas las sillas. Un mosaico al piso. Un vidrio a la ventana. En todo caso, te falta algo y esa falta se siente en todo, y medí aproximadamente la distancia que había recorrido, y me eché a andar hacia el lugar donde podía estar la piedra. Entonces, resulta que entonces me dije:

—Si no la encuentras, el policía te lleva preso.

Y después me dije:

—Y si la encuentras, Carolina te ama.

Y después me dije:

—Y si no la encuentras antes de contar diez, no te quiere para nada.

Y como un loco, comencé a mirar hacia todas partes sintiendo que el policía podía darse vuelta, y comencé que si uno, dos y tres y cuatro y cinco, desesperado, siete, ocho, y me lancé. Palabra. Me tiré en el suelo y la agarré en diez. ¡Pujj! Estaba agotado. Me la guardé en el bolsillo, y con una seguridad y un entusiasmo eufórico fui trotando hacia la casa de Carolina.

Al llegar al jardín del edificio me senté en la grama y estudié la posibilidad de llegar al balcón. No es nada fácil. Primero hay que subirse a pulso, ayudado por las ventanitas de un departamento de abajo, y de ahí hay que subir al balcón. Una vez que se llega al balcón, se pasa a la ventana del cuarto de Carolina, y ese paso es peligrosísimo. Hay que sostenerse con la hendidura que tiene la superficie de las paredes, y sólo tiene dos o tres centímetros de profundidad. O sea que hay que meter los dedos, y sólo la punta de los pies. Bueno. Después me levanté de la grama, y me quedé pensando si debía cantar o subir a su cuarto. Si cantaba, podían despertarse otros vecinos y sería casi imposible hablar con ella. En cambio, si llegaba hasta su ventana, podía despertarla y pedirle perdón por lo que le dije en la playa. Claro que no era sólo el deseo de pedirle perdón sino más bien pánico, palabra, de pasar otro día sin hablar con ella. En todo caso, me metí los zapatos en los bolsillos de la chaqueta y subí. Afortunadamente no pasaban carros. Además, tenía pensado decirle al primero que me hallara en ese plan que se me habían perdido las llaves del departamento. Y con el *smoking*, nadie se imaginaría que era un ladrón. Pero, bueno, subí y llegué hasta la ventana. Estaba realmente asustado. Abrí un poco la ventana y la vi en la cama. Dormía con el cuerpo inclinado, y la cabeza la tenía cubierta por la sábana. Pongo un pie en el suelo, otro, y listo. Quedé justo al lado de ella y le dije suavecito:

—Carolina...

Estaba asustadísimo. Dígame si me hubieran encontrado en ese plan. Que si:

—Carolina.

Pero no se despertaba. Por fin le hablé un poco más alto:

—Oye... Despiértate.
Y del susto se quedó sentada, tiesa, como una momia. No me reconoció.
Y le dije:
—Carolina. Soy yo...
Y volvió a acostarse.
—Soy yo, Carolina. No te preocupes.
Por fin me habló:
—¡Estás loco!
—Carolina, por favor, no hables tan alto.
—Vete.
—Carolina, cálmate. Te lo ruego.
—¡Cómo se te ocurre llegar a esta hora...!
—Carolina. De acuerdo, estoy loco.
—¿Qué quieres? Por fin, ¿qué quieres? Estás loco. Pero a quién se le...
—¡Carolina!
—Si sigues aquí pego un grito.
—Gracias.
—Y eso por estar metiéndote en mi cuarto.
—Muchas gracias.
—Por poco me matas del susto. Estás loco. Vete.
—Bueno, está bien.
Palabra de hombre que quería morir.
Oímos pasos que se acercaban al cuarto y me rogó que me escondiera. Yo me metí enseguida bajo la cama, y ni siquiera había terminado de meter el pie cuando, ¡güig!..., abrían la puerta; la luz; y una voz:
—¿Carolina?
Carolina se hizo la dormida porque no respondió.

—¿Carolina?
Por fin oí ruidos del colchón. Y la voz como si estuviera desmayada.
—¿Qué pasa, mamá?
—¿No oíste ruido, hija?
—No, mamá.
—¿Estás segura?
—Estaba dormida.
—Me pareció oír ruidos. Qué raro...
—Menos mal que me despertaste, mamá.
—¿Qué te pasa?
—Tenía una pesadilla horrible, mami.
—Bueno. Duérmete.
—Bendición, mami. Si oigo algo te aviso.
Se apagó la luz y oí que cerró la puerta. Los pasos se fueron alejando y me imaginé que había llegado a su cuarto, pero de pronto volvieron a acercarse y, ¡güig!, volvió a entrar. Recuerdo que, justamente cuando entró, una maldita cucaracha se subió a mi brazo y llegó hasta mi cuello. La maldita no se movía.
La mamá se sentó sobre la cama y me aplastó la cara.
—Supe que ese muchacho te estuvo llamando todo el día —dijo la mamá.
—¿Qué muchacho?
—Y se hizo pasar por Marcos. Por el pobre Marcos.
—¿Carecorcho?
—¿Y no tiene otro nombre que Carecorcho? ¡Dios mío!... Cómo están las cosas...
—Todo el mundo le dice Carecorcho...
—¿Y cómo se llama? ¿Cómo es el apellido?

—...y ni sé por qué le dicen así...

—¿Pero cómo se llama?

—No sé, mamá. Lo llaman Carecorcho. Eso es lo que sé.

—Me dijo no sé quién que es un vago y que no sirve para nada.

—¿Quién te lo dijo? Ji-ji.

—No sé. Pero alguien que lo conoce mucho.

Yo contenía la respiración y sentía que el corazón podía estallar. La cucaracha pasó cerca de mi pierna y siguió corriendo hacia mi cabeza. De repente la vieja le dijo:

—¿Carolina?

—¿Sí, mamá?

—No vuelvas a ver a ese muchacho.

—Pero, mamá...

—Lo digo por ti.

—Ya sé, mamá. No necesitabas decírmelo.

—Pero te lo digo por tu bien, hija.

—Bueno. Sí. Ya sé, mamá...

—Y no te pongas brava, que es verdad.

—Pero, mamá, por favor... Tengo sueño...

—Tu papá no ha llegado todavía... Esa es otra cosa que me tiene preocupada...

—Mamá...

—¿Qué pasa?

—Tengo sueño. Por favor...

—¿Eso es lo único que se te ocurre decir?

—Mamá, por favor...

—Bueno, está bien...

Y siguió que si está bien. Que si tú eres egoísta, y la maldita cucaracha hasta el cuello. Las patitas. La cosquilla. Palabra que no aguanté más y pegué un grito horrible.

—¡AAAAAAAAAA!

La pobre vieja que si:

—¡Ladrones, ladrones!

Pero a los dos segundos ya estaba a tres kilómetros de distancia. Caminaba a cien por hora. Y, ¡ah!, sin un zapato, porque no sé si dije que se me salió al saltar. Bueno. Estaba aterrado, y de remate se me pinchó un dedo. El bendito me sangraba. Tuve que sentarme en la acera y ahí me quité un maldito vidrio. Bueno. Me quité el vidrio y me fui cojeando hacia Sabana Grande.

En un edificio me limpié el dedo con saliva y aproveché para orinar en el estacionamiento. Recuerdo que imaginaba que la vieja llamaba a la policía. Que la policía encontraba el zapato. Que me buscaban. Que después me encontraban en la calle sin el zapato, me llevaban preso, me enjaulaban, nadie en mi casa me reclamaba, José tampoco se atrevía para no asustar a mamá, me encerraban una semana, dos, tres, cuatro. Al fin, al mes, mamá preguntaba por mí, llamaba a casa de José y José contaba la verdad. Cuando me buscaban, me hallaban podrido. Muerto, gangrenado por una infección en el dedo gordo del pie.

Palabra que me dio tanto miedo que sentí unas ganas horrendas, y apenas terminé de orinar me bajé los pantalones y ahí mismo salió todo. Tuve que usar la media del pie accidentado y seguí cojeando. En mi vida me he sentido más pobre diablo. Tenía ganas de echarme a la calle y que se acabara el mundo.

Recuerdo que en una esquina me senté y esperé a que pasara un LIBRE. Los autos me iluminaban y las luces me hacían sentir un asesino. Así que me puse de pie, y como a los diez minutos se paró un carro rojo. El chofer parecía venir de la playa porque tenía un sombrerito de paja. Sacó la cabeza y bostezó:

—Oye... ¿Y el zapato?

—Me lo quitaron en una fiesta.

—¿En una fiesta? Je-je

Se rió, y se esfumó. Qué infeliz. Que si je-je. Como si a uno no le pudieran quitar un zapato. Pero, bueno. Me cansé de esperar y me fui cojeando hacia la tostadería *Día y Noche*. Me sentía rarísimo. No sólo no me importaba mucho Carolina, sino que me parecía mi vida la cosa más ridícula del mundo.

No sé si me entienden: hay que ver lo que es perder un año universitario por una muchacha y después sentir que ya no nos interesa, que ya no nos importa como antes. Y ni siquiera la besé, no la he besado. Eso es lo que más me tumba. Que si un diario. Que si carticas. Que si «te escribo porque me siento solo». Que si «cuando llegues buscaremos la ternura» y un montón de pendejadas más, y ahora la niñita me llamaba loco. Y no sólo esto, ¿no?, sino que a la mamaíta se le ocurría llamarme vago. ¡Qué divertido! Lo que no sabe tu vieja, Carolina, es que se debió a su brillante idea de enviarte a España por lo que perdí el año.

Ahora fíjate, a pesar de los poemas, no eres mi novia. A pesar del año perdido en la Universidad, no puedo escribir la novela, y de remate ya no me gustas tanto. Te lo digo en serio. Es horrible.

Pero, bueno. Entré en la tostadería y pedí el teléfono. El mozo estaba atendiendo a un borracho, y me lo señaló con los ojos. Me senté y marqué el número de José, pero repicó y nadie lo cogió. José aún no había llegado, como lo supe después, así que llamé a Marcos. Tenía ganas de fastidiarlo. Por fin me atendió:

—Aló, aló.

Estaba agitado. No cabe duda.

—Qué hubo, Marcos.

—¿Eres tú?

—Sí. Soy yo... Quería...

—Imbécil —me chilló—. Aquí creíamos...

—Marcos. Óyeme. Me está persiguiendo la policía.

—Es tardisímo. Mamá se levantó.

Y siguió gritándome hasta que cortó.

No sabía a quién diablos llamar, pero volví a tantear con José y por fin me atendió. Tenía sueño y hacía y que ajjj a cada rato. Bueno. Le dije que estaba en el *Día y Noche*, y como a los quince minutos llegó. Aproveché para pedir dos tostadas de queso amarillo, y José pidió una de jamón.

Recuerdo que me dijo:

—Bueno, vale. ¿Y qué te pasó?

Pero yo estaba cansado. No tenía ganas de hablar. Le dije que se me había perdido el zapato en la fiesta y se rió.

También me dijo:

—¿Esa es la piedra que le enseñaste a Julia? —refiriéndose a la piedra de mar, y no le respondí.

Pedí un jugo de naranja para quitarme el mal sabor de los cigarros. Me lo tomé, me comí las arepas y nos

fuimos. Estaba realmente cansado. José prendió el carro y puso Radio Aeropuerto. Creo que tocaba *Isabel*, la de Aznavour, pero no estoy seguro. Se lo preguntaré a José, que ahora está dormido:

—José —pero no me oye. No se despierta—. Oye, José...

Creo que abrió los ojos. Movió una pierna. Ahora se pasa la mano por la cara. Abre la boca y bota el aire como una tripa rota. Vuelve a aspirar, se hincha, y pujjj, vuelve a botarlo. Está rendido. Volveré a llamarlo:

—¡José! José, vale. José... ¡Despiértate!

—Deja el fastidio.

—Oye.

—Qué sueño... Ajj...

—Oye, vale. Escúchame.

—Coño. ¿Qué pasa?

—¿Qué canción?...

—¿Qué quieres?

—¿Qué canción oímos en el radio?

—¿Cómo?

—¿Qué canción oímos en el radio?

—¡Hazme el favor y deja el fastidio!

No me quiere ayudar. Sin embargo, lo quería recordar.

Bueno. Llegamos al departamento, y ahí me lavé los dientes y oriné otra vez. También le puse mercurocromo al dedo gordo, y después me tomé un *Alka-Seltzer*. José se tomó dos y un vaso de leche con azúcar. Luego pasamos el picó de la sala al cuarto y ahora José duerme. Se puede oír a Harry Belafonte. Lo he puesto toda la noche. Está gastado. A cada rato se para en Lisa. O Liza. No sé exactamente cómo se llama. Es la que dice: *Cam bak* Liza, *Cam bak gerl, bla-bla-bla*. Es muy buena, pero la bendita aguja se para y tengo que interrumpir lo que escribo. A propósito del picó, después que lo pusimos en el suelo, José me preguntó cómo me había ido en la fiesta. Pero ya no quería hablar. Estoy cansado de hablar. Así que le respondí:

—Mal. Muy mal. Me quitaron el zapato en una riña y me fui. —Él se rió, y volvimos a callar. Después José buscó la botella de ron y se empujó el litro. El loco se toma el vaso de leche y después lo combina con ron.

—Oye, viejo, ¿por qué tomas tanto? —y me dijo:

—No. Nada.

Que si me siento mal. Que si me fue malísimo. Que si no he debido ir a la fiesta y etcétera. Estaba realmente arruinado. Ahora duerme como un animal y la mosca sigue volando sobre su nariz. Tendré que levantarme y cambiar el disco, porque ya se terminó el lado A.

Lo cambié. Puse el lado B. Bueno. Entonces José me explicó exactamente lo que había sucedido. Me dijo más o menos lo que sigue:

—Bueno, vale, llegamos al *Hipopótamo* y nos sentamos en una mesita que está al fondo. Estaba casi todo el mundo. Tú sabes: la misma gente de siempre. (A cada rato bostezaba, o se quejaba, con el ruido de lengua: Dchi.) Entonces pedimos dos palitos y nos quedamos hablando. Pero yo no sé qué diablos nos pasa. Ya Julia... no sé. Me aburre. En serio. No puedo estar con ella más de quince minutos porque me aburre... Bueno. Qué vaina. Después vi a Fujo, ¿ves?, y lo llamé. Tú conoces a este tipo, sabes que tiene el real que jode. Fujo se acercó

y se sentó con nosotros. Por cierto: vi a esta muchacha que no sé cómo se llama... pero que está buenísima.

—¿A quién?

—No sé. Tú sabes quién es. Fujo pidió tres tragos más y entonces se me ocurrió pedirle a Julia que lo invitara a bailar. ¿Comprendes? Yo lo que quería era que Fujo se quedara. Que Fujo pagara la cuenta. ¿Comprendes? Y por eso le pedí a Julia que bailara con él... Je-je... Yo sé que Fujo estuvo un tiempo detrás de Julia. ¿Comprendes? Y entonces se armó el gran peo. Julia me llamó chulo y me arreché. La dejé con Fujo y me vine para acá. ¿Comprendes? Pero cuando llegué... ¡Ah!, y este imbécil...

—¡Qué imbécil?

—Fujo. Tú sabes. Que si: «Oye vale, no te pongas así, José», ¿no? Tú sabes. Dándoselas de cojonudo, y no le partí la boca porque Julia se metió. Pero, como te decía, llegué al departamento, pero no podía estar tranquilo con este tipo y regresé.

—¿Regresaste?

—Claro. Claro que regresé. No iba a dejarla sola, ¿no? Pero, bueno, apenas llego, el mariquita de Fujo bailando *bossa nova* con Julia. Y Julia encantada de la vida. ¿Te das cuenta cómo son las mujeres? Yo siempre te he dicho, Corcho, que uno es capaz de toda clase de vainas pero no hace cosas así, ¿me entiendes?

—¿Qué tipo de cosas?

—Bueno, idiota. Eso: ponerse a bailar, y, bueno, vale, entiéndelo, por favor.

—Está bien. ¿Y después?

—No. Nada. Se armó un mariquerón espantoso.

Porque apenas llegué, le dije que me acompañara y no lo quiso hacer. ¡Qué mierda! Nunca pensé que podía ser tan mierda. Pero, bueno. Me arreché y le dije:

—O te vienes, o esto se terminó.

—¿A quién?

—A Julia. Se entiende, ¿no?

—Bueno. Sí. Dale.

—Entonces Julia viene y me dice y que:

—*Okey*. Se terminó. ¿Y qué?

—¿Te das cuenta? ¿Te das cuenta cómo es la vaina? La llamé puta. Le dije así mismo:

—Eres una grandísima puta.

Y me dio un bofetón. Para colmo, el maricón de Fujo se metió y quería pegarme. Entonces salió el mozo y me rogó que dejara el escándalo.

—¿Y Julia?

—Se vino conmigo. Después, tú sabes... (silencio). Me sentía un pobre tipo y le pedí perdón. Ella lloró y todo. Pero esto no puede seguir así. Palabra. Esto no está nada bien.

José se acostó y me dijo:

—También estaba Lagartija... Ja-ja... Estaba pelando bola.

—¿Por qué?

—Estaba caminando como un loquito entre las mesas, y después me pidió un traguito. El pobre Lagar no puede sacar a la mujer porque está limpio. Está jodido...

—Yo lo sabía.

—Bueno. Je-je... Qué nochecita. Qué porquería. Y ahora la Universidad. La maldita Universidad...

Se fue durmiendo y me preguntó:

—Ajjj, ¿y qué vas a estudiar? ...Ajjj, ¡qué sueño...!

No le respondí y vi que cerró los ojos y bostezó. Me quedé con los ojos pelados hasta que me senté en la silla y comencé a escribir todo lo que me había ocurrido.

Recuerdo que José se despertó cuando escribía de la fiesta y me dijo...

—Oye, Corcho...

Justamente cuando escribía sobre el momento de entrar en la pista con Conchita. Así que saqué el papel donde escribía lo de la fiesta, y metí uno nuevo, para anotar lo que me decía.

—Oye, Corcho...

¿No?, y se fue al baño, y después lo sentí en la cocina, hasta que apareció con una pera. Se la comió sentado y comenzó a hablar.

—Oye, Corcho... ¿Me puedes oír, por favor? ¿Puedes dejar la maquinita por un momento?

Se comió la pera y dejó el corazón sobre la mesa de noche:

—¿Qué harías tú si estuvieras en mi caso?

Fue la primera pregunta. Y le respondí que no sabía cuál era su caso.

—Bueno. Te lo voy a decir. Pero cuidado como lo cuentas, desgraciado: Julia y yo, ¿ves? tenemos nuestros líos. Bueno. Pero la vaina es que no son líos comunes. ¿Comprendes? O sea que lo hacemos. Así. Como lo oyes. Tenemos nuestros peos, ¿comprendes? —me lo decía como sufriendo. Lo contaba haciendo un gran esfuerzo—. Julia ya no se siente una muchacha corriente,

¿comprendes? Ya no es la misma de antes. Y yo no sé... Me siento como obligado a ella. No sé si me entiendes. Pero es una vaina. Palabra que no sé qué hacer.

Se me ocurrió decirle y que:

—Cásate, José. Es lo único que puedes hacer.

De casualidad no me mató:

—Imbécil. Cómo se te ocurre. Que si cásate. Qué bolsa eres. Y yo pidiéndote...

Se calentó y se arropó. Para atormentarlo, le dije:

—Si no te casas con ella, eres un pobre diablo.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Que si no te casas con ella eres un maldito.

—No seas bolsa, Corchito. No hables paja. Tú no sabes lo que...

—Sí sé. Y debes casarte. Así como lo oyes.

—¿Tú crees?

—Sí.

—Yo creo que no. Uno no debe casarse con una mujer que no ama.

—¡Qué lindo! Si vieras las porquerías que estás hablando.

José, caliente:

—Tú no puedes entenderlo, Corcho. Tú nunca has vivido algo parecido. —Y se volvió a acostar. O sea que se acostaba y se levantaba. Cuando se calentaba demasiado, se sentaba y ponía voz muy suave. Antes de dormirse me dijo:

—Todo lo que te dije es mentira. Es pura paja. Sólo que me siento muy mal. Julia se portó muy mal. Yo también, pero es distinto. En realidad, nunca lo hemos hecho.

Hoy como a *las ocho* o a *las nueve, cuando tú te fuiste* con Marcos, se armó el lío... Imagínate que estábamos en el departamento y en eso tocaron la puerta. Je-je... Me cagué todo. Corrí. Me escondí. Julia como loca... Je-je... No lo vayas a contar. ¿Me oyes? Sería una canallada.

—¿Quién era?

—¿Cómo?

—El que tocaba la puerta.

—No sé. Creo que fue Lagartija. Pero no le abrimos. Estuvo tocando media hora, pero no le abrí. Je-je... Bueno... Pujj. Qué sueño... Se me está quitando el sueño. Mejor me duermo. Pero no vayas a hablar de esto. Por favor. Te lo ruego. ¿Me oyes? No seas canalla.

Se calló, y volví a meter el papel donde hablaba de la fiesta. Como dije, José es puro sueño, y se oye el disco de Belafonte. Está en la última del lado B. Lo cambiaré por el lado A. Me serviré un palo de ron y me echaré a dor*mir. Creo que son como las cuatro o cinco* de la mañana. Aún no ha amanecido.

No puedo dormir. Qué vaina. No puedo dormir. Es algo que siempre me sucede. Trataré de explicarlo. Si al menos lo explicara bien... Pero fíjense. Fíjate bien, Kika: imagínate que te acuestas, te hundes en la cama y cierras los ojos. Al principio sigues pensando, tal vez hablando y conversando contigo, y de repente comienzas a dormirte. Hay como una telita que separa al sueño del estar despierto (¿se dice vigilia?). Y en esa telita se graban nombres o frases completas, que solas no tienen ningún sentido. Y cuando cierras los ojos, oyes voces extrañas. Palabras. Nombres. Gente que te habla de

algún lugar y que a veces no logras identificar. Pero, bueno. Eso es lo de menos. Imagínate ahora que cerraras los ojos y por más que quieras dormirte no lo logras. Imagínate que apretaras los párpados, y no entraras en el sueño porque algo queda de ti unido al cuarto. A las paredes. A la maldita lámpara. Y te oyes a ti mismo decirte:

—Y morirás como un perfecto imbécil.

Y entonces te sientas en la cama a sudar como un loco, sin saber exactamente qué te ocurre. Y entonces, con los ojos ardiendo, con el silencio espantoso de la noche, con el horrible pánico de la noche, oyes gotas que se derrumban en el baño. Goticas desesperadas que se revientan en la tina. Sientes. Oyes. De pronto sientes que algo así como un hocico te muerde por dentro. Es como una boca. Como una inmunda boca que te muerde y abre una herida en algún lugar. Ya ahora, piensa que ese lugar que sangra es donde nacen o mueren las ganas. Donde se pierden o se tienen las ganas. Las *ganas de reír. De beber. De hablar. De fumar. Y en* la mañana sientes que por esa herida se han perdido esas ganas que te permiten poner un pie, otro, decir: «Bendición, mamá». Que te permiten mirar al cielo y los árboles. Que te permiten correr. Querer. Sobre todo esto: querer. ¿Me oyes, Kika?

Esa bestia enfurecida nació en los días del Diario. Nació en aquella estúpida soledad que viví los días que me encerré en mi cuarto a escribirle a Carolina, y desde esos días espera la oscuridad para enterrarme los dientes. Palabra que es horrendo, Kika. Porque basta el fastidio, o la rabia, o un simple insulto, para que la herida

se abra. Para que pierdas esas fuerzas y caigas entonces en un abismo de nadie.

Estoy cansado. Cansadísimo. Pero me da miedo dejar la cama. Quizás escriba un cuento que pensé hoy, cuando estaba en el café y no llegaba Flautín: se trata de un muchacho que espera a la novia con un regalo. Es el cumpleaños de la novia y el muchacho le compra un pollito. Se dice: «Je-je. Tú nuncas pensaste que te regalaría un pollito».

Y fuma. Por fin, como a las tres horas, al ver que la novia no aparece por ninguna parte, agarra el pollito, lo estrangula, y el mozo encuentra el cadáver con una servilleta donde se lee el nombre de la muchacha cortado por una equis gigante.

Estúpido, ¿no? Pero al menos tendré algo que hacer mañana. Al menos me levantaré y me diré: Bravo... Hoy tienes que escribir el cuento del pollo.

Es verdad, Kika: es una lástima que en el programa de un día no esté incluida una cita con una muchacha. Ojalá vengas para la fiesta. Ya son como las cinco de la mañana. Pero aún no ha amanecido.

Estoy en la playa. He vuelto al mar. Escribo en un cuaderno que me traje. Me cuesta un poco escribir porque tengo sueño. Kika me dejó y se fue a Caracas. Yo me quedé, y mañana la veré. Ojalá llegue temprano. Me gustas mucho, Kika. En serio. Pero antes que nada voy a contar lo que sucedió el domingo por la noche.

Después que escribí, después que regresé con José al departamento y escribí, me eché en la cama y me quedé

rendido como hasta las siete de la noche. Al despertarme habían llegado Kika, Lagartija, Julia y Nancy. Ya ustedes lo saben. En todo caso haré una información breve para ti, Carolina, porque tú no estabas. Lagartija llamó a José mientras yo dormía, para preguntarle si podía traerse a Betty. José le dijo que sí, y Lagar llegó con Betty y usaron el cuarto del papá de José. Mientras gozaban de las suyas, yo dormía y José esperaba a Julia en la calle. Luego terminó y se fue con su mujer. Al llegar al primer piso se encontró con Nancy, que venía subiendo, y se armó el lío. Ahora Lagartija está muy preocupado y Nancy llora.

Más tarde me desperté, Kika llegó un poco tarde. Llegó como a las ocho. Cuando llegó, Marcos la invitó a bailar, y yo me quedé en el suelo. Ya no estaba triste por lo de Carolina, sino por Kika. Porque en ese momento, Kika, te quería más que a nadie. Como tú seguías bailando con el enano, me fui a la cocina y me serví un palo. Seguí tomando como un cretino hasta que entró. O sea que entró Kika. Me preguntó. Me acuerdo que me preguntó:

—Oye, ¿qué te pasá?

Con la voz más dulce del mundo, y la tristeza me hundió de nuevo. Estaba realmente triste. Kika se sentó conmigo, y después abrió una lata de sardinas. Bueno. Se comió la sardina y yo seguía tomando. Llegué a estar bien borracho. Estaba rascadísimo. Palabra. Estaba que me caía y veía doble. Pero quería rascarme completamente y le dije:

—¿Kika?

Que si:

—Kika... ¿Qué tal si nos rascamos? ¿Qué te parece?

Y Kika se sonrió.

Siguió con las sardinas, pero yo ya no me sentía tan mal. Claro que estaba rascado. Y hasta sentía celos por las sardinas. Pero la sonrisa me ayudó. Me ayudó mucho. Me acuerdo que estuve a punto de besarla, de abrazarla, pero ella jugaba con un plato, y el jueguito del plato me descontroló. Lo que hacía con el plato era lo siguiente: con el mango de una cuchara, empujaba el plato hasta la orilla de la mesa, y justo cuando el plato se caía, pan, le daba un golpecito con la otra mano y el plato entraba en equilibrio.

Le dije varias veces:

—¡Kika, por favor, deja el plato!

Pero insistía en el jueguito y me desarmaba. También Marcos me desarmó con su sonrisita estúpida, pero eso sucedió más adelante. Por cierto: Julia supo que Lagartija había metido a una mujer en el departamento y a cada rato gritaba:

—¡Y dejas meter a esa bicha en tu propia casa! ¡Y no sólo en tu casa, sino en la cama de tus padres!

Y José se partía de risa.

Bueno. Lo que quería contar de Marcos es lo siguiente: cuando salí de la cocina, me fui al cuarto de José, pero José estaba con Julia. Se estrujaban, se mordían y rascaban como perros sarnosos. José se dio cuenta y se separó de Julia con un brinco:

—¡Imbécil!

Que si cómo se te ocurre entrar... Por qué no tocas la puerta, animal... ¿no?, y me fui al baño. Adentro me

quedé contando los cuadritos hasta que me dieron ganas de hacer pipí. Cuando saqué el pajarito, y comencé que si: «Pis, pis, pis...», entró el enano y también se puso a orinar. Orinaba en el *bidet* y se reía. Es algo raro, pero es verdad: cuando hay alguien extraño, no puedo orinar. Si por ejemplo conozco a una persona y me cae mal, no puedo orinar delante de ella. Cuando quiero probar si alguien es amigo mío, o no, lo invito a mear conmigo. Si el chorrito sale: bien, es amigo mío. Si me tranco a pesar de hacer mil pis, quiere decir que no es amigo mío. Yo conozco a Marcos desde hace como cuatro años, pero de todos modos no pude orinar delante de él. Resultado: no es amigo mío. Bueno. Esperé a que saliera y tranqué la puerta. Entonces hice pipí, y después que hice pipí me senté nuevamente en el *water* a pensar. Quería pensar. Quería saber de mí. Necesitaba saber quién era porque estaba medio rascado y en un estado de excitación absoluta. O sea que Kika me tenía loco. Estaba completamente chiflado por ti, Kika, y te amaba con locura. Por eso necesitaba saber qué diablos podía hacer para conseguirte. Así que respiré y boté el aire lentamente. Lo repetí diez veces, hasta que José entró, orinó y volvió a salir. Cuando José se fue, me quité la camisa y me puse delante del espejo a ensayar poses. Le decía a Kika imaginariamente:

—Kika, yo te amo. No huyas. Ven antes que la piel se pudra —que es la frasecita de la película y es buenísima.

O bien:

—La ciudad nos pertenece, Kika. La ciudad nos pertenece. Es nuestra porque nosotros somos los que la amamos.

Hablaba conmigo y ensayaba poses, y de repente se me ocurrió una idea buenísima: aparecer con el pecho desnudo, con rayas en la piel como los indios. Así que cogí la pasta de dientes y me llené de cicatrices blancas. Claro que me daba un poco de frío, pero valía la pena. De este modo Kika se impresionaría. Dos: al bailar tocaría mi cuero pintado y caería derrumbada por mis besos. Nada. No había tiempo que perder. Abro la puerta y aparezco en escena. Apenas Kika me ve, una risa libre. Marcos también ríe con envidia y Kika baila conmigo. Pero cuando terminé de bailar con Kika, José llegó a la sala y me gritó:

—¡Ahora te pones la pasta de dientes!... ¡Tú como que estás loco!

Así que me puse mi camisa y volví a la sala normalmente. Kika y Marcos hablaban y bailaban muy juntitos. Y como si nada, me siento nuevamente en el suelo. Pero cuando terminan de bailar, Kika se me acerca y me dice:

—Marcos dijo que eras un payaso.

—¿Cómo?

—Que tú eras un payaso.

—Así es la cosa, ¿no?

Me paré y le grité al enano:

—Mira, Marcos... ¿Tú y que dices que soy un payaso?, ¿no?

—Sí... ¿Y qué?

—Que si sigues dándole a la lengua te voy a aplastar.

—¿Cómo?

—Que te voy a aplastar, enanito.

Se rió y la risa me desarmó.

Entonces volví a sentarme en la sala. Ya no me provocaba nada. Kika creo que se dio cuenta porque se me acercó y me dijo:

—¿Oye? ¿Qué te pasa, vale?

Ya saben que no puedo hablar cuando me siento muy mal. Me levanté y me fui hasta el cuarto del papá de José. Ahí dejó José la pistola. La saqué de la gaveta de noche y me la puse en el pecho y me dije:

—Bueno. ¿Por qué no te matas de una vez?

Claro. Ya sé. Ustedes van a pensar que es puro cuento. Pero palabra que quería matarme. ¿Cómo les explico? Me sentía tan mal que me dio flojera apretar el revólver.

Recuerdo que apagué la luz y me senté. Quería saber qué diablos me ocurría. De pronto alegre. De pronto mal. ¿Qué me sucede? ¿Por qué tantas cosas al mismo tiempo? Cogí el revólver nuevamente y me lo coloqué en el pecho. Estaba temblando. Recuerdo que me dije:

—¿Por qué no quieres vivir?

Y no supe cómo responderme.

De pronto sentí ruidos y una sombra de mujer: Kika. Kika espiándome. Me dijo. Me habló muy suave:

—Corcho...

Me asusté.

—Corcho —decía—. ¿Qué te pasa, vale? ¿Por qué haces eso?

Tampoco le respondí. Kika se sentó junto a mí.

—Dame el revólver.

—¿Para qué?

—Dámelo. Dame esa pistola.

Se la di. Kika la guardó en la gaveta de la mesa de noche. Después volvió a sentarse a mi lado y me dijo:

—¿Por qué haces eso?

Yo no podía responderte, Kika. No podía hablar. Quería morir. Quizá te parezca estúpido, pero es verdad. Tampoco es verdad. O sea que no sé. Yo me decía:

—¿Quieres vivir?

Y me respondía:

—No.

Y después:

—¿Quieres matarte?

—No. Tampoco.

¿Comprendes? Ni siquiera sabía si quería vivir o no. Estaba peor que nunca y volví a llorar. Kika se levantó de la cama y prendió la luz. Vi que también lloraba y le pregunté:

—Oye, Kika... ¿por qué lloras?

Y me dijo así mismo:

—¡Qué sé yo!

Eso fue todo. Después se fue del cuarto y me quedé solo. En mi vida creo yo que me he sentido peor. No tenía fuerzas para nada. Estaba como desinflado. Sin músculos. Sin nada. Me fui al cuarto de José, y después de tres horas, cuando se fueron todos, me eché en la cama y ahí, en la oscuridad, me mordió el diablo.

Hoy al levantarme me detestaba. No quería moverme. No podía mover la pierna. Estaba muerto. En serio. Cuando vi que José dormía, volví a cerrar los ojos pero no pude dormir. Le tengo miedo al sueño con mujeres tan

bellas, tan buenas conmigo, que cuando abro los ojos todo apesta. También recordé lo de la fiesta, y fue peor: algo así como vergüenza ácida se me juntó en la lengua. Era horrible. Por fin, me fui al baño y busqué la pasta de dientes, pero no la hallé. Olvidé por completo lo del disfraz de indio. Así que vengo y despierto a José. Nada. No quería levantarse. Estuve como media hora que si:

—José, José... ¡Levántate, vale!

Y nada. Bueno. Ajá. Entonces se me ocurrió ponerle un vaso de agua bajo la cama y le metí su mano adentro. Me han dicho que la gente se orina, pero no es cierto. José seguía roncando. Entonces cogí y le metí un cigarro entre los labios. Después me fui a la sala y me senté en el sillón. Ahí me quedé un ratote sin saber de mí.

Como a los quince minutos, o quizás menos, José apareció en la sala y me gritó:

—¡Coño!... ¡Cómo se te ocurre quemarme la boca!

Si lo hubieran visto. Estaba que lloraba de rabia.

—¡Te vas inmediatamente de casa!

Así que cogí un cuaderno, porque me dio flojera traerme el resto de las cosas, y me fui. Creo que me traje el cuaderno para tener qué hacer. A veces mato el tiempo dibujando caras y escribiendo poemas de amor.

Y bueno. Me fui, ¿no? Como una hora después, llegué a *Castellino*. Me daba asco todo. Tenía la garganta pastosa. Me dolía la cabeza. Tenía hambre. Los dientes inmundos... Palabra que me sentía malísimo. Por fin se me ocurrió llamar a Kika.

Bueno. Llegó como a las dos de la tarde y me recogió. Yo era un cadáver. No podía más. Me acuerdo que le pedí que me comprara un jugo y algún sándwich, y ella me los brindó. Eres la muchacha más maravillosa del mundo, Kika. Te lo agradezco muchísimo. Salimos de *Castellino* y nos pusimos a andar por la ciudad. Kika le pidió prestado el carro a Julia. Y recorrimos Sabana Grande, Altamira y todo eso. Me acuerdo que me provocó subir al Ávila y le dije:

—Kika, por favor.

¿No? Llévame al Teleférico. Quiero respirar aire fresco, y etcétera, porque me sentía demasiado mal. Y Kika me dijo:

—Sí. *Okey.*

Y subimos. En el funicular estábamos calladitos. No nos hablábamos. Yo miraba la ciudad que se alejaba, que se empequeñecía y de vez en cuando la miraba a ella. Antes de llegar al terminal, me dijo:

—Corcho... ¿Qué te pasaba ayer?

Y no le respondí. Tampoco podía hablar. Quería mirar solamente. Quería olvidar todo. Mirar los árboles. El cielo. Las nubes. Quería descansar sobre la hierba. Ver las flores y cerrar los ojos para siempre amén... No. En serio. No hablo en broma. Quería estar al menos un rato en paz. Por fin llegamos arriba y nos buscamos un lugar plano. O sea que caminamos por el caminito que llega al *Hotel Humboldt* y nos echamos a un lado del cerro.

Desde arriba se puede ver la ciudad. Es muy hermoso. Se ven los edificios. El azul tan ancho. Las colinas. El sol, que se ve tan rojo en la tarde... Es muy bueno.

Pero nosotros nos sentamos al otro lado del camino. Y desde ahí no se ve casi nada porque hay niebla siempre. Yo estaba acostado y Kika recogía flores. Me acuerdo que yo la miraba y sentía una gran ternura por sus manos. Rompía el tallito de las flores delicadamente, y luego las echaba en un pañuelo rojo. Había millones de flores. Había miles de flores, y eran amarillas y rojas. Kika las buscaba, y después las echaba, y las flores caían en silencio sobre las otras, y ahí el viento las movía. Esa tarde, o esta tarde, mejor dicho, vi uno de los cielos más hermosos que he visto en mi vida. Es algo espeluznante. No podría describírselos. Además no sería lo mismo. Porque no sólo era el color del cielo y las colinas lo bueno de la tarde, sino también el fresco. La niebla se abría y dejaba ver las ramas y las hojas que vibraban. Pero en todo caso, José, tú has visto un dibujo chino alguna vez. Sabes que se ven borrosas las colinas. Sabes que todo parece que flotara. Bueno. Ahora imagínate que estás tumbado en la tierra. Delante de ti hay una muchacha que a ti te gusta y que arranca flores. Y más abajito de la muchacha se abre algo así como un lago. Un lago inmenso. Un lago grandísimo formado por nubes apretadas. Y era tan plano el lago de nubes que provocaba caminar sobre las nubes como Cristo. En serio. Era maravilloso. También ahora, que veo el mar allá abajo, y que comienza a amanecer, provoca caminar poco a poco sobre las olas y perderse más allá del horizonte. Sería maravilloso.

Pero, bueno. Lo que quería decirte es que en mi vida había visto algo parecido. Me acuerdo que Kika regresó

y se sentó conmigo. Tenía algunos pétalos sobre las rodillas, y los arrugaba, y después los respiraba en la nariz. Tan linda que era Kika en ese momento... Si la hubieras visto... Recuerdo que le dije:

—Oye, Kika... ¿Te gustaría quedarte para siempre conmigo?

Y se sonrió. Por lo menos se sonrió. Después cogí una flor amarilla y me la puse en la oreja. Ella se rió y me dijo:

—Pareces un príncipe indio.

Había un silencio, por cierto, había un silencio muy extraño. Había un silencio que endurecía el cuello, el cuerpo de Kika. También me endurecía a mí. Te lo digo, José, porque fui a tomarle la mano y me pareció que Kika era de piedra. No por estar fría. Sino de piedra. Kika, con tanto silencio, se pegó de la tierra. Se formó de tierra. Era como una planta salvaje. Como una gran rosa creciendo de repente. Una rosa dura. Hermosa. Brutalmente hermosa. Fui a cogerle la mano y se sonrió. Me dijo:

—A ti te gusta Carolina, ¿verdad?

Y paf, como una cachetada. En serio. Se vino todo abajo.

Quería decirte, Kika, que te amaba. Quería decirte que, a pesar de que te amaba, no me ponía enfermo si te imaginaba con otro cualquiera. Quería decirte que en ese momento pensé en Carolina, y que me pareció que todo lo que yo había imaginado de Carolina había sido pura paja. Paja inventada. ¿Me oyes? No sé cómo explicártelo. A Carolina yo la necesitaba más que a ti. Pero contigo me

sentía mejor. ¿Comprendes? Con Carolina estaba todo el tiempo como acorralado, como asustado. Contigo, en cambio, me sentía cómodo, tranquilo. Veía tu rubio cabello en el aire. Tus manos. Tus muslos sobre la hierba.

—Quiero darte un beso.

¿Te acuerdas?

—Kika, óyeme bien. Quiero darte un beso. Si quieres, corres. Si quieres, me dejas y listo. Pero es verdad. Quiero darte un beso.

—No sé... No puedo.

—Pero ¿por qué?

Y nada. Nada que habló. Se quedó ahí, no sé qué estaba haciendo y eso fue todo.

Ya era de noche, ya estaba oscuro, ya el sol se había ahogado en ese lago, y me volví a sentir muy mal. Me levanté y hablé solo. O sea que no miraba a Kika:

—Kika. Yo me siento muy mal. Me siento malísimo. Yo no quiero regresar a casa. En casa están todo el día preguntándome qué voy a estudiar. Recordándome que me rasparon. Tampoco puedo volver al departamento. Ni siquiera estoy enamorado de Carolina. —Y cuando mencioné a Carolina, ella me interrumpió:

—Marcos me dijo...

—¿Qué cosa? —le pregunté yo.

—Que tú estabas enamorado de ella.

Kika sacó un tabaco de la cartera y lo prendió. Recuerdo que usó varios fósforos y era bonito ver el fuego en la noche. Rascó la pólvora varias veces hasta que lo prendió, y botó el humo que casi no se veía. Le dije:

—Marcos es un imbécil.

—¿Por qué lo dices?

—Porque es verdad.

Nos callamos y escupí entre las piernas.

—¿Y ella estudia contigo?

—Estudiaba. Se fue para España... Se fue como a los dos meses.

—¿A España?

—Sí. Y ahora regresó. Creo que el papá teme que en la Universidad haya líos. Por eso la mandó a estudiar afuera.

—¿Y ahora se quedará?

—No sé. Palabra que no sé.

—Debe ser muy bueno estudiar afuera.

—Sí. Es verdad.

—Me gustaría irme —me dijo, y chupó el tabaco—; me gustaría irme lejos y no volver más. Nunca.

Recuerdo que le veía las rodillas y los labios, y comencé a temblar. Quería besarla.

—¿Besarías a alguien sin ser novio tuyo?

Kika se rió.

—¿Cómo dices?

—Que si besarías a alguien. O sea, ¿te gustaría besarme?

—¿Por qué lo preguntas?

—Bueno. Pero dime. ¿Te gustaría?

—¿Y a ti?

—Sí.

Comencé a temblar de nuevo y le dije:

—Kika quiero darte un beso. En serio.

Kika se levantó y me dijo serísima:

—Ven. Vámonos. Es tarde. Ya es de noche.

—Pero un momentico...

—Es tardísimo, vale. Me van a armar un escándalo en casa.

Me levanté y nos fuimos caminando. Había mucha niebla, muchísima y hacía frío. Kika se encogía de hombros, y hacía y que:

—Berrrr.

Y después le daba una chupadita al tabaco. Cuando bajábamos en el funicular, la niebla se fue abriendo y aparecieron las luces de la ciudad. Las calles eran ríos de luces y se veían muy bonitas, pero yo me sentía malísimo. La garganta se me arrugó y los ojos se me aguaron. Las clases. Que si la Universidad. Que si qué carrera vas a estudiar. Dios mío. Me sentía acabado. Kika se dio cuenta y me pasó el tabaco.

—Fuma —me dijo—. Dale una chupadita. Te vas a sentir muy bien.

—No puedo, Kika.

—¿Qué te pasa?

—Nada. No sé. No quiero regresar a casa. No quiero ir a la Universidad. Quiero quedarme contigo. ¿No te podrías quedar un rato más?

—Pero, vale, es que...

—Por favor, Kika.

Me miró. Cerró los ojos y se quedó pensando. Cuando llegamos abajo me preguntó:

—¿Seguro que no te gusta Carolina?

—No. Ya no. Me gustas tú.

Kika se paró y yo le pedí paso. Después buscamos el carro. Y botó el tabaco por la ventanilla.

—¿Y no vas a volver a la casa de José?

—No.

—¿Seguro?

—No. Seguro.

—¿Y qué vas a hacer?

—No sé. Palabra. No sé qué hacer.

Kika se sonrió y me dijo:

—Bueno. Está bien. Voy a buscar las llaves de la casa de Julia. Es una casa que tienen en la playa... Yo puedo dejarte ahí. Y podría pasarte a buscar mañana. Te llevo comida y todo, ¿quieres?

—¿Puedes hacerlo?

—Sí. Creo que sí. Pero hay que apurarse.

—¿Palabra que puedes?

—Sí. Seguro. Pero hay que salir ya.

¿Ves qué maravillosa es Kika, José? ¿Ves que yo tenía razón el otro día? Es la muchacha más maravillosa que hay en el mundo. Nos fuimos, y yo la esperé frente a la casa de Julia. Salió como a los cinco minutos, y como media hora después llegamos a la autopista. Palabra que yo no lo creía. Todavía me parece un sueño. Kika manejaba y yo sacaba la cabeza, y el aire me pegaba en los ojos. No quise hablar en todo el viaje. Me sentía demasiado feliz. Por fin pasamos por La Guaira y llegamos a Macuto. Era de noche y hacía fresco. Nos quedamos un rato frente a la playa, pero muy poco tiempo, porque Kika tenía mucha prisa. Seguimos hacia la casa de Julia, que está cerca de Laguna Beach, y al fin llegamos. Ella

me acompañó y entramos. Me sentía rarísimo. Cuando Kika cerró la puerta me dio tembladera, pero así y todo me le acerqué, y me la quedé mirando a los ojos. Después, ella misma me dio un beso chiquito en la mejilla, y no aguanté y la besé.

No he podido dormir en toda la noche. Kika me dijo que vendría como a las nueve. Y son sólo las cuatro de la mañana. Aún no ha amanecido, pero sé que no tardará el sol *en aparecer. Será muy bueno andar descalzo por la arena* y ver el mar. Ojalá Kika pueda quedarse hasta la tarde. Pero de todos modos no importa. Con tal que pase y la vea, me sentiré muy bien. En la tarde ella se inscribirá en la Universidad. Va a estudiar Psicología, y yo también. Así estaremos juntos. Creo que por primera vez soy realmente feliz. Anoche, después que la besé, nos sentamos y quedamos callados. Yo la besaba y ella se sonreía. De repente lloró. Buscó la cartera que estaba en el carro, y me trajo un papelito. En el papelito decía:

«Yo también quería darte un beso», y más abajo:

«Te lo escribo porque no puedo hablar».

Me siento realmente feliz. Creo que está saliendo el sol. Lo digo porque el cielo está más claro. Mucho más claro. Cuando llegues, Kika, te voy a regalar la piedra que conseguí en la playa.

CRONOLOGÍA DEL AUTOR

1944 Nace el día 2 de abril en el sector La Campiña de la ciudad de Caracas. Sus padres, doctor Felipe Massiani (Carúpano, estado Sucre, 26-08-1906) y doña Carmen de Massiani.

1950-1960 Producto de las actividades profesionales e intelectuales de su padre, junto con su hermano Felipe, parte de su infancia la vivió en Chile por la década de los años cincuenta. Se aficiona, junto a su hermano y con ayuda de su padre —quien expresaba ser un buen mediocampista— a la práctica del fútbol. Les influiría notoriamente esta actividad por ser el deporte nacional en Chile (actividad que desarrollaría con destreza hasta la edad de 35 años).

Alrededor de 1957 realizó estudios en el Kent´s School del país chileno.

Viaja a Europa con su familia. Durante un año reside en París y posteriormente se traslada a Nueva York y Madrid.

Entre finales de la década de los años cincuenta e inicios de los sesenta, retorna con su familia a la ciudad que lo vio nacer, Caracas (Venezuela).

Estudia en el Liceo Andrés Bello de la misma ciudad.

Realiza estudios de Arquitectura en la Universidad Central de Venezuela junto con su querido compañero Javier Rodríguez. Desiste de la carrera por motivos personales.
Cuenta su padre: «...Estudios que abandona por un desencanto que lo golpeó rudamente: un plano que había realizado con sacrificio y amor fue mal calificado...» (Prólogo / Felipe Massiani // En: *Piedra de mar* / Francisco Massiani. – Caracas: Editorial Panapo, 1987).

En controversia con sus padres por haber dejado la carrera de arquitectura, insistió en dedicarse a la literatura y la pintura. Refiere su padre de este episodio, que angustiosamente Francisco (Pancho) le manifestó lo siguiente: «"Viejo, si tú me quitas mi literatura y mi pintura me asfixio. Tú me has dicho siempre que esta es una profesión extraordinaria pero dura, cuando es ejercida con integridad... Tan dura entonces como la de las rameras o de los forzados cuando la literatura no huele a negocio, ni a consigna ni a compromiso. Cuando se aspira tan sólo con ella a embellecernos un poco

interiormente, y un poco si podemos de la vida de los demás. Y a disminuir con ella también lo que podamos la miseria, y la mugre, y la desventura en que viven algunos". Yo la acepto» [Felipe Massiani]. (Prólogo / Felipe Massiani // En: *Piedra de mar* / Francisco Massiani. – Caracas: Editorial Panapo, 1987).

1968 Apenas contando 24 años de edad publica su primera novela, *Piedra de mar* (Monte Ávila Editores), considerada un clásico dentro de la narrativa juvenil.
Según anécdota de Francisco Massiani: «Debo confesar que mi primera novela nació de una mentira. El que entonces era director del INCIBA, Simón Alberto Consalvi, me preguntó si yo tenía alguna novela (...) Y mientras se la contaba, la sentí tan verídica y posible de escribir que la inicié ese mismo día. Tardé año y medio en terminarla...» (Ángel Flores, *Narrativa hispanoamericana*).

1970 Ubicado entre los narradores jóvenes de Venezuela a la edad de 26 años, se publica su colección de cuentos *Las primeras hojas de la noche* (en Monte Ávila Editores).
En esta obra, sin abandonar la concepción tradicional del cuento, su estilo madura hacia una concentrada capacidad expresiva, lograda con una señalable economía de medios. El manejo de las fórmulas coloquiales, el contenido convincente y

la desenvuelta combinación de lo lírico y lo grotesco, convierten estos relatos en verdaderos «fragmentos de la vida» en los que se apresa el acontecer cotidiano.

1974 Obtiene el Premio Literario Pro-Venezuela 1974, mención cuento, con su relato *El llanero solitario tiene la cabeza pelada como un cepillo de dientes.*

1975 Se publica su obra premiada *El llanero solitario tiene la cabeza pelada como un cepillo de dientes* (Monte Ávila Editores).
En ella el autor utiliza con gran eficacia el lenguaje coloquial, frívolo, casi telegráfico de los jóvenes de su generación, urde anécdotas llenas de humor y nostalgia cuyas características son la transparencia y la frescura. El fútbol, el amor, el sexo, el alcohol, los sueños y, sobre todo, el malestar congénito de la adolescencia, constituyen sus temas.

1976 Monte Ávila Editores publica su novela *Los tres mandamientos de Misterdoc Fonegal.*
En esta obra aborda el tema de la madurez, que es como decir el tema del tiempo, a través del destino de un personaje que de una infancia difícil, marcada por el abandono del padre, pasa a culminar todos sus deseos de poder y respetabilidad social burguesa, para finalmente percibir su fracaso interior y

sentirse poseído por una suerte de pasión contraria. Es una novela de la desilusión y del vacío existencial.

1980 Concluye su novela *El amor nuestro* (la cual aún permanece inédita).

1991 Sale a luz pública la obra *Relatos*, ilustrada en la portada con uno de sus pasteles sobre cartulina, titulado *Desnudeces*; editada por Monte Ávila Editores, la cual reúne sus dos libros publicados en 1970 (*Las primeras horas de la noche*) y 1975 (*El llanero solitario tiene la cabeza pelada como un cepillo de dientes*).

1998 Actualmente, a sus 54 años de edad reside en Caracas, su ciudad natal. Sin formación académica, se le considera, y se consolida además, como un excelente dibujante con la técnica del creyón y al pastel.

En el transcurso de su vida intelectual y literaria consagrada a partir de 1968, se ha dedicado además a colaborar en las principales revistas literarias del país: *Revista Nacional de la Cultura, Imagen* y *Papel Literario* de *El Nacional.* Escribió dos volúmenes de relatos: *Con agua en la piel* y *Sueños compartidos.*

Addenda bio-bibliográfica:

Gabriel Jiménez Emán:
«La popularidad alcanzada por *Piedra de mar* (1968), la primera novela de Massiani, se ha visto constatada en el tiempo a través de numerosas reediciones. Quizás el tema de la adolescencia no se había tratado en nuestra narrativa con tal fluidez y espontaneidad. Tales rasgos aparecen también en sus cuentos, agrupados en dos libros fundamentales: *Las primeras hojas de la noche* (1970) y *El llanero solitario tiene la cabeza pelada como un cepillo de dientes* (1975). Autor de otra novela, *Los tres mandamientos de Misterdoc Fonegal* (1976), Massiani exhibe además excelentes dotes de dibujante. Ha publicado sus relatos en las principales revistas venezolanas y diversas antologías del extranjero».
(Tomado de: *Relatos venezolanos del siglo XX* / selección, prólogo y bibliografía Gabriel Jiménez Emán. – Caracas: Biblioteca Ayacucho. – p. 395.)

José Balza:
«Narrador de extraordinario poder para tocar el mundo de la adolescencia, de la ternura, del desengaño...»
(Tomado de: *El cuento venezolano: antología* / José Balza. – Caracas: Universidad Central de Venezuela, Dirección de Cultura. – p. 411 – Colección Letras de Venezuela; 83.)

BIBLIOGRAFÍA

I. Directa

1968 *Piedra de mar* (novela). – 1ª ed. – Caracas: Monte Ávila Editores. – 179 p.
De esta edición se reeditarían numerosos ejemplares. La portada de la 12ª edición (1995) publicada por Monte Ávila Editores, fue ilustrada con un dibujo (1990) en creyón, realizado por Francisco Massiani.

1970 *Las primeras hojas de la noche* (cuentos). – 1ª ed. – Caracas: Monte Ávila Editores. – 131 p.

1975 *El llanero solitario tiene la cabeza pelada como un cepillo de dientes* (cuentos). – 1ª ed. – Caracas: Monte Ávila Editores. – 179 p.

1976 *Los tres mandamientos de Misterdoc Fonegal* (novela). – 1ª ed. – Caracas: Monte Ávila Editores. – 152 p.

1979 *Los tres mandamientos de Misterdoc Fonegal* (novela). – 2ª ed. – Caracas: Monte Ávila Editores. – 137 p. – (Colección Continentes).

1989 Había una vez un tigre (cuento) // En: *Relatos venezolanos del siglo* XX / selección, prólogo y bibliografía Gabriel Jiménez Emán. – Caracas: Biblioteca Ayacucho. – p. 395-401.
Tomado de: *El llanero solitario tiene la cabeza pelada como un cepillo de dientes.* – 1ª ed. – Caracas: Monte Ávila Editores, 1975. – p. 121-135.

1990 Un regalo para Julia (cuento) // En: *El cuento venezolano*: *antología* / José Balza. – Caracas: Universidad Central de Venezuela, Dirección de Cultura. – p. 411-426 – (Colección Letras de Venezuela; 83).

1991 *Relatos* (cuentos) / prólogo Carlos Noguera. – 1ª ed. – Caracas: Monte Ávila Editores. – 1 v.
Contiene las dos obras publicadas: *Las primeras hojas de la noche* y *El llanero solitario tiene la cabeza pelada como un cepillo de dientes.*
La portada fue ilustrada con uno de sus pasteles sobre cartulina, titulado: *Desnudeces.*

II. Indirecta

BALZA, José.
[Francisco Massiani] // En: *El cuento venezolano*: *antología* / José Balza. – Caracas: Universidad Central de Venezuela, Dirección de Cultura. – p. 411-426 – (Colección Letras de Venezuela; 83).

___________.
[Prólogo] // En: *Piedra de mar* (novela). – 12ª ed. – Caracas: Monte Ávila Editores, 1995. – p. 7-14. Fechado: Caracas, septiembre de 1985.

CEBALLOS, J.
Notas sobre *Piedra de mar* // En: *Últimas Noticias.* – Caracas. – (22 de noviembre de 1970); p. 1.

COLL, Edna.
[Francisco Massiani] // En: *Índice informativo de la novela hispanoamericana*: Venezuela. -- Puerto Rico: Universidad de Puerto Rico, Editorial Universitaria, 1978. – v. 3, p. 174-175.

CONTRERAS, Cruz M.R. de
Intento de análisis crítico sobre la novela Piedra de mar. – Caracas: Diseme, 1977. – 58 p.

DE LIMA, H.
Piedra de mar // En: *Zona Franca.* – Caracas. – Nº. 18 (Abril de 1973); p. 62-63.

DÍAZ SEIJAS, Pedro.
[Francisco Massiani] // En: *Historia y antología de la literatura venezolana* / Pedro Díaz Seijas. – Caracas: Ernesto Armitano Editor, 1986. – v. 1, p. 283-284.

GONZÁLEZ, Inés.
Piedra de mar: búsqueda de una poética a través de la metadicción / tutor: Alicia Perdomo H. – Caracas.– 1992. – 101 h.
Tesis (Lic. Letras). – Universidad Católica Andrés Bello, Fac. de Humanidades y Educación, Escuela de Letras.

GUEVARA DE RUIZ, Clara.
Varios aspectos de la narrativa de Francisco Massiani. – Caracas. – 1986. – 136 h.
Tesis (Lic. Letras). UCV

JIMÉNEZ EMÁN, Gabriel.
[Francisco Massiani] // En: *Relatos venezolanos del siglo XX* / selección, prólogo y bibliografía Gabriel Jiménez Emán. – Caracas: Biblioteca Ayacucho. – p. 395.

__________.
Otra vez *Piedra de mar* // En: *Actual.* – Mérida. – Nº. 10 (Octubre de 1976); p. 189-190.

MASSIANI, Felipe.
[Prólogo] // En: *Piedra de mar* / Francisco Massiani. – Caracas: Editorial Panapo, 1987. – s.p. – (Clásicos Latinoamericanos).

MEDINA, José Ramón.
Noventa años de literatura venezolana (1900-1990). – Caracas: Monte Ávila Editores, 1993. – 634 p.

MIRANDA, Julio E.
En torno a *Piedra de mar* // En: *Papeles: revista del Ateneo de Caracas.* – Caracas. – Nº 10 (Febrero de 1970); p. 119-120.

__________.
Proceso a la narrativa venezolana. – Caracas: Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca, 1975. – 270 p.

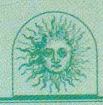
NOGUERA, Carlos.
Massiani y el oscuro temblor [prólogo] // En: *Relatos* / Francisco Massiani. – 1ª ed. – Caracas: Monte Ávila Editores, 1991. – p. 7-23.

PÉREZ HUGGINS, Argenis.
Nueva lectura crítica: Pérez Bonalde - Pocaterra - Sánchez Peláez - Massiani. – Mérida: Universidad de Los Andes, Facultad de Humanidades y Educación, Escuela de Letras; Consejo de Publicaciones, 1979. – 141 p.

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES. Facultad de Humanidades y Educación. Instituto de Investigaciones Literarias Gonzalo Picón Febres.
[Francisco Massiani] // En: *Diccionario general de la literatura venezolana.* – Mérida: Universidad de Los Andes, Consejo de Publicaciones, Consejo de Fomento, Editorial Venezolana, 1987. – v. 2, p. 309. – (Libros de la Universidad de Los Andes; 2419).

ÍNDICE

Esta edición de Piedra de mar
se terminó de imprimir durante
el mes de septiembre de 2005
en los talleres de Italgráfica S.A.,
situados al final de la calle Vargas,
edif. San Jorge, Boleíta Norte,
Caracas, Venezuela.
Son 5.000 ejemplares
impresos en papel Tancreamy.



Colección
ELDORADO

Agotada en sucesivas ediciones, leída con fervor y entusiasmo, elogiada sin reserva por la crítica más diversa, esta novela se publicó por primera vez en 1968, cuando su autor contaba apenas 24 años de edad, y es ciertamente una novela juvenil. De hecho, su protagonista es un adolescente, novelista en ciernes, quien participa en las peripecias de la obra mientras va tramándola verbalmente. Asistimos, pues, a un ejercicio doble y simultáneo: vivir novelescamente es también debatirse con el lenguaje que ha de encarnar esa vida.

Francisco Massiani (1944) es dueño de una voz muy particular dentro del panorama de la literatura venezolana. Monte Ávila Editores ha publicado sus obras: Los tres mandamientos de Misterdoc Fonegal *(1976)*, Relatos *(1991)* y Con agua en la piel *(1998)*.


ISBN 980-01-1181-6
9 789800 111819

MONTE ÁVILA EDITORES LATINOAMERICANA